

2016-01-01

# Los Nueve Reinos

Giannina Mariana Deza

*University of Texas at El Paso*, [gmdeza@miners.utep.edu](mailto:gmdeza@miners.utep.edu)

Follow this and additional works at: [https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd)



Part of the [Creative Writing Commons](#)

---

## Recommended Citation

Deza, Giannina Mariana, "Los Nueve Reinos" (2016). *Open Access Theses & Dissertations*. 834.  
[https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd/834](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/834)

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

# LOS NUEVE REINOS

GIANNINA MARIANA DEZA MELGAR

Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

---

José de Piérola, Ph.D., Chair

---

Luis Arturo Ramos

---

Pedro Pérez del Solar, Ph.D.

---

Charles Ambler, Ph.D.  
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Giannina Mariana Deza Melgar

2016

# LOS NUEVE REINOS

by

GIANNINA MARIANA DEZA MELGAR, B.A

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER IN FINE ARTS

Bilingual Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2016

## Table of Contents

Capítulo 1 .....	1
Capítulo 2 .....	14
Capítulo 3 .....	23
Capítulo 4 .....	30
Capítulo 5 .....	38
Capítulo 6 .....	48
Capítulo 7 .....	57
Capítulo 8 .....	67
Capítulo 9 .....	75
Capítulo 10 .....	86
Capítulo 11 .....	106
Capítulo 12 .....	120
Capítulo 13 .....	130
Capítulo 14 .....	141
Capítulo 15 .....	150
Capítulo 16 .....	162
Capítulo 17 .....	171
Vita .....	177

## Capítulo 1

A lo lejos aulló un lobo.

Nova dejó de martillear el alero del techo del establo y aguzó el oído. Desde los días de la guerra que no recordaba haber escuchado un aullido tan cercano. Lobos aullando furiosos, como si alertaran una erupción volcánica... la llegada de los hijos de la noche no había sido muy distinta. Días después de que los hijos de la noche aparecieran, una manada de lobos había invadido Etrai buscando restos de carne entre las cenizas de las casas y el templo del dios del Maíz. La manada de animales, huesudos y sarnosos, había arrastrado lejos del pueblo los cuerpos quemados, y las rondas de buscadores nunca dieron con ellos.

Con el viento en su espalda, Nova se abrazó a sí misma, encorvada sobre el tejado. Había una niña de cinco años cuando el fuego de los magos de las sombras se erigió como un tornado ardiente en los Nueve Reinos por última vez, pero esa sensación de que el piso se hundía bajo sus pies nunca se iba del todo. Tal vez se debiera a que sus primeros y borrosos años de vida coincidían con el eco de las espadas y el humo, los gritos y luego el viento helado que dejaban los enfrentamientos entre los hijos de la noche y los hijos del trueno. El amanecer de su vida estaba arraigado en la muerte... tal vez por eso, el aullido de un lobo resonaba como una sentencia final.

Probablemente siempre sería así. La guerra había convertido a los lobos en un presagio de terror. De estar aún con ellas, Khalil le hubiera aconsejado que no se dejara llevar por las creencias del pueblo. Si seguía los rumores sobre los lobos —que llevaban aullando y rondando Etrai desde milenios, antes de que Etrai tuviera un nombre—, empezaría a creer que el acero de Kriyak era capaz de cortar espíritus, que la mansola permitía comunicarse con los muertos o que en las noches, los magos de las sombras flotaban como hojas de otoño en las alturas de las torres.

“Padre, también habrías dicho que las historias de los hijos de la noche rondando los Nueve Reinos son cuentos de viejas”.

Pero su padre había muerto en una de las últimas batallas del último año de la guerra, y de él le quedaban recuerdos borrosos como imágenes en pintura derramada: su rostro de pómulos salientes, ojos grises como los suyos, el cabello castaño, largo hasta los hombros según usanza de los hijos del rayo. Khalil había sido uno de los hijos del trueno guerreros más poderosos de la guerra; podía neutralizar el poder de los hijos de las sombras, y sus visiones, muchas veces, habían alertado a la ciudad de un ataque que de otro modo los hubiera tomado por sorpresa. En la batalla de Etrai, dos de los Siete Usurpadores habían liderado las fuerzas sombrías, y Khalil había caído, herido por una daga de acero de Kriyak, que ni siquiera Haily, con todas sus pociones y ungüentos, había podido curar. Sin embargo, Khalil había herido de muerte a Morgan y Telur, y tras la desaparición de dos de sus mayores líderes, el resto se vio pronto reducido en batallas, y sus fuerzas se fueron diezmado en semanas.

Los hijos de la noche habían desaparecido tras la guerra, pero su huella parecía persistir en los Nueve Reinos. Nova lo sentía cada vez que sus ojos se posaban en Etrai: diez años antes, el pequeño pueblo a cuyas afueras vivía había sido una ciudad, y los restos de sus muros y edificios aún se alzaban en la planicie como islas en un mar de tierra. Podían encontrarse vestigios de la ciudad hasta los límites de la torre de Etrai, al este, y hasta los inicios del bosque de Regur, al oeste.

Sonrió con tristeza. Una de sus muchas fallas de carácter era una curiosidad imparable, y la frustraba que la guerra hubiese destruido una ciudad floreciente que le hubiese brindado una vida más interesante. Por supuesto, jamás decirle algo así a Haily. La guerra había despojado a su madre de más que una vida interesante, y un comentario sobre ello no llevaría a nada bueno...

El frío de la tarde convertía el aliento de Nova en bruma. En pocas semanas, la nieve enterraría la entrada de la torre. Nova había pasado la mañana reparando el techo del granero: la cornisa se estaba despegando del techo y pronto abriría un hueco por el que la nieve podía penetrar. Había bajado y subido cubos de heno mojado con una masa que Haily había traído de Etrai; era pesada como ladrillo molido y su apariencia era antiestética, pero parecía pegarse a la cornisa con facilidad, y hacía su trabajo más fácil.

Nova se asomó por la buhardilla y comprobó que Haily ya había amontonado sacos de heno, maíz, arroz y patatas en todo el perímetro del granero. Pesadilla, con su pelaje, crines y cola oscuros, era invisible en las sombras.

El lobo volvió a aullar. Apoyada en la chimenea, notó que en realidad, el aullido del lobo era el eco de un aullido, resonando en las montañas y perdido en los cientos de tonalidades del verde del bosque: el verde profundo, casi negro, del musgo en las sombras de los robles; el verde vivo y cambiante de las hojas externas de las plantas; el verde amarillento del pasto quemado en el exterior, que tornaba a verde húmedo a la sombra de los árboles; el verde de las montañas, el primero que en invierno cambiaba de verde a tierra y luego, un día, abruptamente a blanco. El aullido resonaba entre los miles de verdes, alejándose, hasta que por fin se fue apagando, lentamente, en un gemido profundo, un lamento que parecía hundirse en las profundidades de las sombras de los árboles.

Pero no podía ver mucho más lejos, pues como siempre, la torre de Etrai obstaculizaba el paisaje. A Nova nunca le había gustado esa torre que ensombrecía su casa, la torre este, desde el mediodía hasta el atardecer. Lejana y fría, la torre de Etrai se erigía en la planicie como una aguja saliendo de un pañuelo, y su larga sombra en los campos se asemejaba a una serpiente de ónix. Aunque era antigua (tan antigua que hasta las historias de los bardos le habían perdido el rastro) para Nova sólo evocaba la guerra, los ataques que regresaban como la marea para conquistar ese bastión inalcanzable, ahora abandonado y cuya entrada estaba prohibida. Su pétrea estructura, de un gris descolorido, estaba salpicada de nidos y vegetación, ancha como un lago y tan alta que en los días nublados su cúspide se perdía en las alturas, silenciosa y brumosa como un fantasma. Algunas zonas de los muros se encontraban tan absolutamente fuera del alcance humano que no habían sido limpiadas por cientos de años.

Aseguró el último bloque de paja endurecida sobre la cornisa con un clavo y una piedra. De acuerdo, podía ser mejor: el techo era una masa amorfa y endurecida, pero resistiría hasta el final del invierno. Cuando llegara la primavera debía recordarle a Haily que se ocupara de ello en su siguiente viaje a Monte de Cobre: allí vendían bloques ya hechos para los tejados.



Al entrar a la torre escuchó a su madre. Haily hablaba con Ursik en la sala. Vaya, no la había visto en semanas. La vieja tendera había partido hacia Fuerte Viejo para buscar una pieza para su carreta, y cuando regresaba, siempre traía algo de regalo. Nova saltó del tejado y se acercó a las dos mujeres.

—¡Ursik! ¿Cuándo regresaste?—dijo Nova.

Como cada vez que regresaba a Etrai después de meses, la tendera le tendió los brazos al cuello, pero Nova sintió que Ursik temblaba de nervios.

—Niña, estaba contándole a tu mamá de los caminos. No vuelvo a salir de Etrai en mi vida.

—¿Qué pasó?—dijo Nova sentándose junto a la tendera.

—En el último periodo ha habido doce asaltos en el camino a Monte Cobre—dijo Haily—. Tres personas murieron, y se llevaron a dos doncellas de Sagulo.

Nova se llevó la mano a la boca. Aunque había escuchado rumores de peligro, era la primera vez que tocaba un pueblo tan cercano como Sagulo.

Habían pasado diez años desde el fin de la guerra—Nova tenía entonces cinco años—, pero aun hoy, los Nueve Reinos Unificados seguían atravesando un penoso proceso de reconstrucción. En los pocos viajes que Nova había realizado con Haily, había visto los restos de antigua Kripty en los cimientos de los pueblos nacientes: en el pueblo de Hogot había una muralla de piedras pulidas, alta como una iglesia, que protegía al pueblo parcialmente de las inundaciones de verano; la ciudad de Lecho de Piedras estaba circundada por un camino ancho, cimentado por piedras anchas y pulidas, testigos de que atrás, ese camino había sido un río navegable; en Mina Dorada, la catedral aun exhibía una cúpula decorada con oro, a pesar de la miseria del pueblo teñido por el polvo y embarrado por la lluvia. De los viejos castillos aún quedaban algunas paredes y recámaras esparcidas en las montañas que, en las noches, daban albergue y cierto resguardo a vagabundos y mendigos. En lugar de las altas murallas que resguardaran la Ciudad Capital de los Peregrinos quedaban rezagos de piedras, un recordatorio

de la antigua sensación de seguridad, ahora perdida. Incluso la grotesca torre de Etrai le recordaba que el pueblo, perdido en las montañas y olvidado por los

Pero eso había sido antes. Diez años de guerra, durante los cuales se habían arrasado ciudades y quemado países, habían barrido con la población mágica de los Nueve Reinos. El inquietante brillo de la magia sombría parecía extinto desde hacía tiempo, y la magia del trueno le seguiría pronto. Su madre, a pesar de su juventud, se encontraba entre los últimos rezagados. Si, como algunos creían, los Siete Usurpadores hubiesen seguido vivos, habrían podido tomar la región con mucho menos esfuerzo que el que habían necesitado en la Guerra del Índex.

—Gracias a Dios que estoy vieja y arrugada—dijo Ursik—. De haber tenido treinta años menos me habrían tomado como ya han hecho con otras muchachas incautas que decidieron viajar en los tiempos que corren.

—¿Te asaltaron, Ursik?

Ursik parecía a punto de llorar.

—Sí. Se llevaron a mi pobre Caminante. Es lo que más me dolió de todo esto. Era la última vez que lo hacía viajar a la ciudad. Estaba viejo. Dios sabe qué harán con él ahora.

Nova entrelazó los brazos por el cuello marchito de Ursik. Sabía que Ursik amaba a ese caballo y lo cuidaba más que al viejo Caf. Caminante había hecho honor a su nombre por años, y se habría merecido un buen retiro.

Ursik se pasó la mano por los ojos húmedos.

—Disculpen, muchachas. Drama de vieja. Seguro estará bien. Nadie comería a un caballo como ese. Su carne no serviría ni como pisapapel.

—Claro que sí—dijo Haily—. Tal vez incluso lo dejen libre. ¿No decías que sólo necesitaban un medio para huir?

—Pues sí—Ursik sonrió mostrando más agujeros que dientes—. De ese jamelgo no podrán sacar ni medio día de camino—suspiró—. Pero tengan cuidado. Se los dice esta tortuga experimentada.

—Tendremos cuidado.

—Bueno niñas, ya me tengo que ir. Sin Caminante solo nos queda Castaño, y tengo que volver a tiempo para que coma y descanse. Caf lo necesita. Ah, antes de que me olvide—sacó una bolsa de frutas de su canasta y se la tendió a Haily—. Por ayudarme con mi artritis.

Ursik subió a la carreta y se alejó de ellas con un saludo.

—¿De verdad crees que dejarán ir a Caminante?—dijo Nova.

—No lo sé, hija. Ya sabes que el comercio se dificulta más mientras más lejos está un pueblo de la capital... En fin ¿cómo está el tejado? Si va a nevar dentro de la torre, necesito saberlo con anticipación.

—Está listo.

—Bien. Tendremos un invierno fuerte. Este año... oh, ¿qué pasó?

Nova se miró las manos. Un corte transversal le corría del pulgar a la muñeca.

—Es solo un corte.

Haily tomó la mano de Nova.

—Puede infectarse. Lávate la mano y aplícate pomada, que acabo de hacer más.

Nova entró a la torre. En la cocina vio varios frascos de madera con una pasta rojiza, de consistencia densa y fuerte olor a azufre. Era una pomada casera elaborada con frutos, semillas, aceites y minerales simples, pero también, sabía, era una rareza. Un frasco pequeño les duraba meses; por la cantidad de frascos preparados seguro que Haily había recibido un pedido de Etrai.

Tomó el frasco de medicina y se la aplicó en la frente, en la pierna rasguñada y en las manos. Inmediatamente sintió un intenso ardor, como un paño caliente; luego, el líquido pareció encontrar su camino dentro de su piel, y el dolor amainó. Conocía bien el efecto, y sabía que al día siguiente, la herida estaría cerrada. Si se aplicaba la mezcla por diez días de la manera correcta no quedaría rastro. Era el efecto de las pócimas y pomadas de su madre en las heridas no mágicas (el rastro violento de la magia sombría era algo muy distinto), inimitable y raro.

—La comida está lista—dijo Haily entrando en la cocina—. ¿Me ayudas con los platos?

Nova se levantó de la mesa.

—Has hecho varios frascos. ¿Piensas venderlos?

—Sí. Me hicieron un pedido en Etrai. Dicen que Humfer va a pasar unos meses fuera del pueblo.

—Debí suponerlo. Seguimos siendo su última opción.

Haily se puso seria.

—Hija, deja de pelear contra lo inevitable. Antes de nosotras, nadie había visto magia del trueno en este pueblo por décadas.

—Antes de ti, dirás—dijo Nova con amargura—. No soy como tú, pero no me consideran como ellos.

Haily vertió vegetales de una olla de barro en un cuenco.

—No eres como ellos. Eres hija de magos y guerreros.

—Pero defectuosa. Hija de los hijos del trueno, pero sin su luz.

—Oh, hija. No creas eso. A los hijos del trueno les encanta llamarse así, pero es solo ego y negación. La magia no te resuelve la vida. Al final, siempre te la complica. Es un imán de desgracias, y si me preguntas a mí, estoy feliz de que hayas nacido sin esa maldición.

Nova se frotó más pomada con los dedos para ayudarla a penetrar la piel de su mejilla. El dolor se hizo casi imperceptible.

—No entiendo cómo ser una maga curadora puede traerte desgracias.

—Y con suerte no lo entenderás nunca, linda—dijo Haily pasándose la mano por el cabello, tan parecido al de Nova.

A Nova le gustaba parecerse a su madre, con el mismo cabello carbón, los ojos de miel y el mentón fuerte. Tenían también la misma constitución, con una estructura como de hierro y la piel translúcida. A sus quince años, Nova era más alta que Haily, quien siempre había sido pequeña, pero su madre irradiaba una fuerza que ella no poseía, ni probablemente tendría nunca. El rugido del trueno, de seguro.

Lo que la irritaba era la ausencia de Khalil en ella: sus ojos grises y cabello castaño eran un recuerdo remoto, y la sonrisa que su madre siempre mencionaba, esa sonrisa ladina que atraía problemas y que había enamorado a Haily apenas convertida en mujer, no se le había aparecido

nunca en un espejo. No podía imaginarse estar en el lugar de sus padres hacía veinte años. Enamorados, sí, pero también a puertas de una guerra que estalló en todos los horizontes.

—¿Crees que Ursik tiene razón?—dijo Nova.

—No—dijo Haily—. Ursik tiene buena intención, pero nunca ha vivido fuera de Etrai. Los caminos están peligrosos porque el rey prefiere gastar los impuestos en la corte, más que en el pueblo. No porque algo nuevo esté pasando. Es el simple avance del tiempo. Era predecible.

—Mamá, no te preocupes. No tengo pensado alejarme de Etrai. No en estos días.

—Ay, hija—dijo Haily con resignación—. Se me había olvidado. Estoy agotada...

—Vamos a ir a Etrai, ¿verdad? No nos lo podemos perder. Huber dice que este año tenemos permiso del señor Goalt para cerrar las calles y festejar en la plaza.

—Bueno, nos lo merecemos. Igual que todo Etrai. Después de la próxima semana no podremos quedarnos en la calle en meses. En unas semanas no podremos ni trabajar la tierra—le dio un beso en la cabeza—. Me voy a tomar una siesta. Despiértame al atardecer, ¿quieres?

Azoth llevó a Acero por el camino más largo para llegar a la mina, y también el más incómodo para una montura. Era un camino pedregoso y hundido, amplio y alejado de las casas, suficientemente ancho como para dejar pasar tres carretas juntas. Un antiguo río seco, drenado miles de lunas atrás para ser utilizado para la extracción del acero, que le daba su nombre a Lecho de Piedras. En las preparaciones de las fiestas, con la ciudad inundándose de sidra y multitudes, este era el camino más rápido y tranquilo. Había tomado ese camino ese camino pocas veces en los quince periodos que llevaban en la ciudad; usualmente tomaba las avenidas centrales, plenas de negocios, para así poder hablar con los pobladores. Vivir con Cirsus no estaba mal, pero el herrero evitaba socializar incluso con sus clientes, y nunca le había conocido ningún amigo.

El camino lo dejaba a pocos pasos de la entrada lateral de la mina, un portón de madera tosca que tenía grabada, con piedra pizarra, una simple palabra: “Tienda”, que mostraba claramente el espíritu conciso de los murciélagos. Al pasar por el mostrador vio su reflejo y se

dio cuenta que, de nuevo, se había olvidado de pasar por el lavadero antes de salir: su cara delgada tenía algunos trazos de carbón de la fragua y su camisa estaba manchada por el mismo mineral. A sus catorce años, el trabajo en la fragua —que incluía cargar acero, aluminio y cobre por un tercio del día, además de golpear las hojas de las armas con un martillo del tamaño de sus muslos— había convertido sus brazos de dos cuerdas trenzadas, de brazos surcados de venas y manos florecidas de callos tensos como bridas. Su cabello castaño, siempre oscurecido por el carbón, estaba hecho nudos por el cabalgar y los aceites de la fragua. Bueno, así pasaría por uno de los murciélagos.

La puerta era de metal nuevo; los murciélagos se tomaban muy en serio tanto los negocios como la seguridad, en especial en una ciudad como Lecho de Piedras. El hombre del mostrador lo miró con aspereza, pero no era ninguna novedad. Azoth no llevaba una bolsa colgada al cinto.

—*¡Hutttert vog ametz!* Ya sabía que el *hogt* de Cirsus te iba a mandar a ti. Que venga él mismo. Ya me debe algunos *kettart*.

Azoth se acercó al tendero y le entregó una hoja de papel.

—Juger, yo solo vengo por el pedido. Solo son unos cuantos cuartos de *kettart*. Tenemos varios pedidos para antes del invierno. Estas son las especificaciones para el pedido de hoy.

El hombretón tomó la hoja, pero miró a Azoth en lugar de abrirla.

—Bah, no te preocupes—dijo Azoth—. Te necesitamos. Cirsus no quiere problemas con sus *gutfat*.

—Tampoco va a poder correr por mucho tiempo. Este año nos han dejado libres para los *hartsket*.

—¿En serio? Son excelentes noticias. ¿Pero sabes? Me parece que Cirsus y yo tenemos un viajecito en esos días. Ya sabes, el hierro...

—¿Qué cosa? ¿Por cuánto tiempo? Maldito *jujrest!*

Azoth se encogió de hombros.

—Unos días. Lo que duren las fiestas. Ya sabes que en Lecho de Piedras el acero se ha encarecido.

—Es que no queda mucho. Pero nadie quiere aceptar que la ciudad se está quedando sin minas. ¿A dónde van?

—Al norte. A la mina de los Itinolitos.

—Oh, ya sé: medio camino hacia la ciudad de los Arrasados, ¿no?

Azoth asintió.

—Pero necesitamos carbono hoy mismo. Tenemos un pedido grande pendiente.

Juger salió del mostrador. De pie, el tendero era tan grande y ancho que Azoth, quien empezaba a crecer las piernas de Azoth, dieron un paso hacia atrás.

—De acuerdo, pero que les quede claro: después de la semana de los *hartsket* quiero todo mi dinero de vuelta, o se acabaron los negocios.

Azoth asintió. ¿Qué podía decirle? ¿Sabría Juger que lo que pedía era imposible? En fin, si quería vivir en la negación, no le iba a privar del placer.

—Se lo diré —dijo.

Azoth tomó el pedid y tras revisarlo, salió de la tienda. Ya con el carbono, se entretuvo llevando a Acero de las riendas y caminando por la ciudad. Como hijo del campo, la variedad de voces y apariencias de Lecho de Piedras, ciudad de inmigrantes, bastaba para entretenerlo en el camino. Como pasaba el día en el taller o en negocios para el taller, estaba ansioso por ver gente, aun si no hablara con ellos. Los murciélagos nunca le habían interesado. Era hijos de comerciantes y solo tenían un tema de conversación: el dinero. No les interesaban los viajes, espadas, la comida o conversar más que de negocios. Pero era el grupo con el que Azoth se relacionaba con mayor frecuencia.

El sol ya rozaba el horizonte. Los días se acortaban y pronto el círculo dorado se convertiría en un fantasma del verano. Los muros de piedra que rodeaban la calle principal ayudaban a encerrar la oscuridad.

En contraste con los desiertos caminos tangenciales, la plaza y la avenida principal rebosaban. Los negocios seguían abiertos: panaderías, carnicerías, dulcerías, todo lo relacionado con la comida. Los puestos rebosaban de mineros, probablemente recién salidos de la mina (que cerraría a causa de las fiestas) con los rostros ya rojos y alegres de vino. Acero caminaba ansioso y Azoth tuvo que afianzar las riendas en su mano para mantenerlo controlado.

—¡Hey, muchacho!—le llamó un obrero de la plaza—. Dile a Cirsus que prepare material, porque vamos a necesitar espadas y *valhetrts*.

Azoth asintió e hizo un saludo de mano sin detener su caballo. En fiestas, la demanda de arma blanca siempre subía porque los duelos en las calles y apuestas eran frecuentes. Eso había pasado este último mes, pero Azoth sabía que después de las fiestas bajaría abruptamente, hasta el inicio de la primavera.

La calle lateral olía a fogatas, pan caliente y vino nuevo. Algunos grupos dispersos de pobladores ya se encontraban festejando en las calles, sentados en las entradas de las casas con las puertas abiertas, de las que emanaba la luz de las velas y chimeneas. Sonrió con resignación. Azoth sabía que solo necesitaría desmontar y acercarse al primero grupo que encontrarse para que lo invitaran a cenar y unirse a las fiestas. Podía pasarse la noche yendo de grupo en grupo, comiendo hasta hartarse y tomando más vino del que podía resistir... pero en cambio, mantuvo a Acero al trote. Al avanzar, las calles se sumergían lentamente en la penumbra.

A medida que Azoth se alejó del centro de la ciudad y tomó las avenidas aledañas, la ciudad se silenciaba y oscurecía. Los cascos de Acero resonaron en los adoquines y los paseantes se disiparon en la bruma, hasta que solo quedaron algunas parejas dispersas en busca de soledad. Los letreros de los negocios adornaban la ciudad como dientes de un reptil gigante y se sucedían uno tras otro, pero cerrados y oscuros. Todos, excepto uno: una sola casa iluminaba como una estrella el fondo de la calle dormida.

Cada vez se volvía más tedioso caminar toda la calle para llegar al borde de la ciudad, pero así lo habían decidido juntos, por su aislamiento y facilidad para desaparecer, además de



alejarse de la bulla en temporadas alocadas como la fiesta de invierno o la ola de asaltos que había tomado Lecho de Piedras en el último periodo.

Azoth dejó a Acero en la pequeña caballeriza de la casa y empujó la puerta, de la cual colgaba un letrero de madera: “Herrería”. El desorden era inusual, pero predecible. Sobre el suelo de madera había cajas abiertas con ropa, comida, cuero y materiales como acero, carbono y dientes de dragón. Las puertas estaban abiertas y de la fragua le llegaba un resplandor. Cirsus estaba trabajando.

Cirsus entró en la sala apenas Azoth hubo dejado la bolsa de carbono en la mesa. Su alto cuerpo de diecinueve años estaba inusualmente encorvado de cansancio; tenía bolsas oscuras bajo los ojos, la barba poco crecida y los cabellos, de un castaño miel, despeinados y salvajes, proyectando una sombra sobre sus ojos verde oliva.

—Demoraste. ¿Revisaste bien el carbono?—dijo Cirsus abriendo el paquete.

Azoth hizo una mueca de disgusto.

—Me dices que mire cada pedazo, me das una lupa, me prohíbes llevarte carbono defectuoso, me pides provisiones para un mes... y aun así me quieres de regreso en dos horas.

—¿Trajiste todo? No veo el mercurio.

—En la botella. Ah, le dije a Juger que nos vamos de viaje.

Cirsus se tensó.

—¿Le dijiste cuánto tiempo?

—Sí, claro. Le dije, ¿sabes, Juger? Nos estamos cansando de esta ciudad. Tu carbono está cada vez más contaminado, te debemos un dinero que no tenemos ganas de pagar y en el invierno nos congelará hasta la fragua. Estamos en bancarrota y no tenemos ni para un carbón. Mejor escapamos mientras los caballos pueden andar.

—Debería saberlo. Ciudades comerciantes como esta solo necesitan cuchillos y navajas para curtir cuero o cortar pollos.

—¿En qué ciudad estás pensando?

—Metchtack.

—¿Crees que después de un tres años y medio nos necesiten?

—Oh, es cierto. Estuvimos allí por medio año.

—Ocho ciclos. Y no podemos volver.

Cirsus se dejó caer en la mesa.

—No hasta que cambien al idiota del gobernador. ¿Quién diría que sabía reconocer la diferencia entre acero de extrema pureza y acero con mezcla de aluminio?

—Bueno, muchos alcaldes y gobernadores fueron soldados durante la guerra...

—No necesito lecciones de historia, Azoth. Lo que necesito es que termines de empacar hoy. Los murciélagos vendrán por nuestra sangre antes del festival.

—Juger dijo que estarían libres para fiestas.

—¿Qué más te dijo?

—No mucho. Solo algunas advertencias sobre los pagos.

—Así que le dijiste que nos íbamos de viaje. Pero no le dijiste cuándo nos íbamos.

—Sí, le dije que antes del invierno. Vamos al norte, ¿no?

Cirsus puso los ojos en blanco.

—Tu memoria es cada vez más atroz. Te dije que al sur. Cierra todo y empaca los materiales.

Azoth suspiró.

—Nos perderemos la fiesta.

## Capítulo 2

Cuando Nova y Haily llegaron a la cima de la colina, las hogueras de Etrai se les habían aparecido como una lluvia de cometas caídos sobre el pueblo. El olor de mermelada de sauco, cerveza y carne asada les había hecho agua a la boca; al entrar en el pueblo, las voces y risas de los pobladores mezclados con los cascos de los caballos, la música de los laúdes y el viento que se llevaba las hojas secas les habían invitado a relajarse por primera vez en semanas.

Nova no había visitado Etrai desde el otoño pasado, quince ciclos, pero no era un pueblo que cambiase con rapidez. En los diez años que Nova llevaba viviendo en Etrai, el pueblo no había crecido en una sola casa: a diferencia de los magos, que solían viajar y tener hijos en las ciudades, las familias profanas solían hacer un espacio extra cuando sus hijos se casaban, y lo más frecuente era encontrar abuelos y nietos viviendo algo apretados, todos juntos, bajo el mismo techo de mimbre. Los caminos rara vez eran transitados más que por locales, y nunca habían necesitado más reparación que acomodar los ladrillos de nuevo en el suelo.

La avenida principal había estado cerrada, de modo que los caballos y carruajes permanecían en los callejones y calles aledaños, para colocar mesas y puestos de distintas carnes y especias. Haily bajo la cacerola de pavo con tubérculos que había horneado y lo dejó en uno de los puestos vecinos, en medio de una fila interminable de sopas, asados de distintos tonos, frutas en mermelada, vegetales salteados despedía una mezcla tibia de aromas que había apurado los pasos de Nova después de un día de trabajo en el tejado. Los puestos habían estado iluminados con el fuego de decenas de faroles, de modo que a pesar de la llegada del invierno la calle parecía ganar una cierta tibieza. Las hojas doradas se deslizaban por la brisa y su roce se mezclaba con las risas de los pobladores y la música de laúdes y arpas. Nova y Haily habían ingresado a la plaza principal, comprado dos cuencos de asado con vegetales y se sentaron en una de las pocas mesas que había desocupadas, pero poco después Nova había salido a curiosear la feria.

Al volver, vio a su madre en un puesto de cueros y accesorios de caballos, algo alejada de la multitud, hablando con Laile, una dama del pueblo que había visto a menudo en sus visitas a Etraí. Laile trabajaba en la única posada de pueblo y cocinaba unos postres estupendos, pero era su marido, un soldado retirado, quien manejaba el lugar. El tono de la conversación entre Laile y su madre estaba lleno de precaución. Nova se quedó tras la pared, esperando un momento para entrar sin interrumpir, pero pronto se dio cuenta de que la conversación era más importante de lo que había imaginado.

—Solo digo, Haily, que debieras tener cuidado.

—¿Y nunca dijeron quiénes eran?—preguntó Haily.

Laile quedó un momento en silencio.

—Solo preguntaron por ti. Pero tenían buenas capas de piel y caballos esbeltos, no de tiro. Y llevaban una carga de ropa.

—Mmm... ¿crees que venían de la ciudad?

—Sí, eso creo. Estaban llenos de polvo, como si hubieran cabalgado por varios días. No venían de ningún pueblo vecino, estoy segura.

—¿Cuánto tiempo se quedaron?

—Sólo lo suficiente para dar de comer a sus caballos. Pero dejaron esto—Nova escuchó el sonido de desdoblar un papel.

—Oh, Laile, ¿por qué no me lo dijiste antes?—dijo Haily.

—Porque quería hablar contigo primero.

Pero Haily no contestó, y Nova supuso que estaba leyendo la nota.

—¿Malas noticias?—dijo Laile.

—No. Solo incómodas. Tengo que ir a la ciudad, y no me dejan mucho tiempo.

No podía ver el rostro de su madre o de la visitante, pero el tono de Haily era de una serenidad fría. Estaba nerviosa.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana en la mañana.

—Sería diferente si Khalil siguiera aquí—dijo Laile—. Un mago guerrero siempre sirvió como el mejor espanta ladrones de cualquier pueblo. ¿Recuerdas cuando tú ejercías, querida?—dijo mirando a Haily—. Si tú...

—No es mi llamado—interrumpió Haily.

—Mamá, ¿tú ejercías como maga de ofensiva?—dijo Nova, sin poder evitarlo.

—Nova... No, lo siento, creo que me confundí—Laile parecía apenada.

Haily miró a Nova.

—Pero Laile decía...

—No es mi llamado—repitió Haily—. Lo fui por un tiempo, cuando los hijos del trueno escaseaban.

—Hoy escasean más que nunca...

--Ya me tengo que ir—dijo Laile—. Búscame cuando estés de regreso en Etrai.

Haily se volvió a Nova.

—Ya no somos necesarios, hija—Haily parecía impaciente por acabar con la conversación.—.Tu padre hizo un gran trabajo durante la guerra, y es gracias a hombres como él que los Usurpadores desaparecieron de la tierra. Se sacrificó para que nosotros tuviéramos la oportunidad de vivir en paz.

—Los caminos están peor cada año—replicó Nova—. Las cosechas están arruinadas por falta de semillas de calidad y abonos aceptables, porque nadie se atreve a traerlas desde el otro lado de Uburno. No es a lo que yo llamo paz.

—Nova, basta—la voz de Haily era fría como la roca en invierno.

—Mi padre no se sacrificó para que nos escondiéramos como ratas...

—¡Basta! Tú no sabes nada de tu padre, Nova. Los Usurpadores lo mataron antes de que pudieras tener una conversación real con él, ¿y ahora quieres decirme a mí porqué se sacrificó?

Nova recordó la daga de hueso de dragón y acero de kriyak que su madre guardaba en una caja. Nunca la abría, pero Nova la había visto muchas veces. Se escabullía cada cierto tiempo y sacaba la daga con cuidado, como si fuese una antigua pertenencia de Khalil, y el instrumento

de su muerte. Haily había retirado la daga asesina del pecho de Khalil, y tras la muerte de su esposo, la había guardado bajo llave. Nova siempre se había preguntado por qué su madre guardaba la terrible reliquia.

—Es cierto—dijo Nova.

—No quiero volver a discutir el asunto, Nova. Hay mucho que no sabes de la guerra, eras demasiado pequeña para entender. Naciste en pleno conflicto, no conociste la paz antes de la guerra.

—Ni siquiera ahora conozco la paz.

Haily no contestó. Parecía indecisa entre decirle algo o no.

—Nova, nos vamos—dijo finalmente.

Aunque Nova sabía de la carta, de la preocupación y del viaje de Haily, el anuncio la encontró con la guardia baja.

—¿Nos vamos de Etrai?—preguntó.

Haily asintió. A Nova empezó a disgustarle el tono de la conversación.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por ahora, para siempre.

El tono de Haily era paciente, pero a Nova no le gustó: parecía que su madre hablaba con una niña pequeña.

—¿Por qué?

—Necesitamos dinero. Me han ofrecido un puesto en Erran.

Erran era una minúscula villa al fondo del cañón del mismo nombre, que probablemente debía su apelativo de ciudad a la caridad de sus visitantes o el ego de sus pobladores. Para llegar a ella se necesitaba pasar varias villas, ninguna de las cuales aparecía en un mapa, atravesar un bosque de pinos y finalmente, tomar un único y estrecho camino entre una docena de montañas que desembocaban en un valle largo y angosto y de allí al cañón, de clima seco y eternamente frío, tan profundo que solo recibía algunas horas de sol al día. Nova y su madre sabían de Erran debido a que de vez en cuando recibían uno que otro viajero de la villa que se dirigía a la ciudad.

El único motivo para viajar a Erran era para desaparecer de los Nueve Reinos. ¿Eso era lo que Haily quería?

—La carta era una advertencia, no un ofrecimiento para un puesto, ¿verdad?—le soltó Nova.

Haily saltó en su asiento. Nova se dio cuenta de que la había tomado desprevenida, pero el placer no le duró mucho. Haily clavó sus ojos azul metálico en ella. Nova no se inquietaba fácilmente, pero esta vez tuvo que apartar la mirada.

—Tu manía de jugar sucio me preocupa cada vez más, Nova.

Nova sintió la sangre afluir de pronto a sus mejillas.

—Está bien, Nova—dijo Haily finalmente—. No tengo ningún ofrecimiento y la carta era una advertencia. Pero no te diré más que eso, y no puedes decírselo a nadie en Etrai, ¿entendido?

—¿No decir qué? No podría decir nada. No me has dicho nada.

Haily la miró con duda en sus ojos.

—Es una larga historia—dijo por fin—. Demasiado larga para empezar a contarte ahora, que tenemos prisa.

—¿O sea que no me lo vas a decir? ¿Me vas a arrastrar fuera de Etrai, sin decirme por qué?

Por un momento, Haily se vio tan desesperada que Nova se compadeció.

—Necesito unas horas—dijo—. Te lo contaré todo en el camino. Responderé todas tus preguntas. Pero ahora no tenemos tiempo. Tenemos mucho que hacer. Solo tenemos esta noche, porque partiremos al amanecer.

Nova sintió su preocupación y algo más, algo que Haily quería ocultar: miedo. Se veía genuinamente asustada. Y decidida. Nova supo que no podría sacarle nada más.

—Está bien. Pero si no me lo dices todo vas a tener que huir de nuevo. De mí.

Para Azoth, darle la espalda a la ciudad a medianoche no era cosa de broma. Antes de que la luna se elevara sobre el cielo y les permitiera deslizarse en los caminos adyacentes, antes de terminar de ensillar a los caballos, antes abandonar la casa que les había dado albergue y sustento por cinco años, la ciudad ya parecía amenazarles. El silencio anormal de Lecho de Piedras parecía el de un enorme ser vivo conteniendo el aliento. Era como si los muros y las calles se acallaran para que la pareja de fugitivos no la oyese respirar en sus nuca, y así sorprenderlos en pie de fuga. Azoth nunca había sido cobarde, y sabía esta sensación no era de miedo. Era como si estuvieran haciendo algo estúpido.

¿Cuántas ciudades les quedaban en el reino para trabajar? Cirsus había pasado los últimos cinco años de su vida viajando de ciudad en ciudad, y a este ritmo, las grandes ciudades dejarían de ser una opción en menos de cinco.

Pero Cirsus parecía no tener tiempo para pensar a futuro. No era la primera ni la segunda ni la séptima vez que se decidía a abandonar un pueblo, y Azoth conocía su rutina. No hablaría de nada más que del viaje y los preparativos hasta estar bien alejados de la ciudad, y para entonces ya no habría caso en decirle nada. Lo mejor era hacer lo mismo. Enfocarse en el viaje y luego, ya alejados, tomar precauciones extra.

Azoth entró en el taller. Las espadas, cuchillos y navajas ya habían sido empacados, pero aún quedaban la máquina de fundición y su enorme rueda giratoria, el corazón de la herrería. También les quedaba un poco de buen acero—Cirsus mismo lo había fundido—; no era demasiado, pero les serviría para la poca demanda del invierno. La vieja mesa de madera era demasiado grande para llevársela, pero también tan necesaria que se verían obligados a adquirir otra apenas llegaran a la ciudad. Era una pena que no pudieran vender esta mesa.

Azoth sacó el paquete y lo subió a la carreta. El taller estaba en una calle elevada, en una colina en la periferia de la ciudad, y podía verla casi entera. La vista era impresionante: miles de lámparas de distintos colores iluminando las calles y el cielo oscuro de Lecho de Piedras, como un lago salpicado de luciérnagas. Las risas hacían eco en la piedra de las calles, y el olor a pan recién horneado le hacía agua a la boca. Vaya, le hubiera gustado quedarse. Al menos hasta el fin



de la fiesta. Azoth se encogió de hombros y regresó al taller. Cuando entró, Cirsus se estaba colocando la capa y enfundando su propia espada en el tahalí.

—¿Ya está todo listo?—preguntó.

—Listo.

Azoth abrió la puerta, y dio un paso atrás: ante él habían tres figuras oscuras. Tres hombres destacándose contra el cielo de la noche, iluminado por la luna llena. Los tres llevaban capas iguales, largas y marrones. Las botas de viaje, altas y de cuero negro, estaban cubiertas de polvo, y sus espuelas estaban manchadas de un líquido marrón rojizo. En otro momento, sino se hubiera sentido amenazado, a Azoth le hubiera parecido gracioso que se parecieran tanto: eran tres hombres altos y pálidos. Pero no podía ver bien sus rostros, pues llevaban la capucha echada sobre la cabeza, echando una sombra ser ellos.

—*Hojat er erestre*—Azoth reconoció el saludo de la capital—. Buscamos a Cirsus, el forjador de espadas.

Cirsus se adelantó.

—Estoy a punto de salir de viaje. Tendrán que volver en unos días.

—No podemos volver en unos días—dijo el hombre del centro.

—Entonces en unas semanas.

El hombre de la derecha se adelantó. Tenía los rasgos afilados y los dientes blancos como lirios. Azoth pensó que había algo escondido tras ese rostro.

—¿De viaje en fiestas, señor? ¿Abandonamos la ciudad?

Cirsus se encogió de hombros.

—Nos vamos a la fiesta de la villa—dijo con el rostro imperturbable—. Si han estado allí antes, saben que no tiene fecha de término. Por eso les recomiendo que no regresen antes de un mes.

Su interlocutor sonrió, incrédulo.

— *Jetrke*, deja de fingir—Azoth sabía que en la capital se llamaba *jetrke* a las personas de poco confiar—. Veo tu taller vacío, tu carreta llena y tus cosas empacadas. *Huterwe*. Es evidente que piensas *grteke*. La verdad, me da lo mismo. Pero tu fecha es... inconveniente.

Entre las oscuras cejas de Cirsus se formó una arruga que Azoth conocía muy bien.

—Estoy en desventaja. Ustedes saben quién soy, mientras que yo jamás los había visto en mi vida. Primero sus nombres, y luego hablamos.

El hombre de la izquierda, que hasta entonces había permanecido callado abrió la larga funda de terciopelo rojo que llevaba en la mano como un bastón. Era una espada tan larga que rozaba el piso. El mango dorado era de hueso de dragón, y el acero, de un negro intenso, brillaba como el aceite. Se podía ver las ondulaciones de la hoja, doblada cien veces sobre sí misma al forjarse. Tenía la delicadeza y la fuerza del cristal. El filo brillaba, amenazante. Demonios, era acero de Kriyak. Azoth no necesitó ver la inscripción en el nacimiento de la hoja para saber quién había forjado esa espada.

—No forjo espadas con mango de colmillos de dragón desde hace cinco años, por lo menos—dijo Cirsus—. Esa la forjé hace siete.

—Junto con estas—dijo el hombre del centro. Los otros dos hombres le mostraron sendas espadas, ambas con mango de hueso de dragón y hoja de acero negro. El vibrante fulgor de las hojas las hacía parecer vivas.

Cirsus se quedó mirando las espadas como si fueran amigos que no hubiera visto en años.

—¿Qué quieren?

—Necesitamos espadas—dijo el encapuchado del centro—. Cuatro espadas como estas. En un mes.

—Mis espadas demoran cuatro meses—dijo Cirsus—. Tres, si me dedico solo a ellas. Y el precio aumenta en una mitad extra.

—Las queremos en un mes—dijo el hombre del centro—. Ya has trabajado con nuestro señor antes, y sabes que paga bien sus encargos, si se hacen cuando él los requiere.

—También sé que si forjo las espadas en un mes, bien podrían usarlas como cuchillos de cocina—dijo Cirsus—. Una espada no es una broma. Y son cuatro. Las tendrán en dos meses y medio. Y el adelanto por los materiales y el tiempo es de la mitad.

Los tres hombres intercambiaron miradas, y tras asentir, el del centro se volvió a Cirsus.

—De acuerdo—dijo—. Pero necesitare un recibo con tu sangre. Y nada de huir de Lecho de Piedras. Te devolveremos la garantía cuando tengamos las espadas.

Azoth había vivido con Cirsus por cinco años, y sabía que su maestro no era hombre de huir de un trabajo como ese. Eran cuatro espadas. Cuatro espadas de acero de Kriyak. Un pedido así solo se veía en tiempos de guerra. Incluso con el ritmo de vida y la absoluta incapacidad de ahorro de Cirsus podían vivir cómodamente por algunos años con ese dinero. Y sobre la garantía de sangre, era lo lógico, dada la dudosa fiabilidad de Cirsus. Aunque algo turbador, era un método usual en las familias mágicas para trazar transacciones con comerciantes poco confiables o desconocidos. Tras la guerra la población mágica se había diezmado hasta casi la extinción en los Nueve Reinos, pero Cirsus aún era requerido por los pocos hijos del trueno que quedaban desperdigados por las ciudades y villas. Ay, lo mejor era ponerse a desempacar.

—De acuerdo—dijo Cirsus—. Pero tengo algunas puntualizaciones. Y quiero todo por escrito.

El hombre del centro sonrió. ¿Por qué parecía como si ganara un juego?

—Pues pasemos a sentarnos, *jetrke*. Esto tomará un buen rato.

### Capítulo 3

El aire nocturno hería la nariz y secaba los labios de Nova. Era una noche suficientemente fría para mantener a Etrai inmóvil hasta la salida del sol. Pero Nova no sentía frío ni sueño. Había estado empacando y preparando comida para el viaje sin detenerse a pensar, y ahora su mente giraba como un remolino de interrogantes.

La nieve flotaba ingrávida contra su ventana. Tenía algo de irreal, como si fuera una pintura. La luna era un cristal helado que dotaba al bosque de una apariencia fantasmal y alargaba las sombras de los árboles, hasta apoderarse del claro. Sentía como si decenas de ojos la observaran desde las sombras. El agua del río se deslizaba como una serpiente de aceite al asecho.

No había estado preparada para el cambio. Pero aunque los sentía extraño, de alguna manera parecía largamente anunciado. Había estado viviendo en esa misma torre, mirando el claro desde esa ventana por años, y de pronto, el susurro del río, el olor del bosque, iban a desaparecer de su vida. Durante la tarde de preparativos, Nova había intentado que su madre le diera algunos adelantos del viaje, pero Haily se había negado de redondo. Erran estaba a ocho días de distancia, y cuando lo supiera, Nova no tendría voz si trataba de persuadir a Haily de volver a Etrai. Eso la irritaba.

Bajo la ventana corría un arroyo débil, que la adormecía con sus susurros. Apoyó la cabeza, pesada, en sus brazos extendidos. Oh, al parecer sí que estaba cansada...

Cuando abrió los ojos, sacudida de su sueño por un chasquido, el mundo parecía haber llegado a su fin. La vela estaba apagada, pero su habitación brillaba por el terrible crepúsculo de fuego que se elevaba desde la base de la torre, recortado contra la oscuridad del cielo de la noche. Un humo espeso como la espuma invadía su habitación, y se dio cuenta de que provenía también de su puerta entreabierta.

Descalza y en su ropa de dormir, se asomó por la ventana: enormes lenguas de fuego lamían la base de la torre y parecían derruir su estructura. El fuego estaba consumiendo la piedra

de una manera que solo había escuchado en historias de su niñez: su consistencia parecía líquida, pesada, pero el fuego se agitaba furioso, como si danzara en un ritual.

Se precipitó fuera de su habitación. Aunque Haily dormía solo un piso más abajo, las escaleras ardientes en sus pies se sintieron como flama. Apretando los dientes, abrió la puerta de la habitación. Era como los hornos de piedra de Etrai, pero enorme y violento, descontrolado. El fuego danzante había entrado por la ventana, y dejaba sólo un espacio por donde Nova pudo ver que la habitación de su madre estaba vacía. Las lenguas doradas habían engullido las cortinas y la cama de su madre, de cuyo rastro solo quedaba un reguero de sangre negra y un olor de cabellos quemados, fue como un puñetazo en la nariz. ¿Dónde estaba su madre? Nova sabía que el primer instinto de Haily al ver el fuego hubiera sido subir corriendo a su habitación. Ella nunca la habría dejado sola en medio del incendio. Al menos no voluntariamente.

El fuego, con su extraña consistencia de aceite, ya se asomaba al pasillo, sus raíces aferradas a la piedra del suelo. En el corredor quedaba una ventana que no había sido tocada por el fuego, y contra ella se recortaba un cielo aun oscuro y frío. Al asomarse vio que fuera, muy cerca, crecía un joven sauce de tronco delgado, pero ramas tupidas. ¿Qué más podía hacer? Tomó impulso, cerró los ojos y saltó.

El dolor la atizó en forma de arañazos que surcaron su espalda y rostro, brazos y pecho. Las ramas eran débiles y quebradizas, y aunque habían amortiguado su caída, cedían a su peso. Sus manos se aferraron a las ramas. Un tirón le desgarró el brazo y allí quedó, con una pierna atascada en una rama, arriba, y la otra colgando. Las ramas escondían la luz de la luna y llenaban el espacio de sombras, pero aun así pudo ver que se encontraba a varios metros del gras, y que una caída a esa distancia le quebraría una pierna.

Sus manos perdían fuerza, y el muslo le escocía por el peso. Su mano izquierda se soltó, y el cambio de posición desgarró la pierna estancada. Su grito se perdió entre el sonido del viento entre las hojas y los chasquidos del fuego en la torre. La humedad en sus ojos y la oscuridad de las sombras obstaculizaban la tarea. Pero siguió bajando. Su mano alcanzó una rama gruesa, y a pesar de la posición, logró agarrarse a ella y apoyar un pie en otra rama, que crujió con su peso.

Midió la distancia que la separaba de la tierra: tres hombres adultos, al menos. Aún estaba peligrosamente alto. Si caía, con suerte sólo se rompería un brazo. Empezó a otear a su alrededor para buscar una forma de descender, y a un brazo distancia vio una rama gruesa y firme. Se estiró para agarrarla...

—¿La tienes?

La voz, agresiva como el ladrido de un perro, llegó sus oídos desde el pie del árbol y la hizo regresar de inmediato a la rama, aun en precaria posición. Su balanceo, disfrazado por el vaivén de las hojas del árbol, parecía haber pasado desapercibido. El fuego, a pocos metros abajo, empezaba a arder en su espalda; el músculo de su pierna, desgarrado, parecía aullar por soltarse. Dios mío, el dolor era atroz. Hubiera querido tener una mano libre taparse la boca y ahogar el gemido de dolor que luchaba por abrirse paso, pero necesitaba ambas para aferrarse a una rama que, de todos modos, parecía estar a punto de quebrarse.

—Está detrás, en la entrada del establo. Te esperan—dijo una segunda voz, también masculina. Su tono era más bajo, el susurro de una serpiente de cascabel.

—Entonces asegúrate de que el lugar se consuma. Solo deben quedar cenizas, ¿está claro?

Las dos sombras se deslizaron hacia la zona trasera de la torre. ¿Para qué? Allí solo estaban las caballerizas. Nova aferró la rama más cercana y se deslizó a trompicones cuesta abajo. La caída le trazó nuevos rasguños sobre los brazos y la espalda, pero al llegar al suelo solo sintió un tirón en el tobillo y perdió pie. Aun atontada de dolor, se arrastró hacia la parte trasera del árbol, de modo que su tronco la escondiera. Solo entonces se asomó a ver lo que sucedía en su casa.

El fuego, con su extraña consistencia sedosa, seguía consumiendo la base de la torre, trepaba como un reptil los muros pétreos y bloqueaba su entrada. Nova se deslizó a través de las sombras de los árboles circundantes hacia a la caballeriza. El lugar no había sido tocado por el fuego, pero las llamas iluminaban incluso la caballeriza, y las sombras del interior bailaban, proyectadas en el gras. No eran solo dos hombres. Eran cerca de una docena. Había algunos

hombres afuera. Algunos estaban simplemente haciendo guardia, mientras que otros saqueaban la torre. Todos llevaban capas pardas que ocultaban sus vestimentas, de las que surgían botas pesadas de cuero de montar, sembradas de polvo de los caminos.

Nova se acercó a la ventana entreabierta de la caballeriza. Tal vez podría averiguar dónde estaba Haily. Apoyó la espalda en la pared y se deslizó de lado, en la oscuridad. Avanzó a lo largo de la pared lateral, y se detuvo antes de llegar a la parte lateral.

—El fuego va a atraer a todo el pueblo, ¿dónde está Demien?

—No dejó direcciones.

Un gruñido malhumorado salió de la caballeriza.

—Igual tengo que buscarlo.

—Date prisa, Nistrel.

Alguien iba a salir. Nova volvió la cabeza... y se encontró cara a cara con otro rostro, blanco como la cera. El hombre —si se le podía llamar así— era increíblemente alto, más de dos metros de estatura, y a pesar de su delgadez esquelética, irradiaba un poder y fuerza sobrehumanos. Llevaba la misma larga capa negra con la capucha sobre la frente que el hombre de la caballeriza, de modo que parte de su rostro quedaba en las sombras. Sus ojos eran del negro del vacío, sin asomo de blanco, y sus pupilas, rojas y encendidas como el fuego. Ante la mirada de esos ojos, su mente se congeló. El cuerpo entero empezó a temblarle, incontrolable y helado. Nova sintió que se encontraba dentro de una vívida pesadilla y por primera vez en su vida, supo lo que era el miedo. Nunca había visto de cerca a un hijo de las sombras— se les creía desaparecidos para siempre—, pero supo de inmediato, con terrible certeza, que se encontraba frente a uno.

Sabía que no había forma de huir, pues el sombrío se encontraba frente a ella, impidiéndole el paso. Seguro de que su presa no iría a ninguna parte, desenfundó su espada, de un plateado refulgente, a la altura de su corazón desbocado. Era tan filosa que solo tuvo que rozar la tela de la camisa de Nova para cortarla. El hombre se inclinó.

—Es solo una advertencia, gatita, para que no intentes escapar.

Su voz era como el hielo al quebrarse. Su aliento no creaba bruma en el aire helado. Nova no se movió. Los ojos del hijo de las sombras, su voz de ultratumba, su oscura energía la paralizaron. Estaba a su merced. Su vida, su mente ya no eran suyas. Y tal vez las perdería pronto.

—Morgan, mira lo que me encontré—dijo el sombrío—. Un bocadillo.

Otro hijo de las sombras apareció. Su rostro, de pómulos altos y rasgos afilados, tenía la misma palidez mortal. Era una cruel máscara de granito.

—Es la hija—dijo, y su voz fue sibilante como una serpiente de cascabel—. Me han dicho que está seca. Una *jogort*.

Nova no supo lo que el comentario significaba, pero la sonora carcajada de Morgan se sintió como un escupitajo en la cara.

—Pues lo vamos a comprobar ahora mismo.

Nova sintió que unos brazos la arrastraban. El fuego ya se había tragado la torre hasta sus cimientos. Las cenizas volaban en el aire del crepúsculo azul. Iba a ciegas, y sin oponer más resistencia que la debilidad de sus piernas.

Pero solo la arrastraron unos pocos metros, y cuando la soltaron, el inconfundible olor de la caballeriza la hizo levantar la cabeza. Y lo que allí vio le arrancó un grito aterrado.

Haily estaba allí. No había luz en la habitación y solo la luz de la luna, que entraba por la ventana, iluminaba a su madre. La habían sentado en una silla, con la cabeza baja y las manos atadas a la espalda. La sangre le bajaba de las sienes, le empapaba el vestido, le corría por las piernas y formaba un charco en el suelo. Pero solo la pudo ver por un instante, porque en el granero había otros magos negros, que se adelantaron cuando la vieron.

—Parece que te sobrepasaste, Telur. Debo recordar no dejarte solo con las víctimas de nuevo. Esta ya no puede hablar.

El sombrío al que le habían hecho el reproche tenía los cabellos largos y salvajes sobre su piel de mármol, surcada por una cicatriz. Telur sonrió, como si se tratar de un niño atrapado en plena travesura.



—Aún está viva—dijo—. Eso bastará.

Nova levantó la mirada. Los ojos Telur brillaban como carbones encendidos. Nova sintió el mismo escalofrío en la médula, el mismo sentimiento de devastación, y tuvo la sensación de estar frente a alguien que no caminaba entre los vivos.

—¿Sabes quién soy, muchacha?—dijo Telur

Nova lo miró sin parpadear. Luego vio a su alrededor: siete hombres en capas negras con rostros de muerto y ojos de demonio que la atravesaban. Haily los llamaba “el último eslabón del poder de las sombras”. Su respuesta salió de sus labios sin que lo hubiera pensado.

—Los Siete Usurpadores...

Telur sonrió. Su sonrisa era terrible.

—Tú eres la hija de Haily y Khalil. Poderosa sangre mágica corre por tus venas. Pero estás seca, y se nota a simple vista. Una *jogort* fruto de hijos del trueno tan poderosos es muy raro, pero posible. Para lo que vales, podrías ser la hija del zapatero.

Nova forcejeó, iracunda, tratando de alcanzar a Telur.

—Pruébame lo contrario. Quiero que pongas un escudo alrededor de tu madre. Quiero que trates de herirme. Quiero que trates de matarme. Si lo haces, dejaremos a tu madre.

Nova luchó para librarse del agarre de Morgan. Los músculos de sus brazos escocían, pero era igual que tratar de romper el hierro. Hasta que Morgan pareció aburrirse de sus intentos y de un solo movimiento, con la mano en su cabeza, la empujó contra el piso. Las manos de Nova no llegaron a amortiguar la caída y se dio de bruces en el suelo. Un latigazo de dolor estalló en su rostro. Las carcajadas de Telur eran ensordecedoras.

—Mírala, Groko. Ni siquiera puede soltarse. No tiene poder. Está seca.

Desde el suelo, Nova vio que Haily levantó la cabeza. Cuando la miró, sus ojos eran dos pozos de desesperación.

—Nova...

Telur sujetó a Haily del cabello y le tapó la boca con una mano blanca como un gusano de seda.

—Tu ineptitud es real, gatita—le dijo a Nova—. Y tus intentos son sinceros. Pero no hemos venido a por ti.

El sombrío sacó una daga. Nova reconoció el mango dorado y la hoja negra como la oxidiana: dientes de dragón y acero de Kriyak. La daga era exactamente igual a la que su madre guardaba. Como la daga que había matado a su padre. El grito que surgió de su garganta fue como un presagio y un recuerdo, y supo lo que iba a pasar.

Telur clavó la daga en el corazón de su madre y la retorció.

## Capítulo 4

Azoth enderezó la espalda y luchó por salir del sopor. ¿Cuánto tiempo había pasado? Al menos dos horas desde que abriera la boca para algo más que bostezar. Se pasó la mano por los ojos y miró alrededor: salvo por el círculo dorado de la vela, sobre la mesa, no podía ver la habitación. Las ventanas y puertas estaban cerradas y las cortinas corridas.

Los ocupantes de la habitación estaban tan quietos y callados como una pintura en claroscuro. A través de la niebla de su cansancio, los rostros de Cirsus y de los tres hombres se veían difusos, irreales, sumidos en la penumbra. Nadie hablaba. Azoth podía escuchar los roces de las botas en el suelo, el papiro doblándose en las manos de Cirsus, las respiraciones de los hombres que le rodeaban; afuera, el viento aullaba como un animal herido.

¿Qué hora sería? Habían estado allí por horas. Pasaba la medianoche, seguro. A su lado, Cirsus, inmóvil, leía el pergamino reclinado en la silla. Sus largas piernas estaban estiradas bajo la mesa, casi tocando las de los tres hombres frente a él. Sus ojos oliváceos evidenciaban cansancio, pero seguían atentos a la lectura. Azoth supo lo que buscaba: la ilegible y elusiva letra chica propia de la población de los hijos del rayo. Los tres hombres empezaban a revolverse en sus asientos, pero Cirsus no levantaba la vista. Azoth lo entendía: su sangre ya estaba en un pequeño frasco de cristal, en la mesa, junto a una daga de plata. Sus ojos se dirigieron a la muñeca derecha de su maestro donde una nueva cicatriz, pequeña pero profunda, le tallaba la piel.

El pergamino que Cirsus sostenía había sido redactado por los cinco hombres. Azoth vio su propia firma color óxido en la parte baja de pergamino, junto a un espacio vacío. En su dedo índice derecho ardía una cicatriz como la de Cirsus; al igual que esa, no podía ser curada ni vendada hasta la salida del sol, cuando la firma secara y el vínculo con su propia sangre se solidificara. A la izquierda del manuscrito, en tinta negra, había tres firmas en trazos agresivos y gruesos como el carbón, que en algunas secciones habían desgarrado el papiro. Por encima del hombro de Cirsus, Azoth leyó algunas acotaciones: “El forjador de la espada no trabajará ni

colaborará con terceros que tengan algún conflicto de interés con el contratado durante los meses e la forja de las espadas.” “En caso de la muerte del forjador, la totalidad del dinero regresa al requeridor. El taller tiene la potestad de quedarse con los materiales”. “Los firmantes no pueden hablar absolutamente con nadie del trabajo encomendado. Este requerimiento es válido tanto durante como después de la entrega de la encomienda”. Y más abajo: “El portador de la encomienda no necesita recibo para solicitar la inscripción del nombre. El único requerimiento es la espera de un año para que la espada revele su identidad. La forja se realizará en un plazo de entre siete y catorce días que incluyan noches de luna llena”. Azoth se preguntaba cómo iban a reclamar la forja del nombre, pues lo más probable era que, después de los dos meses y medio de plazo para entregar la espada, Cirsus desaparecería del mapa. Una parte suya se estremecía al pensar que para esos tres hombres, nadie parecía inhallable.

—Bien, creo que ahora estamos todos de acuerdo—dijo Cirsus.

El hombre del centro —que no había revelado su nombre—levantó la mirada.

—Solo nos tomó cuatro periodos y medio. Ahora toca tu firma. Si fueras tan amable de pasarme tu dedo...

Cirsus alargó el brazo. Azoth sabía que la firma requería de una nueva cuota de sangre, además de la muestra del frasco (“en caso de incumplimiento de contrato/fraude...”). El encapuchado tomó la daga e incrustó la punta en la yema del dedo índice de Cirsus, quien tensó la quijada. Luego, Cirsus tomó una pluma, hundió la punta en la herida y trazó su firma en el pergamino, junto a la de Azoth.

El encapuchado del centro se levantó y tomó el manuscrito.

—Ha sido más duro de lo que esperaba, forjador.

Cirsus frunció el ceño.

—A hijos de las sombras les gusta dejarme pequeñas sorpresas.

Los ojos del encapuchado se abrieron por un instante. Era la primera vez en toda la noche que mostraba una emoción. Pero se serenó de inmediato.

—Entonces, ¿sabías...?

Cirsus asintió.

—Lo supe cuando me pidieron el primer encargo.

—No muchos aceptan un trabajo de los hijos de las sombras—dijo el encapuchado de la derecha.

—No me pueden quitar gran cosa—Cirsus se encogió de hombros—. ¿Se les ofrece algo más?

El hombre de la izquierda se levantó y sonrió.

—Sólo que te atengas a tus promesas—dijo—. No hace falta recordarte que tenemos tu palabra. Literalmente, la tenemos. No hay nada más poderoso.

Los tres magos echaron las capuchas sobre la frente, abrieron la puerta y sin una palabra o mirada más, se integraron a la oscuridad.

Azoth esperó a que el sonido de los cascos de los tres caballos se extinguiera antes de voltearse hacia Cirsus. Su maestro se había tumbado en la silla y se veía tan agotado como él. Era como si las pocas gotas de sangre que habían perdido se hubieran llevado los últimos rastros de su energía.

—¿No sientes como si le acabaras de vender tu alma a un demonio?

—Sí—dijo Cirsus, con cierto desdén—. Pero cuando tu alma ya está vendida, un cambio de comprador no hace mucha diferencia.

Azoth se sentó con la copia del contrato en las manos. Lo había revisado más veces de las que recordaba. Había aportado ideas, pensado formas de protección, maneras de evitar el desastre. Pero aún tenía la sensación de que algo se les escapaba. Sin mencionar otro detalle importante...

—Las espadas deben ser de acero de Kriyak.

—Ajá.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvimos suficiente para un cuchillo? Hace meses que me debes una daga.

Cirsus se encogió de hombros.

—Unos tres años, creo. No me acuerdo.

Cuando Nova abrió los ojos, se sorprendió de no hallarse en su cama. Al levantar los ojos, vio la ranura del techo de la caballeriza, por donde un débil rayo de sol se filtraba, y lo pasado la noche anterior le regresó de súbito como el recuerdo vívido de una pesadilla. Se sentó en el suelo. La caballeriza estaba fría y oscura como un pozo abandonado.

Su cuerpo le era extraño. El dolor se sentía de lejos, y una ira poderosa, pero dormida, brillaba roja en el fondo de su mente. Miró sus manos. Estaban en carne viva, las uñas destrozadas, con callos nuevos y sangrantes. Después de que los Siete Usurpadores la dejaran en el suelo —demasiado apurados como para acabar con ella— solo había podido arrastrarse, atontada, para cerciorarse de lo evidente: la ausencia de vida en Haily. Su madre yacía en el suelo con el cuello en un ángulo extraño y las manos curvadas en garras rígidas. Su piel había perdido su suavidad tibia para volverse fría; el azul de sus ojos abiertos había sido invadido por pequeñas venas estalladas; su boca entreabierta estaba inmóvil, seca.

Al salir del establo, se había encontrado con una visión nueva de todo lo que conocía como hogar. El sol bañaba la pradera a raudales y llenaba su vista de horror: la devastación había tomado el lugar de la torre que le brindara techo y calor desde que tenía memoria: el gras estaba bañado en gris y los restos de la torre formaban una pila de carbón, como un monumento a la muerte. A lo lejos, la enorme torre de Etrai arrojaba su sombra hacia ella, como si quisiera ocultar lo sucedido.

Como en sueños, había cavado y cavado sintiendo los dedos como hielos en la tierra. Cuando retiró la daga del corazón de Haily, la herida abierta se le había mostrado con terrible nitidez, y aunque apretó los ojos, la imagen de las distintas capas de piel y carne, enredadas y cosidas con nervios blancos, con un fondo de marfil, quedaría tallada en su memoria como una quemadura.

El cuerpo de Haily era ligero y Nova había podido depositarlo con delicadeza, envuelto en mantas, en la tierra hambrienta. Había tapado la tumba con las manos, y luego, había tomado

la daga y escarbado bajo las cenizas de la torre hasta que sus brazos estuvieron cubiertos de cenizas, y en ese hueco dejó la daga: su vista dolía. Al regresar al granero, el suelo teñido de la sangre de su madre, en círculos deformes, le había parecido un ojo enloquecido de dolor. Nova se había acostado en ese mismo punto, con la mejilla en la tierra, y los ojos se le habían cerrado.

Ahora, las voces amortiguadas de los guardias grises la habían sacado del sopor. Parecían decir algo sobre el fuego, rebuscar entre las cenizas, llamarse unos a otros desde lejos. Cuando levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con dos pequeñas luces fosforescentes que la miraban desde la esquina en sombras del último cubículo del establo. Por un momento pensó en los hijos de las sombras, pero luego recordó. Medianoche. El caballo había permanecido silencioso y estático, camuflado en la oscuridad, probablemente demasiado asustado para reaccionar en toda la noche. Al acercarse, Nova vio que sus crines estaban erizadas y que la piel de su cuello se estremecía. La estrella blanca de su frente, única mancha de su cuerpo, estaba crispada de nervios. Cuando ingresó al cubículo, el animal no relinchó ni intentó acercarse. Sus ollares exhalaban vapor caliente y su cola se sacudió como un látigo.

Aunque imponente, con su brillante pelaje negro y sus increíbles diecinueve palmos de alto, Medianoche era un animal nervioso. Cuando apoyó la frente en su cuello, el animal no se movió. Su piel y pelaje estaban calientes, palpitantes y vivos. Familiares, reconfortantes. Nova permaneció apoyada en él hasta que sintió que su respiración se ralentizaba.

—Shhh. Está bien, chico...

La puerta del establo se abrió de golpe. Alguien asomó la cabeza. Sin pensarlo, contuvo la respiración y se mantuvo oculta en la oscuridad. Una voz masculina le llegó desde la puerta.

—También por dentro se ve bien. Es raro que el fuego no lo haya tocado, mira, es pura paja y madera...

—Parece fuego controlado—dijo una segunda voz—. El perímetro del incendio es un óvalo. Nada fuera de él nada fue quemado...

—¡No lo toques! Ya sabes que vienen en una hora. No puedes moverlo.

—Entonces vinimos por nada. Te dije que la chica no estaría. Tuvo tiempo para huir...

La puerta se cerró y las voces se convirtieron en murmullos apagados. Nova permaneció en la oscuridad hasta que dejó de escuchar los cascos de los caballos.

Debía huir. La pensaban una asesina. Lo que había pasado esa noche era obra de unos seres que, para el resto del mundo, no existían desde hacía años. Nadie los culparía de la muerte de Haily. Y nadie la vengaría.

Antes de darse cuenta, había sacado a Medianoche del establo, montado en su lomo y espoleado sus flancos. El caballo, sin silla ni bridas, obedeció. Las crines del animal le lijaban las heridas en carne viva. Las piernas, desnudas y rasgadas de arañazos y moretones bajo el destrozado camisón de dormir, le temblaban de frío. Los pies descalzos se ajustaban a los costados de Medianoche y su cabello en mechones sucios le azotaba el rostro y se enredaba en su espalda.

Se dejó llevar por Medianoche hacia campo abierto. Frente a ellos, el sol se asomaba entre las montañas. A su espalda el cielo se desprendía lentamente de sus últimos rezagos de añil. Los rodeaba una planicie desértica, solo rota por la inmensa torre de Etrai, como una daga que surgiera de una tela desgarrada, y al fondo, muy lejos, como una miniatura, el pueblo de Etrai. El aire estaba impregnado del gris de las cenizas que flotaban en el aire y le daban un aspecto irreal, como un dibujo en carbón. Los cascos de Medianoche rompían el susurro del viento en rítmicos golpes. Taloneó al caballo, que había tomado un sendero de arena. En el horizonte se perfilaba el bosque de Uburno, un mar de robles y sauces, cubierto en niebla y enmarcado por montañas. Esa niebla y el azul sobre el bosque siempre habían fascinado a Haily cuando despertaba y se asomaba por la ventana.

Pero hoy Haily ya no miraba el bosque. Para siempre estaría boca arriba, los ojos hacia el cielo. Los dedos de Nova aflojaron el agarre de las crines de Medianoche, que pasó al trote. El sol iba calentando la tierra y el mundo despertaba de nuevo. A lo lejos, un grupo de campesinos se dirigía al campo a trabajar, después de una noche de sueño.

Llorar no le serviría de nada. No reviviría a Haily. No la haría más fuerte ni la prepararía para la venganza. Pero ocultó la cara entre su cabello sucio y las crines del caballo, y sintió la



hiel y el calor mojando su rostro y el pecho sacudido por sollozos inevitables. Se aferró a Medianoche, que bajó lentamente la velocidad, hasta que un se detuvo frente a un arroyo. Cuando se dejó caer y se asomó al agua, su aspecto la sorprendió: un rostro alargado y pálido como un muerto, teñido de gris, salpicado de cortes y heridas; sus ojeras eran tan profundas que se preguntó si no habían estado allí siempre. Sus ojos del color del humo habían perdido su amabilidad, y una arruga se había instalado en su entrecejo.

Miró su cuerpo: su camisón ligero, que había sido gris, ahora era mostraba diversos tonos de pardo y marrón. Le llegaba a las pantorrillas, pero un largo desgarró la dejaba sacar toda la pierna: salpicaduras y manchas moradas y rojas sobre el blanco pálido. Estaba ya afuera de los límites de Etrai, pero se dio cuenta de que cualquiera que la viera tomaría nota de su presencia, ya fuese para salir corriendo u ofrecerle ayuda. Se sacó el camisón y metió los pies en el agua, que se tiñó de rosado. Metió las manos y se echó agua a la cara. El barro corrió por sus mejillas, se coló por su espalda y erizó su piel, pero solo su cuerpo se daba cuenta. La ardiente rabia empezaba a latir en su interior y calentarle el pecho desde la médula. Se dio cuenta de que esa misma rabia la había estado empujando antes, mientras su mente dormitaba. Supo que su rabia se había apoderado de sus acciones. Y sobre todo, que su rabia, por sí sola, había tomado una decisión.

Pero el odio y el deseo de satisfacción inmediata no la ayudarían. Además de un viejo camisón y un caballo asustado, no tenía nada en este mundo. Ni siquiera los conocidos y vecinos de Etrai que tal vez, de haber sabido la verdad, la habrían tratado de ayudar con comida, ropa y advertencias para tratar de calmarla. Aunque no podrían haber hecho mucho, era mejor que su ojo vigilante, su miedo, su sentido de justicia persiguiéndola.

El sol ya estaba en el cenit, lamiéndole la cabeza y los hombros. Solo le quedaban algunos días antes de la llegada de la primera nevada. Subió al lomo de Medianoche, lo puso al trote y volvió al sendero de arena. A lo largo del camino había algunas mujeres trabajando en el campo y cargando niños pequeños. No era mala cosa que su estómago pareciera estar cerrado a toda llamada natural, porque no podía arriesgarse a pedir comida tan cerca de Etrai.

El sol se encontraba medio camino hacia el cenit cuando llegó a la encrucijada que buscaba y detuvo a Medianoche en el centro. El camino del sur llevaba de regreso a Etrai. Más allá encontraría el desierto abierto, plano, cuya villa más próxima estaba a varias semanas de distancia. Si seguía el camino este encontraría villas y luego más villas, por semanas; encontraría comida, pero también la recordaría por mucho tiempo y darían sus señas si alguien preguntaba. Al oeste, solo montañas desérticas, valles muertos y arroyos secos. Pero al norte, después de atravesar el bosque de Uburno y algunos pueblos, se toparía con la enorme ciudad de Lecho de Piedras, que garantizaba el anonimato a sus habitantes, lo quisieran o no.

Nova espoleó a Medianoche y empezó a galopar con el sol a su hombro.

## Capítulo 5

Cirsus y Azoth llegaron a la villa de Tymast al atardecer. Habían tomado un sendero que discurría junto al río, de modo que no tuvieran que cargar agua, y con los caballos haciendo un menor esfuerzo, el viaje les había tomado un par de jornadas. Era el pueblo más grande de la zona: albergaba unas doscientas casas y chozas regadas a ambos lados de un camino asfaltado de ladrillo, y contaba con una plaza, una posada, un mercado, y el monasterio del Dios de la Lllamarada.

Pensaron que llegaban justo antes del atardecer, pero les había tomado un buen rato dar con el monasterio. Cuando llegaron, ya estaba cerrado y el maestro de rezos se había retirado. Azoth sabía que los maestros del dios de la Lllamarada creían que el demonio se ocultaba en las tinieblas, y por ello no se relacionaban con ningún visitante externo durante las horas nocturnas. No recibiría visitas hasta el amanecer.

Así que tenían toda la noche para enfurruñarse o relajarse. Cirsus parecía haberse decidido por la primera opción. Tras ordenar un plato de pierna de cordero y una botella de vino, se había sentado en un rincón de la posada y se había limitado a masticar lentamente, con grandes sorbos de su botella, emitiendo gruñidos ocasionales.

Azoth ordenó una cena frugal: pescado y vegetales al vapor, y una copa de cerveza de maíz. Luego fue a sentarse al lado de Cirsus en el rincón de la posada. El lugar no estaba mal, y de no ser por el apuro de conseguir el elusivo acero de Kriyak —que parecía a punto de desaparecer del reino entero— hubiera estado muy a gusto. La posada era pequeña, como debía serlo en un pueblo alejado, pero también acogedora. La madera de sus paredes y sus suelos estaba empezando a mostrar el impacto de las plagas de lúfura, pero el olor a vino y fuego casero impregnaban el lugar, dándole un atractivo hogareño. Varios candelabros, además de una gran chimenea de piedra, iluminaban y calentaban la sala. Las ventanas eran pequeñas y estaban ubicadas en lo más alto de las paredes, dando la sensación de privacidad, algo que cualquier viajero apreciaría. La clientela era un grupo pequeño: siete viajeros en total, incluyéndolo a él

mismo y a Cirsus. Tres eran hombres de mediana edad, probablemente campesinos de pueblos aledaños, que jugaban a las cartas en una de las pesadas mesas de madera envejecida; los otros dos eran extranjeros de botas altas y camisas de lino, seguramente pobladores de la ciudad. Estaban bebiendo vino al otro extremo de la sala, y hablaban en susurros. Probablemente traficantes de leche de mansola o de cristal de los baltos. Vendedores o compradores ilegales, sin duda. Pero no del tipo de los que tenían acceso al acero de Kriyak, con certeza.

—Mañana partimos a primera hora—dijo Cirsus—. Sin importar si el maestro de la Llama tiene acero suficiente o no.

—Lo único que espero es que nos lo quiera dar—dijo Azoth.

—Puede que sea complicado, pero me debe un favor. Hace unos años...

El murmullo de quejas que corrió por el comedor no dejó a Azoth escuchar el resto. Cirsus se volteó y frunció el ceño.

La persona que había entrado era una muchacha de unos quince años, envuelta en una capa de viaje que le quedaba bastante grande; evidentemente, era robada. Sus pies descalzos estaban llenos de tierra y heridas, como si hubiera recorrido una gran distancia. Su cabello debía ser hermoso, largo hasta más allá de la cintura y de un negro uniforme, pero estaba echado a perder, revuelto y salpicado de barro. Su rostro también tenía polvo del camino, pero bajo este se adivinaba una piel traslúcida, poco a acostumbrada al trabajo al aire libre; sus ojos expresaban una frialdad que contrastaba con su humilde atuendo. Caminaba con la espalda erguida, como si no supiera hacer otra cosa, a diferencia de los trabajadores del campo, cuyos trabajos terminaban por arruinarles la postura. Era obvio que algo le había sucedido en las últimas horas. ¿Quién sería? Evidentemente no era de por allí. Cirsus parecía tener una teoría.

—Le doy una semana antes de que muera de hambre. Esta no sabe vérselas por sí misma—dijo con ojo crítico.

Azoth volteó a ver la barra. El posadero estaba apoyado en la mesa de las cartas, se divertía haciendo chistes obscenos con sus tres ocupantes, y no se daba ninguna prisa por atender a la nueva cliente. La chica se había sentado en un rincón de la barra, y a pesar de que parecía

estar al borde de la inanición, esperaba a que el posadero se desocupara. Una mujer sola que evidentemente no quería llamar atención indeseada. Sin embargo, Azoth también vio que su pie desnudo tamborileaba como un látigo el borde de la barra y que sus cejas se fruncían como serpientes enfurecidas. Tal vez la muchacha pasaría la semana.

—Disculpa, ¿te estoy distraendo?—dijo Cirsus. Cuando estaba de mal humor podía ponerse muy demandante.

Azoth se dio cuenta de que había estado mirando a la recién llegada por varios segundos, sin responder a su maestro. Cirsus odiaba eso.

—Te estoy escuchando, Cir.

Cirsus volteó la cabeza hacia la muchacha.

—No pierdas tu tiempo en aves heridas.

Típico. Cirsus que debería haber seguido su propio consejo hacía dos lunas, cuando en medio del camino encontraron un caballo con una pata rota...

—No es una de esas. Si la volvemos a ver estará mejor alimentada y definitivamente con mejores ropas.

—Puede que la veamos de nuevo. Con mejores ropas, sí. Pero será una falda con un pliegue. Estará en la calle y nos costará dos peniques comprobar su ocupación—su voz tomó el tono de un velorio—. No hay escape, Azoth. ¿Qué más puede hacer una mujer sola? Lo he visto muchas veces. Es eso o...

Pero Azoth no escuchó a Cirsus. Un recién llegado pasó a su lado a grandes zancadas, sus enormes botas dejando un rastro de lodo en el piso. El desconocido, un hombretón de manos anchas y barba crecida, tomó el asiento de la muchacha y la hizo volverse con un solo movimiento. Luego, sin más ceremonia, aferró la mano de la muchacha con la suya, tan pequeña a comparación que la podía quebrar.

—¿Crees que no te vieron escabulléndote en mis establos, eh? —aferró la capa, bastante grande, que la muchacha llevaba encima—¡Te llevaste mi capa! ¿Sabes lo que les pasa a las

*buterek* ladronas? ¡Jagu!—dijo volteando a ver al posadero— Llama al gobernador. Esta *butek* necesita aprender con sangre.

La muchacha había estado forcejeando todo ese tiempo, pero se veía al borde de sus fuerzas. Ni siquiera trataba de defenderse; era evidente que ningún argumento convencería al acusador. Azoth miró a Cirsus.

—Le van a cortar la mano.

Cirsus puso los ojos en blanco y miró a Azoth.

—No te voy a dar ninguna maldita daga, idiota—dijo finalmente. Se quitó la capa y abandonó su asiento. Azoth lo siguió.

El posadero estaba ya arrastrando a la muchacha fuera de la posada cuando Cirsus se paró en la puerta. El hombre los miró como si se hubieran materializado de pronto en la posada.

—¿Qué *gocots* quieres tú, extranjero?—gritó el poblador. Azoth ya se estaba acostumbrado al lenguaje de los timateses.

—Quisiera disculparme —dijo Cirsus en un tono que no tenía nada de disculpa. Azoth mantuvo un rostro inexpresivo y dio una mirada rápida a la muchacha: los estaba mirando con recelo—. La señorita es mi sirvienta...

—¡Yo no sirvienta de nadie!—la voz de la muchacha tenía un timbre que parecía imposible en su cuerpo famélico. Azoth y Cirsus se miraron sorprendidos—. ¡Ahora suélteme!

—¡Déjanos arreglar esto!—dijo Azoth

Por una vez, el posadero se veía más confundido que molesto.

—¿Es su sirvienta o no?

—¡Que yo no sirvo a nadie!—gritó la muchacha

Cirsus se interpuso entre ellos y la puerta.

—Si la sueltas ahora me olvidaré del asunto.

El hombretón se adelantó a trancos. La chica le puso la zancadilla y el posadero se dio de bruces en el suelo. Azoth alcanzó a ver la espada de la muchacha por un instante, antes de que la

puerta de la posada se cerrara tras ella. E inmediatamente después, pudo escuchar el golpe de los cascos de un caballo alejándose a todo galope.

Cirsus miró a Azoth, molesto.

—Se llevó la capa.

Aunque había esperado un buen rato antes de poner a su caballo al trote, Nova aún tenía un dilema. No podía quedarse en el pueblo, y no era posible abandonarlo.

Medianoche estaba al borde de sus fuerzas. Había cabalgado por días alimentándose de pastos y paja, durmiendo a la intemperie. El pueblo donde se encontraban había sido el primero en el que se habían animado a ingresar, y le sabía que no encontrarían otro hasta cinco días de viaje después.

¿Se habrían animado a seguirla? A lo lejos escuchaba el trajín de carretas, los pasos de los lugareños y el trote de caballos. Aún era temprano: el pueblo seguía despierto y eso le dificultaba identificar al hombre de la posada en la multitud. Tymast no era un pueblo especialmente pequeño, pero sí aislado, y sus pobladores seguramente se conocían entre sí de toda la vida. Una cara nueva llamaría la atención. Si la buscaban, no sería difícil dar con ella.

Medianoche había bajado su ritmo y sus ollares despedían un vapor espeso y caliente. Tenía que talonearlo continuamente para mantenerlo en marcha, pero terminaría deteniéndose, y entonces no habría forma de ponerlo a andar de nuevo. Finalmente desmontó—habían ganado suficiente distancia para no ser vistos— y lo llevó de las riendas. El camino estaba sembrado de casuchas y plantaciones a los lados, y decidió probar suerte. Pensó en el estofado humeante que tuvo que dejar en su huida y maldijo que el hombre de la posada la hubiera detenido al comienzo de su merienda. Bueno, al menos no había tenido que pagarlo.

En un pueblo pequeño como este, los cercos de madera estaban diseñados para impedir la huida de los animales, no la entrada de personas. Solo tuvo que trepar unos pasos antes de saltar la cerca y caer en un terreno llano, que albergaba algunas aves. Agarró una gallina del pescuezo

y se lo retorció. El crac de sus huesos rotos fue tan fuerte en sus oídos que se preguntó por qué los dueños de casa no salían a ver qué había pasado.

La sangre del ave ya corría por su vestido. La puso en su bolsa y cruzó la cerca de regreso. Luego tomó un camino oscuro y abierto, alejado de las antorchas, y se cobijó bajo las sombras.

El camino empezó a tomar una pendiente, y algunos minutos después le dio una vista panorámica del pueblo. No era la gran cosa. Ni siquiera el lugareño más orgulloso se habría atrevido a llamarlo llamativo. Grande, sí. Un gran espacio de tierra plana y caminos que partían y lo atravesaban sin orden aparente, sembrado de chozas, pero también algunas casas de piedra—esparcidas aquí y allá, casi ninguna de más de un piso de altura; sus sombras, alargadas por la luna, se confundían con las de las montañas arenosas y algunos sauces circundantes. Aún a la luz de la luna imperaba el tono tierra, incluso en las casas, y la vegetación, compuesta de pocos árboles y algunos arbustos, era seca y escasa.

Al girar la calle, se encontró frente a una pequeña plaza, tal vez una especie de mirador compuesto de tierra rodeada de piedras que le otorgaban cierta forma circular. Al otro lado de la calle, empalado en las faldas de la montaña, había una edificación de enormes piedras y mármol negro. No tenía más que un par de pisos, pero era ancha, oscura y pulida; destacaba como un lunar negro en el mar de arena. La luna brillaba en sus paredes y en la pared frontal podía verse una puerta de roble. A los costados, el bosque había dado algunos pasos hacia los caminos, y numerosas hierbas y arbustos comenzaban a invadir el terreno. Hizo girar a Medianoche y se dirigió a la parte trasera del edificio, que se encontraba justo en los lindes del bosque.

Había un gran invernadero allí. Amplio, largo y rectangular, taponeado con trozos de cristal oscurecido de polvo. La enorme puerta doble de madera maciza era pesada, que gimió bajo cuando Nova la empujó.

El aire que salía era denso, húmedo, cargado del olor del abono y las plantas. Ninguna persona se animaría a dormir allí; la idea la tranquilizó. El lugar parecía seguro.



Se adentró en el invernadero, con Medianoche aún de las riendas, y tanteó el pasadizo hasta encontrar un punto donde su caballo pudiera descansar. Sin Medianoche en forma, su medio de viaje y escape peligraba. Casi todos los cubículos estaban tomados, pero a un costado, encontró un espacio vacío donde Medianoche podía descansar. Había agua, judías, lechugas y calabacines. El caballo se dirigió a su rincón y se dedicó a comer y beber. Nova bebió del agua de los regaderos —tenía un gusto amargo y estancado, pero ella estaba sedienta—. Luego tomó montones de paja, que acumuló en una esquina, cerca de Medianoche, y se echó a buscar el sueño. Con una sonrisa, se abrigó con la capa robada. Era algo grande, pero de piel y cuero, muy abrigadora. Le sería muy útil en el viaje.

###

Cirsus se hubiera burlado de Azoth de buena gana si hubieran podido tomar distancia suficiente para disfrutar del lado cómico de la situación. Lo sabía en el fondo de su cabeza, pero en este momento, lo único que importaba era poner tierra de por medio entre ellos y el pueblo.

No le gustaba quedarse en un sitio por mucho tiempo, y menos aun cuando el tiempo era tan valioso. Tenían el tiempo justo para encontrar acero de Kriyak, y el contrato de sangre empezaba a ponerlo nervioso. Bueno, ¿qué más podía hacer? De no haber tomado el trabajo, no solo el, Cirsus hubiese tenido que vagar por los Nueve Reinos en busca de un trabajo medianamente decente, que no significara la pérdida de su nombre y reputación. No. Azoth hubiese tenido que andar con él, quien sabe por cuantas semanas, con caballos y sus inútiles instrumentos de metal en la carreta. Las posibilidades indicaban que, tarde o temprano, habrían tenido que dormir bajo un puente y comer el pasto de los caminos. No había tenido opción.

Ahora, además, temía haberse convertido en un centro de atención. Tras la querella de la noche pasada, Cirsus sabía que solo era cuestión de tiempo para que algún otro campesino llegara a buscarlo, y luego otro y otro. Detestaba esos duelos sin sentido y el hecho de que Injusticia, con los años, se hubiera convertido en una esponja de energía. Esa era la única desventaja del acero de Kriyak. Muchos espadachines, especialmente los novatos, no lo sentían;

sin embargo Cirsus odiaba la sensación de torpe brutalidad y resentimiento que la espada emanaba por días, a veces semanas, después de un duelo con un simplón como el posadero ese.

Al mirar a Injusticia notó que la punta de su hoja estaba teñida de óxido. Cirsus tomó un extremo de su capa, limpió la hoja afilada y la envainó. Se volvió a Azoth. El muchacho se encontraba sentado frente a la ventana, mirando la calle con gesto ceñudo.

—Buena la hicimos. Ahora dime qué hacemos hasta el amanecer, aquí encerrados como perros.

Azoth dejó la ventana y se sentó frente a él.

—¿Crees que habrá consecuencias?

Cirsus no tenía ganas de hablar. Sonrió con burla: su arma usual para evitar las preocupaciones.

—¿Consecuencias? ¿Qué consecuencias? ¿Una cicatriz en el pecho? ¿Una camisa rota? Como si alguien como él tuviera camisas buenas...

Azoth seguía serio.

—Me refiero a Injusticia.

Cirsus tomó aire y se sacudió la sonrisa de la cara. Al mirar a Azoth vio que sus ojos eran dos pozos de preocupación.

—No lo sé—admitió—. Fue sólo la punta, y el corte fue superficial.

—Pero fue justo por encima del corazón.

Cirsus asintió.

—Tenía que pasar, tarde o temprano...

Azoth asintió.

—Lo sé. Injusticia lo tenía almacenado desde hacía meses. Quería herir, y no ibas a poder detenerla. Me sorprende que la retuvieras por tanto tiempo...

Cirsus sopesó la espada. El mango, de cuero y marfil, parecía palpar en su mano. La espada había probado una gota de sangre por primera vez en meses, y la energía que aun circulaba por su hoja era salvaje, sedienta.

—No puedes luchar así—dijo Azoth.

Cirsus tomó un pañuelo. Con movimientos circulares, frotó la punta de la espada.

—Puedo controlarla—dijo—. Además, solo faltan unas horas para el amanecer. Dejaremos la posada antes de que salga el sol y con suerte, estaremos en el siguiente pueblo a tiempo para almorzar.

Azoth se quitó las botas, se recostó en su cama y acomodó la almohada bajo su cabeza. Cirsus seguía sentado frente a la mesa, y su cama estaba intacta.

—¿En qué otra parte de los Reinos podríamos encontrar acero de Kriyak?

—En ciudadelas religiosas—dijo Cirsus—. No en todas, claro. Pero podríamos buscar en las que jugaron un rol clave en la Guerra de los Usurpadores.

—Cuáles son esas.

—No lo sé con certeza—Cirsus sacó un mapa de su bolsa y lo extendió sobre la mesa. Azoth se levantó de la cama para mirar por encima del hombro de su maestro. Cirsus señaló un punto en el mapa—. Aquí estamos ahora. Al sur de los Reinos, a pocos días de Lecho de Piedras. En el fin del mundo. No hay ninguna otra ciudad al sur, hasta el límite de los Reinos.

—Pero marcaste este punto—Azoth señaló un punto en el mapa, al suroeste, a varios días del pueblo donde se hallaban.

—Es Tolión. No posee ninguna mina, pero sí un sitio en ruinas.

—He escuchado de él.

—Sí. Fue un enorme bastión mágico durante tiempos de guerra. Cuando los Usurpadores lo tomaron, no dieron tiempo a los hijos del rayo de evacuar todas sus pertenencias. Y los sombríos no se caracterizan por su afición a la forja. Son compradores, como tú mismo has visto hace pocos días. Y ya sabes que el acero de Kriyak requiere transporte especial. Algo debe quedar en los rincones del bastión.

—¿La ciudadela cuya entrada está prohibida?

Cirsus lo miró con sorna.

—¿Qué clase de riesgo prefieres, mi estúpido pupilo? ¿Ser perseguido por los guardias de Tolión, o las consecuencias de firmar un contrato con los magos de las sombras?

—Mmm, ¿a cuántos días está ese sitio?

Cirsus se inclinó sobre el mapa y trazó una línea con los dedos.

—Dos, cuatro... doce o trece días a más tardar. Luego podemos bajar un poco y dirigirnos a la Montaña del Retiro. Creo que podremos encontrar algo de material en su monasterio. Además—dijo sosteniendo su espada— Injusticia necesita un baño purificador.

Azoth pasó el dedo por el brillo inquietante de la hoja de la espada. Parecía viva, como si una sangre helada y calculadora circulara por su filo.

—Injusticia es especialmente propensa a absorber la energía agresiva—dijo Azoth.

—Bueno, ¿qué otro tipo de energía irradia un tipo que trata de matarme?

—No te hagas el tonto. Sabes que no resulta, después de tantos años. ¿Quién me enseñó que entre las cualidades del acero de Kriyak está la de acoplarse a su dueño? Es cierto que absorbe la energía del resto, pero eres tú quien elige los contrincantes. Y siempre son personas que van a matar.

—Bueno, a este no lo elegí yo. En todo caso, fue la idiota de la muchacha con quien te quisiste pasar de galante. Eligió la peor capa. A estas alturas estaría mendigando con la mano izquierda, de no ser porque tuvimos la insensatez de ayudarla.

Azoth abrió la boca, pero no dijo nada.

—Ya tengo sueño—dijo finalmente—. Además, me vas a despertar antes del amanecer. Así que me voy a dormir.

Azoth se cubrió con la cobija, y unos minutos después, se quedó inmóvil en la cama. Cirsus apoyó la espalda en la silla, sacó a Injusticia de su funda y le pasó una tela por el mango, pensativo.

## Capítulo 6

El sendero enfrente de Nova era un surco negro rodeado de un verde oscuro. El cielo, de un azul añil, estaba salpicado de chispas plateadas. El aire era helado, pero inmóvil. El invierno la estaba tomando por sorpresa: debía empezar a cuidarse de la intemperie. Sin embargo, lo primero era alejarse de ese pueblo. Siguió el sendero por varios cientos de pasos, hasta que el camino se hizo tan estrecho que debió adentrarse en la maleza a través del verde esmeralda de sus arbustos y árboles.

Cuando salió, se encontraba en un lado del pueblo que no había visto: decenas de casas de piedra, no de madera y paja. El polvo del camino era de grano grueso y pesado, y tenía un tinte rojizo. Las casas eran de piedra, no de paja. Definitivamente, esta zona del pueblo tenía mejor aspecto.

Probablemente por lo tardío de la hora, el pueblo se encontraba desierto. No encontró ni un solo aldeano; probablemente había aviso de helada. Al doblar una esquina, se encontró con algunas torres de piedra, de una construcción parecida a Etrai, circular y cónica. El viento le dio en la cara, frío y duro como un cristal.

Entonces lo vio en la torre más lejana, a varias rectas de distancia, detrás de varias torres y árboles: fuego líquido, plateado y luminoso. El humo era gris iridiscente. La visión fue como el mordisco de una víbora en el estómago.

Los Siete Usurpadores.

Se lanzó a la carrera. El verde era un laberinto de pintura derramada. A veces perdía de vista el brillo del fuego y debía seguir avanzando en la oscuridad. ¿Cómo era posible que un fuego como ese se perdiera de vista? Pero siguió avanzando, aunque las piernas, por el esfuerzo, le ardían furiosas.

No supo cómo llegó a la torre. El fuego la rodeaba en un amplio círculo, tras lo cual se abría en una extraña línea que la llevaba a la yarda trasera. Cuando llegó a la puerta del establo

vio una persona dentro. Caminó más despacio, pero sabía que los magos podían irse en cualquier momento: el fuego llama demasiado la atención.

Entonces una mano la tomó del brazo y la volteó. Y Nova se encontró de nuevo con esos ojos negros como dos pozos, la cara de muerto, la larga cicatriz con esa luz sobrenatural y es frío que irradiaba como un hielo.

—¿De nuevo aquí, pequeña seca? De acuerdo, tienes otra oportunidad—Telur se volteó y tras él, Haily sangraba, atada a un poste, los ojos abiertos mirándola fijo, las pupilas llenando el blanco de los ojos.

—¡Mamá!

—Mátanos a todos—dijo el mago—. Tú puedes. Hazlo ahora y tu madre vive. Pero luego te quedas con nosotros. ¿Qué dices?

Nova no contestó; quería despedirse de verdad esta vez. Haily se veía desesperada, pero había algo más: evitaba mirar a Nova a la cara. Nova trató de pasar, empujó al mago, y de pronto, Haily cayó en el suelo, el rostro vacío y muerto.

—¡Mamá!

Su propio grito la arrancó del sueño y vio su mejilla enterrada en paja. Su hombro se apretaba contra el suelo, y su brazo era una masa inerte que poco después empezó a doler y pinchar. Se levantó y miró alrededor. Los rayos de sol se derramaban sobre el techo del invernadero. Un rectángulo de hierro y paja, tan familiar y nuevo, imbuido de luz. Medianoche estaba quieto, su sombra protectora sobre ella, sus ojos dos pozos de agua calma.

Se sentó en el suelo. Sus cabellos estaban pegados en sus sienes y sus pantorrillas estaban agarrotadas. Estaba exhausta. El sueño no le había devuelto sus fuerzas, las había fermentado. Se encontraba más débil que la noche anterior, y terriblemente cansada. Pero no tenía una cama a la que volver.

Sabía que la visión de Haily regresaría como la marea, pero no podía lidiar con eso ahora. Mejor sentirse una muerta en vida que recordar de nuevo. Recordó que en su niñez, Haily le había contado historias de hijos de las sombras antiguos, cuyo poder superaba al de cualquier

sombrío de hoy, capaces de tomar cuerpos de víctimas heridas o mentalmente inestables, hasta el punto de que el ansia de muerte se adueñaba de ellas. Muchas de las personas poseídas habían declarado sentir que una voz les hablaba desde la sangre y que casi podían sentir su espíritu pujando por huir del cuerpo. Decían que, en sueños, esa voz les impulsaba a golpearse. Ahora entendía la historia.

Sabía que, de poder hablar con ella una vez más, Haily le rogaría que se mantuviese alejada de los Usurpadores. Telur, Morgan, Demien, Groko, Kritze, Iturit y Nistrel habían desatado una guerra contra los hijos del rayo y los Nueve Reinos, y habían sobrevivido para atacar una vez más. ¿Qué oportunidades tenía una profana como ella de acabar con ellos?

Tumbada sobre la tierra seca, se sintió como una brisa en medio de una tormenta. Minúscula e impotente. No tenía más oportunidades que cualquier profano contra los Usurpadores. Su mejor oportunidad de sobrevivencia era cavar un hueco y enterrarse en él, establecerse en el pueblo más recóndito de los Nueve Reinos, alejada de los recuerdos de la guerra, de los hijos del trueno, incluso de los hijos del rayo. Tal vez empezar un negocio de venta de carnes, casarse con un granjero honrado, tener ocho o nueve hijos, como hacían los profanos, y pasar el resto de su vida sabiendo exactamente lo que cada día depararía.

Pero la idea le quemaba la boca del estómago como si albergase una piedra ardiendo por el sol del verano. Dejar a Haily enterrada y olvidada, a los Usurpadores vagando libres por el reino, el recuerdo de su madre encarnando sus pesadillas, iba a convertir su vida en un arrastrarse hacia la muerte. No era posible que hubiese una manera de destruir a los Usurpadores, y sin embargo, era la única opción para ella. Así que a eso se resumía su futuro.

Se puso en pie. Había asuntos más urgentes que tratar. El hambre era desesperante y para salir a explorar debía dejar a su caballo en algún lugar, lejos del invernadero, donde era muy posible que lo vieran. Tomó a Medianoche de las riendas y lo guio hasta las profundidades de un bosquecillo de juncos. Acumuló pasto y gras en torno a un árbol y lo ató alrededor de su tronco.

Atravesar el bosquecillo no era la parte difícil, sino reingresar al pueblo, ya despierto, los campos poblados y los negocios abiertos. Compuso su mejor rostro sereno, se envolvió en la capa, irguió la espalda y salió del bosquecillo para mezclarse en la multitud.

Aunque el aire era frío, la primera nevada no había golpeado el pueblo aun, por lo que había mucha actividad; probablemente estaban acumulando la mayor cantidad de comestibles hasta el último momento, con las ganancias del día. La calle principal, asfaltada de piedra y arcilla, estaba poblada de negocios abiertos y vendedores ambulantes en puestos de madera y junquillo, en los que se extendían telas de seda y lino, panes de distintos tonos, olores y texturas, dulces de frutas y leche olorosa; había carnes de diversas formas y colores, desde el blanco pálido al rojo intenso, pasando por el marrón achocolatado. Y luego, en la entrada de un pasadizo, vio una pequeña puerta vierta, con un letrero, “LIBROS”.

El pasaje olía a agua estancada y carbón, y se dejó llevar por una luz hasta una pequeña habitación. Las paredes de piedra exhalaban humedad, posiblemente por la filtración de las numerosas noches de lluvias que habían soportado, y los libros olían a moho. El aire estaba enrarecido por el humo, el agua y la tierra del suelo. Si la vejez tenía un olor, era ese.

—*¿Dujuan diju taitz?* —dijo una voz a su espalda.

Nova se volvió con un gesto. Frente a ella estaba un muchacho de unos trece años, vestido con pantalones de lino y una camisa crema. En sus brazos llevaba una pila de libros y en su rostro, una mirada de desconfianza.

—*Nutu di Eget...*—explicó Nova, con las pocas palabras que sabía de la lengua del noreste.

—Oh, no es de aquí. ¿Entonces, vas a comprar algo o...?

—Un mapa—dijo Nova.

El muchacho se dirigió a las repisas.

—Plegable, ¿verdad? ¿Con puestos de comida, postas, señalamientos y horas de peligro para damas?

—Sí. Necesito el mapa y ropa.



El muchacho se dirigió a los estantes y trepó por una escalerilla. De ella sacó un pergamino doblado que le alargó.

—Son ocho *hujers*...cobres. Nueve puestos abajo hay un puesto de ropa usada. Es ropa barata y podrá componerse con ella por un tiempo.

—¿Hay algún puesto de comida por aquí?

El muchacho la miró con curiosidad.

—No hay muchos después de las fiestas.

Nova le extendió el dinero, se ciñó la capa al cuerpo y se bajó la capucha antes de abandonar el lugar.

Azoth no había dormido más que unas pocas horas cuando Cirsus lo despertó.

—¡Vamos! Tenemos que estar en la capilla al amanecer.

Por un momento, pensó en aventarle la almohada a Cirsus; después de todo, no pasaría nada si dormían unas horas más. Pero luego pensó en su sangre en ese contrato, en las escasas posibilidades de encontrar el acero de Kriyak en los Nueve Reinos, y en la pelea que estuvieran a punto de desatar por una desconocida. De acuerdo, el sueño podía esperar.

Cuando bajó al comedor, Cirsus ya estaba allí. Tenía los ojos semicerrados y vidriosos. Comieron en silencio y con rapidez el desayuno de leche agria y pan frío, y tras montar sus caballos, se dirigieron a la capilla, aun en la oscuridad.

El edificio era simple, hecho de rocas lisas superpuestas, pero majestuoso debido a su altura y las montañas que lo rodeaban. A Azoth siempre le había gustado el monasterio del Dios de la Lllamarada, cuya la antorcha principal estaba permanentemente encendida en la entrada al otro lado del puente. La niebla de las montañas envolvía el edificio, otorgándole un aspecto casi irreal.

Cirsus desmontó a Impetuoso y lo llevó de las riendas por el puente. Azoth lo siguió con Acero.

El puente, largo y elaborado con tablones de madera superpuestos, crujía y chirriaba bajo el peso de los jinetes y sus caballos. Cirsus y Azoth avanzaron midiendo sus pasos hasta llegar a un portón con rejas de hierro. Cirsus se adelantó y aporreó con el puño. En el silencio del amanecer, sus golpes resonaron por el puente y la montaña, pero el monasterio permaneció silencioso, aparentemente sordo a la vida y ruido exterior.

Luego, muy despacio, la puerta empezó a abrirse hasta quedar entornada. A Azoth, por un momento, le pareció que se había abierto sola: detrás de la puerta solo había oscuridad. Pero luego notó un rostro pálido encapuchado, y una larga toga negra.

—Benditos los que aparezcan bajo el fuego del día. La entrada a la capilla es por la puerta de atrás. Si desean usar la biblioteca...

—No es una visita turística, señor—dijo Cirsus—. Necesito ver al maestro Riager. Dígale que Cirsus, de Lecho de Piedras, está aquí.

El encapuchado, un hombre de unos veinticinco años, de grandes ojos negros y nariz aguileña, miró a Cirsus y luego asintió.

—Transmitiré su mensaje—abrió la puerta, que soltó un chirrido—. Pero aquí hace frío. Por favor síganme.

Cirsus y Azoth ataron sus caballos al poste allí dispuesto e ingresaron al monasterio, cuya entrada era un estrecho túnel de piedra. Las paredes, de roca oscura, estaban iluminadas por cientos de antorchas enclavadas en sus fisuras, que a su vez formaban miles de sombras y le daban un relieve que, a pesar de su belleza, resultaba inquietante.

El túnel desembocaba en un amplio patio, también de piedra y a su vez iluminado por cientos de antorchas —el Dios de la Llamada no permitía la presencia de oscuridad en toda la torre—. En su centro había una gran fuente de agua y en el centro de la fuente, tallado en piedra, la estatua del Dios de la Llamada: un hombre de cuerpo delgado y musculoso, el rostro inclinado y la mirada distante, con una llama en una mano y una jarra en la otra; simbolizaba la sabiduría para segregar el fuego y la impetuosidad.

El sirviente no intentó hacer de guía y siguió de largo hasta una sala, siempre de piedra, pero con muebles de madera y lino. En su centro había una mesita con jarras llenas de líquidos de distintos colores y a lo alto, un enorme candelabro colgante con un extraño fuego líquido ardiendo y bullendo como lava.

—Iré a darle su recado al maestro.

Cirsus se sentó y sirvió una copa de un líquido rojo oscuro que bebió a lentos sorbos.

—Ya me decía yo que Cirsus solo podía darse el trabajo de venir hasta aquí para pedirme algo.

Azoth se levantó. Friager le llevaba media cabeza a Cirsus, que en general destacaba entre las multitudes, y sus tupidas cejas negras le daban un aire vigoroso y altivo a la vez. En su cabello negro solo destacaban algunas canas rebeldes. Sobre su pantalón de tela gruesa y camisa de lino llevaba una túnica abierta, de cuero envejecido, que le daba un aire bélico. No era lo que Azoth había imaginado. Cirsus se acercó al maestro y se inclinó.

—Riager, vengo en circunstancias apremiantes, pero ahora recuerdo el gusto de verlo.

Riager sonrió a Cirsus y se sentó frente a él.

—Siempre es un gusto verte Cirsus. Más aún si es en un momento en que puedo serte de ayuda y pagar mi deuda. A ti y a tu joven amigo.

—Este bicho ha aceptado trabajar para mí con un sueldo irrisorio, no se mete demasiado en mis asuntos y es razonablemente soportable para convivir. Así que lo contraté como asistente.

Raegen sonrió a Azoth.

—No te quedes demasiado tiempo, o le terminarás debiendo más de lo que te paga—se sentó al lado de Cirsus—. Infortunadamente, como no sabía que tendría el placer de su visita, tengo algunos compromisos antes del desayuno. Si no es urgente, pueden descansar y comer. En la tarde...

—Me temo es que urgente.

—Entonces mejor dime lo que necesitas—dijo Riager mientras les servía vino.

—Tengo un contrato para hacer tres espadas de acero de Kriyak.

Riager abrió los ojos de sorpresa.

—¿Tres? No sabía que había necesidad de espadas, aunque es cierto que la violencia en los caminos se ha incrementado...

—Tú sabes que solo me dedico a lo mío y no hago preguntas. En mi oficio es la ley. Especialmente desde aquella vez...

—Oh sí. Pero era la guerra, Cir. Eras un chiquillo.

Azoth sabía de los negocios que Cirsus había tenido en la guerra. Había elaborado espadas para el bando real y para los soldados sombríos. Ninguno de los soldados era mago, sino mortales, y pensó que con ello estaba seguro. No contó con que los magos guerreros del rey sitiarian la ciudad...

—Aprendí mi lección, Riager. Lo que suceda con las espadas después de entregadas no es mi responsabilidad. Pero lo son hasta la fecha de entrega. Dime, ¿puedes ayudarme?

Riagen negó con la cabeza.

—En este monasterio no almacenamos metales de guerra.

Cirsus se frotó los ojos cerrados.

—Pero sí sé dónde pueden encontrar suficiente para tu encargo. Quizá incluso más.

—¿Dónde?

—En las ruinas de la ciudad de Higoj.

—Pero... ¡si ha sido saqueada cien veces desde la guerra!—dijo Azoth.

—Sí, pero solo lo que se puede mover. Sus edificios permanecen intactos, al menos en lo que a sus muros y techos se refiere. La catedral de Higoj está elaborada completamente base de acero de Kriyak. Van a tener que descender a sus catacumbas y cavar un poco para poder verlo.

—Parece suficiente para tres espadas—dijo Azoth, esperanzado.

—Es suficiente para tres ejércitos, muchacho—dijo Riagen sonriendo—. El problema será romperlo.

Cirsus se puso en pie.

—Veremos eso cuando lo encontremos. Gracias, amigo mío.

—Por supuesto, Cir. ¿Te quedarás a cenar?

—Ojala pudiera. Tengo un contrato de sangre a mi espalda y el tiempo se agota. La cena tendrá que esperar.

Riager se puso en pie.

—Entonces no los detengo. Escíbeme si te queda acero de Kriyak. No me haría mal comprar otra espada.

—Hasta luego, Riager.

Al abrir las puertas del monasterio, Azoth vio que el sol era aún una luna amarillenta, sin calor, suspendida sobre Timasto. Azoth montó a Acero con pesadez y trotó junto a Cirsus, que iba sobre un desgano Impetuoso.

—Esta ruta no está tan mal—dijo Cirsus—. Sólo debemos seguir el río por trece días, nos adentramos dos días en el desierto, y llegaremos a Higot.

—¿Cuántos recipientes de agua tenemos?

—Seis bolsas de cuero. Si las racionamos, nos puede durar todo el viaje—tiró de las bridas de Impetuoso—. Mejor apura a Acero. Tenemos prisa.

## Capítulo 7

Cuando Nova salió de la tienda, las calles aun albergaban movimiento y murmullos, pero el viento había aumentado hasta sacar un filo frío. Las sombras se habían alargado y las paredes de las calles, de barro y arcilla, se teñían de negro. Al otro lado del cielo se asomaba un azul violáceo y una única estrella se perfilaba en lo más bajo del horizonte. Pronto anochecería. En tierras montañosas como aquella, la noche se cerraba sobre ellos como un manto de granizo.

Se abrió paso entre la multitud y pasó por delante de varias mesas apiladas, llenas de cuencos y vasos de cerámica, un portón de cuyo enorme agujero surgían voces y aclamaciones: un bar ya abierto, recogiendo los últimos bebedores antes de que el frío los mandase a sus casas.

Pasó por un puesto ya casi vacío, cuyo dueño ya había empezado a recolectar los alimentos, y compró un pedazo de pan espeso, lleno de frutas y fibra. En la esquina, un gran puesto abarrotado de telas y piezas de ropa cuyos remiendos y color, algo desusados, dejaba de ver que eran de segunda mano. La dueña, una mujer anodina y encorvada, se entretenía hablando con las clientas y ayudándolas a encontrar el mejor vestido.

Se detuvo en el puesto y empezó a ojear la ropa: camisas campesinas de lana y algodón, botas que le bailarían en los pies y pantalones de piel que necesitarían ser atadas a su cintura para no caérsele. Se miró en el espejo: un rostro anguloso, de grandes ojos negros, largo pelo enmarañado y una piel marfileña que anunciaba a gritos que no trabajaba en los campos; sus manos eran pequeñas, torpes, sin pecas. Los callos eran nuevos, abiertos después de días a la espalda de Medianoche, y su pequeño talle denunciaba que no estaba hecha para el trabajo de campo en un pueblo rodeado por sembríos y cultivos, caballerizas y establos.

Buscó entre a ropa de muchacho y encontró una capa de cuero y piel que aunque algo ancha, le sentaba mejor que la capa del hombre de la taberna. También había un par de botas. Los pantalones y la camisa eran masculinos, pero pequeños, y los podría ocultar bajo la capa. Y cuando pensó que no encontraría nada más, vio en un rincón, bajo varios vestidos holgados, uno bastante viejo, pero estrecho y de tela gruesa, que además costaba un par de cobres. Antes de irse

se acordó de que no tenía dónde meter su ropa nueva ni ninguna de sus escasas posesiones, y encontró una bolsa de cuero envejecido que cruzaba su torso y llegaba a sus caderas.

Al salir, con la capa a sus hombros y los pantalones bajo el vestido, el viento parecía soplar más suave. El pan de su bolsa estaba aún tibio y escuchaba el tintinear de algunas monedas en su bolso, suficientes para comer por unos días. Se encontraba en un extremo del pueblo, cara al camino norte, que llevaba directamente a Lecho de Piedras. Nunca había estado allí —en realidad, nunca se había alejado más de un día a caballo de Etrai—, pero las historias de su madre la distinguían en su mente: un enorme masa de ladrillo y barro junto a un hondo camino de rocas y piedras blancas y redondas, talladas por el antiguo paso del agua, que circundaba la ciudad como una enorme serpiente. En las noches de festival, multitudes como hormigas bajo mil antorchas fulgurantes, rostros enmascarados y el olor del estofado y vino nuevo. Una ciudad de monasterios, iglesias, bibliotecas y posadas en las que incluso una mujer joven podía trabajar por un tiempo, hasta al menos la llegada de la primavera...

Dio media vuelta y se dirigió hacia la plaza para recoger a Medianoche. Las calles más allá de la avenida principal perdían su luz, probablemente por la necesidad de acostarse para trabajar hasta el último día posible. Algunas antorchas brindaban cierta luz a la calle, pero Nova se encontraba con frecuencia en la oscuridad antes de alcanzar la siguiente. El viento había dejado de soplar, y las voces de los comerciantes que quedaban en las calles se alejaban más y más.

La calle desembocó en la plaza, que estaba a oscuras: ni siquiera la luna se había asomado aun. Las ventanas de las casas estaban corridas, pero tal vez eso fuera mejor. Ya se había quedado demasiado en ese pueblo, y la suerte nunca había sido un aliado fiel para ella. Caminó sin hacer ruido hacia la construcción que escondía el bosque y se abrió paso entre los arbustos. Pensó en Medianoche y su pelaje macizo como roca fundida, y se preguntó si podría perderse. Pero el sendero seguía allí y cuando se acabó abruptamente pudo escuchar los relinchos impacientes de su caballo.

Al escuchar los pasos de su dueña, el equino pateó el suelo con los cascos y sacudió las crines.

—Shhhhh, hola muchacho...

Nova se acercó a Medianoche y acarició sus crines, pero el caballo estaba aún muy nervioso. Los músculos de su cuello temblaban bajo su mano y no dejaba de patear.

—Shhh, chico, tranquilo....

Una garra de hierro se cerró en torno a su cuello y la levantó en el aire. Nova forcejeó para abrir el candado de su cuello y sintió unos dedos gruesos y fuertes como madera vieja.

—Ahora sí te tengo, pequeña puta —dijo una voz ronca en su oído—. Pensaste que me había olvidado de ti, ¿verdad?

La mano la empujó contra el tronco del árbol en el que atara a Medianoche. El dolor en su espalda se sintió como un azote con una gran hoja de barro.

—Muserta, la encontraste —dijo una segunda voz.

La mano que aferraba su cuello abrió su agarre, y Nova pudo respirar un hilo de aire. A pesar de ello, la fuerza del agarre de Muserta no aflojó. Las manos de Nova trataban de abrir las de su agresor, pero era como tratar de romper el hierro.

—Quédate quieta, estúpida, o te rompo el cuello—dijo el posadero—. Vamos a divertirnos un poco por aquí. Encontraste un lugar perfecto para que nadie nos moleste.

El otro hombre, alto como una puerta, se había apoyado en la puerta y parecía satisfecho como testigo, al menos de momento.

Muserta tomó la bolsa de Nova, revolvió sus cosas y sacó una amplia capa de cuero marrón.

—Vas a pagar esta capa con sangre, puta. Y con todo lo que tienes. Proko, revisalo—le lanzó la bolsa a su cómplice y las monedas de Nova, las que le darían aun algunos días de comida, cayeron a las manos del hombre.

—Esta puta no tiene nada, Muserta. Migajas y peniques, eso es todo...



—Tiene algo más—dijo Muserta. Se acercó a Nova. En su cuello rojizo, húmedo de sudor y tierra, palpitaba una vena. Su piel olía a óxido y barro y en su aliento, justo por encima de su nariz, se despedían vestigios de leche de mansola. Podía clavarle las unas en la cara o morderle los dedos, y Muserta no lo sentiría más que el manotazo de un bebé. Su estómago se volvió un nido de serpientes. Medianoche relinchaba y golpeaba el suelo con los cascos, frenético.

Muserta apretó el agarre en su cuello y la tiró en el suelo de un solo movimiento, sin soltarla. El suelo golpeó sus pulmones y el aire la abandonó bruscamente. Empezó a jadear en el suelo, en un intento desesperado de respirar.

—Ahora pequeña idiota, vas a quedarte muy quieta —escuchó que Muserta le decía. En la oscuridad, los ojos del hombre tenían un brillo aceitoso. Vello negro y largo se escapaban de su camisa de lana vieja, sobre su pecho. Nova trató de patear, pero Muserta estaba ya entre sus piernas y le volteó la cara de un manotazo.

—Te dije que te quedaras quieta. Si resistes vas a ser peor. Te voy a romper cada parte que trate de luchar, ¿entiendes? Ya estás advertida. Relájate —agregó con una sonrisa burlona—. Vas a ver que te va a gustar.

—Hey Muserta —dijo su compañero, un hombre bajo y flaco como un sauce— ¿Te vas a quedar hablando o te vas a apurar? Recuerda que luego viene mi turno.

Muserta levantó el vestido de Nova de un solo movimiento. Nova sintió un cuerpo sobre ella, un peso abrupto y doloroso en las caderas, los músculos de las ingles forzados. En la oscuridad, el sonido de la tela desgarrándose era ensordecedor. Aunque Muserta ya no sujetaba su cuello, sentía que se ahogaba. Unas manos le desgarraron la tela. La mano de Nova se dirigió al cuello de Muserta y logró rozarlo. Sintió como si un hilo se soltara y rompiera en la piel de su atacante...

Un líquido tibio y oscuro empezó a gotear sobre su rostro y pecho. El agarre de Muserta se aflojó. Frente a ella, el rostro que hacía un instante reflejara rabia y lujuria se había tornado

lívido, y sus ojos negros la miraron por un instante con furioso asombro, antes de perder la mirada y quedar vacíos.

Muserta cayó sobre Nova y su cuerpo empezó a retorcerse, ansioso por aire y vida. Su peso la ahogaba y la sangre —que ya manaba como el vino de una botella— le mojaba la cara.

—¿Muserta...?—su cómplice se acercó con cautela. Nova trató desesperadamente de zafarse del cuerpo, aun en convulsiones, de su agresor. Muserta se ahogaba en su propia sangre y se llevó las manos al cuello. Sus últimos intentos eran débiles y de su boca salía sólo un sonido ahogado, el atisbo de una respiración.

—¿Muserta?—la voz del otro hombre ya sonaba inquieta. Nova se sacudió el cuerpo de Muserta, que cayó boca arriba a su lado, ya casi sin movimiento, y se quedó en el suelo, boca arriba, jadeando desesperada. Arriba, distante y fría en el oscuro cielo añil, se asomaba por fin la luna: un cuarto creciente rojizo, como una sonrisa sangrienta.

Se incorporó. Frente a ella, el hombre que quedaba con vida se acercaba a ver lo que pasaba con Muserta. Pero Nova no se movió. Podía escuchar la respiración agitada del hombre en el bosque, silencioso excepto por el roce de las últimas hojas del otoño y acallados ya los relinchos de Medianoche, estático en un rincón. Aunque aún quedaba un atacante, se sentía extraña, desconectada de todo sentimiento y sensación: no tenía frío, ni dolor, ni sentía culpabilidad... ni miedo.

La luz de la luna iluminaba el cuerpo, ya inerte, de Muserta. Su rostro tenía una mueca de sorpresa y odio. El hombre miró a Nova sin gritar, y Nova lo observó con atención: las cicatrices en el rostro, una nariz torcida a la izquierda, labios tan finos que casi se borraban en su boca, ojos pequeños y negros... dominados por el terror.

—Ahora ¿Vas a reclamar tu turno?

El hombre retrocedió con la boca abierta: parecía que estaba a punto de gritar, pero nada salió de su boca. Sus ojos eran dos pozos de terror. Cuando llegó al límite del claro desapareció entre los arbustos y Nova pudo escuchar sus pasos frenéticos alejándose cada vez más, a trompicones, hasta que se el ruido desapareció.

Se incorporó apoyándose en un árbol y volteó a mirar el cuerpo de su atacante: Muserta estaba en el suelo, su cuello manaba sangre de una herida larga, precisa; su enorme cuerpo flácido inerte e inmóvil, sus ojos invadidos de telarañas rojas y la boca abierta, como si aún buscara aire. Su cuello y pecho estaban empapados y bajo su cuerpo había un charco negro. Nova se llevó la mano a la boca y al hacerlo, vio que estaba húmeda. Bajó la vista a su vestido: su pecho estaba empapado de un líquido caliente, oscuro, que goteaba por sus muslos.

Sus piernas empezaron a correr. Lo arbustos arañaban sus brazos y rostro. A lo lejos, muy atrás, escuchaba los cascos de Medianoche. El suelo parecía succionar sus pasos, enterrando piedras través de la suela de sus botas. El dolor punzante en sus pantorrillas y muslos se sentía lejos y su respiración parecía haberse trasladado a sus tímpanos.

El bosque a su alrededor se entremezcló como pintura derramada, y luego se oscureció.

El dolor la volvió a tomar y la arrancó de la oscuridad con un grito.

—No intentes incorporarte aún —dijo una voz grave y lejana, pero familiar. Nova se llevó una mano a la frente.

—Esto arde un poco, pero es mejor que lo soportes y no te levantes. La infección sigue en tu organismo y la fiebre aún no cede.

—¿Cirsus?— movida por la sorpresa, Nova trató de incorporarse, pero el joven la tomó de los hombros y la obligó a mantenerse echada.

—Ahora sí reaccionó— dijo una segunda voz.

A la luz de la penumbra, vio que frente a ella estaban los dos muchachos que conociera en la posada: el rostro grave, adusto de Cirsus, y bajo sus cabellos, siempre despeinados, unos intensos ojos oliváceos. Conformaba un contraste sutil con su ayudante, de rostro siempre amable, piel clara y ojos grandes y oscuros, que le brindaban una belleza más abierta, pero también más evidente. Luego miró a su alrededor: se encontraba en una habitación pequeña, de paredes oscuras, cuya única y pequeña ventana, insuficiente para iluminarla por completo, estaba tapada con cortinas.

—Si quieres hablar, no me opongo, aunque tampoco estoy loco de impaciencia por escucharte —dijo Cirsus—. Pero quiero que te quedes quieta mientras te limpio las heridas. Y permanecerás en la cama hasta que yo lo diga.

Cirsus se arrodilló junto a la cabecera de la cama con un ungüento de aspecto pastoso en las manos.

—¿Cómo te sientes? —dijo Azoth.

—Bien, pero ¿qué hacen ustedes aquí? Tú...—estuvo a punto de incorporarse nuevamente, pero Cirsus le lanzó una mirada que la hizo pensar que, o estaba decidido a curarla, o en todo caso a matarla allí mismo.

—Estas en nuestra casa, en Lecho de Piedras. Te encontramos en el camino y te trajimos aquí. Llevas tres días en cama, ardiendo en fiebre. Ya empezabas a preocuparnos.

Nova miró a Cirsus; el joven limpiaba su rostro mecánicamente con paños fríos. Su rostro era sereno, incluso ceñudo, y por algún motivo, no se lo pudo imaginar mordiéndose las uñas de preocupación.

—Bueno, me siento mucho mejor—sin proponérselo, su voz había tenido un tono de suficiencia ¿por qué se sentía molesta?

—Tu cuerpo ya se está limpiando —dijo Cirsus—. Sufriste una crisis, ayudada por tus heridas y la falta de alimentos, Pero aunque la peor parte ya pasó, todavía no te recuperas. Toma, bebe esto. Te va a limpiar la sangre.

Cirsus le alcanzó un cuenco. El líquido sabía amargo y la distrajo por un momento, pero no lo suficiente para no captar la mirada que Cirsus y Azoth intercambiaron. ¿Había algo que no le decían?

—¿Qué pasó entonces?

Cirsus la miró muy serio.

—Azoth, trae un poco de comida.

Azoth salió con rapidez, casi tropezándose con la silla. Cirsus jaló una banca junto a la cabecera de la cama y se sentó muy cerca. Cuando habló, lo hizo en voz baja.

—El hombre al que robaste la capa te encontró. Muserta.

Nova se sintió tomada por sorpresa. Pero ¿había algo más estúpido que negarlo?

—Sí, me encontró en las afueras del pueblo. Con otro hombre.

Cirsus la miró a la cara: sus ojos estaban terriblemente serios.

—Intentaron violarte.

La frase era demasiado directa. Pero Cirsus no parecía interesado en su respuesta.

—Proko, el hombre que iba con él, era parte de los guardianes grises, y no es la primera vez que lo intentan—siguió—. Es usual que las muchachas que cometen cualquier falta menor queden a sus expensas, pero lo que no es normal es que sean ellas quienes terminen victimando a sus agresores.

—¿Victimando?

Cirsus asintió.

—Pero cometiste un error, el peor error que puede permitirse un fugitivo. Dejaste a Proko vivo.

Nova respondió en un impulso.

—No soy una asesina.

—Oh, eso es evidente. Al menos no una con experiencia. No habrías dejado testigos si lo fueras. Sin embargo la escena que dejaste fue limpia, como si hubieras actuado con conocimiento y rapidez, o eso dicen. Rasgos de un asesino innato.

Era como si hablasen de una extraña. Nova sacudió la cabeza con frustración.

—No sé qué pasó. Ni siquiera estoy segura de cómo escapé.

Cirsus reflexionó un instante.

—Te voy a decir lo que sé, y necesito que me digas si tus recuerdos coinciden.

—De acuerdo.

Él se acomodó en la banca, pero sin alejarse de Nova.

—El hombre que quedó vivo se llama Proko, y además de compañero de Muserta, era su cómplice. No conozco a Proko, pero tengo entendido que lleva más de veinte años en la guardia.

Se le ha acusado de torturar a los prisioneros y por supuesto, de violar a las cautivas, pero no se han hallado pruebas y en realidad, nadie se ha molestado en investigar demasiado

—Él es que me sujetaba: escuché que el otro hombre lo llamaba así.

—Y ahora es el que te acusa. Dice que ellos te estaban tomando uno por cada brazo para llevarte ante la justicia, y que de pronto, de alguna manera, mataste Muserta...

Nova sintió que el aire se congelaba a su alrededor. No había pensado en ello directamente, pues hasta entonces había desplazado el recuerdo como una pesadilla. Sin embargo, al evocar el momento, era terriblemente real, tan real como el dolor en sus piernas y el ardor en su frente.

—¿Me están buscando? —dijo en voz baja.

—En este pueblo, y el siguiente, y en todo el valle.

—Me estaba defendiendo.

—Todo el mundo sabe que Muserta y Proko son dos parásitos del pueblo, y créeme, a nadie le importaría dejar de ver para siempre a cualquiera de ellos—dijo Cirsus suavemente—. Pero esto ya no se trata sólo de la muerte de idiota en el pueblo. Nadie puede entender cómo es que una chica sola pudo atacar a dos guardias armados, matar a uno y escapar sin que el otro pudiera impedirselo. La herida parece hecha con una navaja, y Proko dice que tenías una, pero yo lo dudo: estaba demasiado asustado, y el corte es demasiado limpio para ser hecho por alguien con tu fuerza—dijo Cirsus. Pero no se molestó en preguntarle qué había pasado—. Además, nuestra ayuda empeoró tu imagen: Azoth y yo logramos evitar los caminos y traerte al pueblo sin que nadie lo notara.

—¿Qué dicen entonces?

—Piensan que eres peligrosa. Te tienen miedo. Además, quedaron muchos testigos del robo de la capa, no sólo guardias grises.

Nova se mordió el labio.

—Ese guardia gris, Proko... ¿viene a menudo por aquí?

—A menudo, no. A lo más, cada quince periodos.

—Entonces lo mejor sería irme de una vez, antes de que regrese.

Cirsus sacudió la cabeza.

—No es mala idea, pero una muchacha sobre un caballo como el tuyo...

Nova se incorporó de pronto.

—¡Medianoche! ¿Qué pasó con él?

—Está en la caballeriza. Está bien. Está descansando.

Nova se echó de nuevo en la cama, mareada.

—No tardará mucho en poder andar de nuevo. No te preocupes, me iré lo antes posible.

Cirsus le restó importancia al comentario con un gesto de mano.

—Ahora escucha. Azoth y yo tenemos que salir de viaje en estos días. Estoy trabajando en una espada y apenas la mezcla esté lista para descansar, nos vamos. Tenemos una carreta en la que te escondimos, podemos usarla otra vez. Podemos teñir las crines y cola de tu caballo, y puede ir con nosotros. En unos días estarías fuera del alcance el pueblo.

—¿Por qué me ayudas? ¿Qué quieres de mí?

—Bueno, digamos que me debes un favor —dijo Cirsus—. Algún día te pediré que me lo devuelvas.

Aquello no sonaba del todo bien. Deberle un favor a un desconocido, un favor grande, a quien le salvara la vida, la incomodaba. Pero aunque hubiera tenido opción, ¿qué le hubiera quedado? ¿Quedarse en el bosque desangrándose o ser apresada por el pueblo?

—Me parece justo.

Cirsus se levantó.

—Ahora lo mejor es que duermas y comas todo lo posible—dijo—. Voy a mandar a Azoth con algo caliente. Luego descansa. Tienes que recuperarte para estar fuerte para viajar. Ah, y no abras la puerta a nadie.

## Capítulo 8

En Lecho de Piedras medianoche no podía nunca considerarse noche cerrada. En Etrai y sus alrededores, las calles se paralizaban a la puesta de sol, pero en la ciudad, siempre había cierto movimiento: los comerciantes utilizaban las horas nocturnas para trasladar mercancías o acomodar sus negocios. Cirsus le había dicho a Nova que para ellos era una ventaja que les permitiría andar a sus anchas a cualquier hora. Que había cosas más importantes para los guardias azules que perseguir adictos de la mansola, cuya piel de subtono púrpura era demasiado evidente en horas diurnas. “Cuando los sombríos se encaraman en las esquinas, lo mejor es escondernos nosotros también”.

Los muchachos iban en una carreta tirada por Acero e Impetuoso, con Nova al lado sobre Medianoche. En la carreta llevaban toda clase de utensilios que, según explicaron, servirían para separar el acero de Kriyak de la base donde se encontraba.

El cielo era una masa de humo mortecino sobre un manto de marfil mal tendido, con débiles dunas y praderas apáticas, recortado, de vez en cuando, por algún árbol escuálido. Nova había esperado un viaje emocionante, pero se llevó una decepción. Tras unas horas de camino, Cirsus había encontrado el río que en otros tiempos llegaba a Lecho de Piedras, y una vez allí, mantuvo los caballos en su margen derecha, en dirección noreste. Higot, la ciudad abandonada a la que se dirigían, se encontraba a nueve días a caballo río arriba. La carreta no tenía la agilidad o velocidad de los caballos, por lo que Nova debía constantemente de tirar las riendas de Medianoche, que una vez recuperado, espumeaba de impaciencia y sacudía las crines, deseoso de lanzarse a la carrera.

En la primera noche, tras dejar los caballos en un claro junto al río, los tres se sentaron junto al fuego y cocinaron dos piezas de carne de cordero que los herreros habían llevado. Durarían dos días, y luego comerían papas, zanahorias y pan, que duraban más a la intemperie. Se sentaron frente al fuego y Nova, aun algo débil por la enfermedad, tomó su carne de cordero; al morderla, los jugos que inundaron su boca le parecieron un manjar del mismo cielo. Suspiró



de placer: era la primera vez en semanas que tenía alimento seguro y que se sentía lo suficientemente a salvo como para dormir sin sobresaltos. Aunque al principio la idea de confiar en aquellos dos desconocidos la había incomodado, debía aceptar que la compañía humana y un fuego chispeante no estaban tan mal.

—Mañana partimos al amanecer—Cirsus abrió el mapa—. Una vez en la ciudad, tenemos medio día para romper el acero, y de allí volvemos a casa. Nos quedan diecisiete días para empezar a forjar las espadas, ni una noche más.

—¿Que sucede si no tienes las espadas a tiempo?—dijo Nova.

Cirsus y Azoth intercambiaron una mirada nerviosa. No era del estilo de Cirsus, y el detalle inquietó a Nova.

—Son clientes importantes—dijo Azoth—. Poderosos. No nos vendría bien quedar mal frente a ellos.

—Pero, ¿quiénes son?

—Soldados veteranos, podríamos decir—dijo Cirsus con la vista en el fuego—. Hablando de eso, mejor me pongo a practicar. ¿Vienes, Az?

—Oh, no. No voy a gastar un paso de energía más de lo necesario. No hasta el final del viaje. —Azoth se volteó a mirar a Nova— ¿Qué tal si practicas con la fugitiva?

—¿Qué?—Nova casi se cae de espaldas.

—Vamos, Nova. Así lo entretienes mientras yo duermo—Azoth se volteó y se tapó con la manta, de la cual salió una voz de ultratumba—. Buenas noches.

—No es mala idea—dijo Cirsus—. Si sigues de viaje sola, no es imposible que te vuelvan a atacar. Deberías saber defenderte.

—¿Con qué, con mis uñas?

—Podemos pensar en una solución más adelante—dijo Cirsus—. En el taller tengo espadas de sobra y tú no tienes un objetivo claro a donde ir, ¿verdad? Ahora levántate— le lanzó su propia espada, Injusticia—. Quiero saber tu grado de incompetencia lo antes posible.

Nova ignoró el último comentario y se situó frente a Cirsus. De cerca, le sorprendieron las bolsas oscuras bajo los ojos oliváceos del herrero: la noche anterior, Cirsus se había quedado despierto hasta tarde preparando los caballos y la carreta para el viaje. Sin embargo, estaba erguido en toda su alta estatura; así, aunque Nova siempre se había sentido alta para su edad, tuvo que levantar los ojos para verlo a la cara.

—Esta situación no será poco común para ti —dijo Cirsus—. No sólo que todos tus contrincantes te saquen más de una cabeza y peso, sino que tendrán mayor experiencia que tú. Tu mayor ventaja será la impredecibilidad.

—O sea, aprovechar el hecho de que me subestimen.

—Sí. Si el oponente te subestima, y si es un esgrimista con cierta experiencia, no te rematará de inmediato. No se considera cortés sacar provecho de la debilidad del otro. El espadachín medio prolongará la pelea al menos por veinte movimientos, que son el espacio que tienes para llevarlo a pensar lo que tú desees y decidir el encuentro a tu favor. E incluso, si es un esgrimista con mayor dominio, se contentará con mutilarte —por lo general te sacará un ojo o te cortará una mano—, el lugar de matarte, para establecer su superioridad.

—Oh, qué alivio.

Cirsus desechó el comentario con la mano.

—La idea es que no llegues a ese punto. Deberás aprender a reconocer las señales de la resolución de la pelea. En ese caso, aprovecharemos tu ligereza para facilitarte una huida poco honorable, pero muy eficiente.

—Bueno.

—Empecemos entonces. Hay cuatro posiciones básicas de ataque—Cirsus trazó un círculo a su alrededor, cuyo eje vertical era su cuerpo erguido—. Primera y cuarta son estos dos cuadrantes en la vanguardia, por debajo y arriba de mi cintura, mientras que segunda y tercera se encuentran en la retaguardia. Hoy nos enfocaremos en los ataques de primera y cuarta.

Cirsus tomó una espada de la carreta y apuntó hacia Nova. No era la primera vez que Nova sostenía una espada, pero la sintió aún incómoda, como un guante demasiado pequeño,

pesada como un martillo, muy diferente a la sensación de años atrás, cuando practicaba con Khalil.

—En guardia— dijo Cirsus.

Cirsus levanto el pie y mantuvo la espada horizontal. “Oh, un ataque en marcha. ¿Tan poca cosa me crees?”. Nova lo detuvo con facilidad, dio un salto atrás y contraatacó con un ataque de fondo. Como un destello, vio la chispa de la sorpresa en los ojos de Cirsus. Sin embargo, él no tardó en reaccionar: giró su arma en primera y antes de que Nova retrocediese, la punta de su espada rozó el pecho de Nova. Cirsus volvió a atacar. Nova giró su espada, forzando a la mano derecha de Cirsus a realizar un movimiento horario. Sin embargo, sólo dio medio giro antes de que la espada de su instructor detuviera el ataque y le bajara el arma a tierra, cerrando el espacio entre ambos. La respiración de Cirsus era tibia en su frente.

—No me habías dicho que supieras manejar la espada. Sabes lo que es un ataque en marcha y la respuesta más práctica.

—No estaba segura de que recordara algo. Mi padre me enseñó cuando era una niña. Ha pasado tiempo.

—Sería evidente para cualquiera, más aún para mí. Lo que haré ahora es una respuesta clásica del esgrimista medio.

Cirsus retrocedió un paso con el pie izquierdo, estiró la pierna derecha y avanzó con un breve salto. En lugar de tratar de contrarrestar la fuerza de Cirsus, Nova dio un salto atrás y con el mismo pie, se impulsó hacia adelante para lanzar un ataque de fondo a cuarta. De inmediato, Cirsus giró su espada a contrarreloj —era la segunda vez en pocos minutos, a Cirsus debía gustarle esa respuesta— y lanzó una estocada doble: un ataque de fondo y un ataque en diagonal en primera... ¿Cómo se llamaba? Oh bueno, lo recordaría luego.... Aferró el mango de su espada y la logró deslizar por el filo del arma enemiga, pero no tuvo la soltura suficiente para levantarla y su espada cayó al suelo.

—No estuvo mal—dijo Cirsus—. Sin embargo, ese error me dice que debemos trabajar la fuerza de tus brazos. No hemos medido directamente nuestras fuerzas, sólo has tenido que parar

un contraataque indirecto, por lo tanto, la espada te queda un poco pesada. Necesitas una espada propia.

Nova sopesó a Injusticia en su mano. Su hoja negra era un espejo que le devolvía su propio rostro, pero lleno de sombras bajo los ojos, bajo la frente y en la boca. Su gemela malvada.

—Por ahora, debemos potencializar tu efectividad. Tu contrincante se interesará por ti si sabes hacer un buen amago, no sólo una floritura, y así aprovecharas para rematarlo de sorpresa, que es tu mejor opción. —Cirsus la miró a los ojos, sus labios una línea horizontal—. Si tienes algún problema con esa estrategia, dímelo ahora.

Nova entendió a lo que se refería. Ataque sorpresa.

—No veo otra opción. Pero no es la única estrategia a la que apuntaré, Cirsus. Necesito un abanico de opciones.

—Eso llevará tiempo. Por ahora, tienes que saber que una vez que encuentres el instante adecuado, no tienes tiempo para pensarlo dos veces. Recuerda que sólo tienes veinte movimientos. Tres si tu contrincante se ve alterado, apurado o loco por el ansia de sangre. Y de esos últimos hay más de los que crees. Y no será fácil, porque la mayoría de tus contrincantes te sacará al menos una cabeza. Trataremos de anular esa ventaja después. De nuevo.

Nova tomó su espada y la balanceó varias veces en su mano. Injusticia parecía haber encontrado un punto de apoyo.

—En guardia.

Nova realizó una falsa marcha en cuarta, pero Cirsus no era fácil de engañar. El herrero se adelantó cuando Nova saltó para atrás, e inmediatamente, lanzó un ataque frontal, uno a fondo y un paso resbalado, que Nova a duras penas pudo repeler uno tras otro. Cuando Cirsus se defendió de su ataque, Nova adelantó la pierna junto con la espada para crear una palanca detrás del pie del muchacho, y hacerle perder el equilibrio. Por un momento, pareció que Cirsus había caído. Pero sintió el pie de él tras su talón y de inmediato, era ella quien se encontraba en el

pasto, de espaldas, con las manos en tierra, la punta helada de una espada en el cuello. Frente a ella, erguido, Cirsus sonreía, los ojos dos cristales rotos, la boca malvada.

—Demasiado predecible.

El río se debilitaba por trayectos, pero nunca los abandonaba del todo. El cansancio empezaba a asentarse en el cuerpo de Nova como lodo, encorvada sobre los lomos de Medianoche. Los árboles se habían empequeñecido y debilitado durante días, y luego habían muerto del todo. Ya no encontraban sombras ni refugios para descansar, por lo que durante las dos últimas noches habían dormido en sus mantas, sobre la arena dura, y al menos Nova, dominada por una opresiva sensación de vulnerabilidad.

En las noches, antes de dormir, Cirsus la llamaba a practicar. La noche anterior, cuando después de cenar Cirsus se había quedado conversando con Azoth sobre la ruta, Nova se sorprendió al sentirse decepcionada, pero algo en su orgullo le impidió preguntar si por hoy las lecciones estaban canceladas. Luego, Cirsus se había vuelto hacia ella:

—¿Lista?

Nova había asentido, se había levantado de un salto y tomado a Injusticia en la mano. Ya sabía que, por algún motivo, a Cirsus no le gustaba usar su propia espada contra ella.

—Hoy practicaremos el uso de puñales—dijo Cirsus.

—¿Qué...?

Cirsus le puso una mano en el hombro.

—Tienes que ser práctica, Nova. Aprendes rápido y tienes instinto, pero vamos, eso no cubre la ventaja de años de aprendizaje que otros han tenido, además de su mayor fuerza y alcance.

Nova no disimuló su enojo.

—Es decir, que quieres que aprenda a clavar un puñal por la espada.

—O de frente; en el corazón, en la cabeza, en la garganta. No tengo un punto definido.

—¡De acuerdo! ¿Qué tengo que hacer?

Cirsus colocó el puñal en su manga.

—Lo primero es que un atacante no sepa que tienes un puñal. Mantenlo escondido en tu ropa.

—Esto pinta cada vez peor.

—Cuando tu atacante quiera matarte, tendrá que acercarse. Asegúrate de tener el puñal al alcance de tu mano derecha.

Cirsus puso las manos sobre el cuello de Nova, que se tensó por el contacto. Cirsus olía a madera y hierbas, junto con una leve capa de sudor fresco que no la incomodaba, aunque era en cierta forma inquietante...

—Cuando lo tengas así, tu primer instinto será pelear por sacar sus manos de tu cuello o atacarlo con las manos o los pies—Nova recordó a Muserta tratando de rasgar su vestido, poco interesado en sofocarla—. Cuando estás desesperada, no piensas. Por eso quiero que te acostumbres a esta posición y a sacar el puñal de diferentes partes de tu ropa. Vamos a practicar con palos, así te sentirás más libre para moverte.

Las manos de Cirsus dejaron el cuello de Nova, y el muchacho sacó un par de palos de la carreta.

—Has pensado en todo.

—Cirsus y yo practicamos siempre con distintos instrumentos—dijo Azoth, entrando en el claro—. Aun siendo herrero, no puedes estar seguro de que contarás con una espada en cada ocasión.

—No soy experto en el uso de palos o puñales—agregó Cirsus—. Pero pienso que no está demás tener una o dos armas escondidas, siempre, a dondequiera que vayas.

—No te he visto sacar o esconder un puñal.

Por toda respuesta, Cirsus se abrió el chaleco de cuero. En el cinto, llevaba un puñal de mango grueso de marfil.

Cuando la ciudad de Higot se alzó ante ellos a la luz de la mañana, era evidente que estaba abandonada. Las murallas externas parecían haber sido mordidas por un gigantesco dragón, y la tierra de sus alrededores no era más verde o cuidada que el desierto circundante. Únicamente en los márgenes del río crecía una hierba salvaje, alta y salpicada de huecos, espolvoreada de polvo y tierra.

Por entre los huecos de los muros se asomaban torres y tejados grises, pintados bajo varias capas de tierra y suciedad acumuladas por una década, a causa de la guerra. En ese entonces el riachuelo había sido un río tumultuoso que alimentaba a la ciudad entera. Haily le había contado que, cuando los hijos de las sombras tomaron Higot, los hijos del trueno subieron a las montañas y causaron una explosión que creó un derrumbe, y detuvo la mayor parte del cauce del río. Dos periodos después, los magos de las sombras habían tenido que abandonar Higot, pero el río nunca se pudo recuperar...

—Tenemos el resto del día para cortar el acero de Kriyak y luego, podemos pasar la noche en la ciudad—dijo Cirsus—. Pero no más que eso. Partimos mañana temprano.

## Capítulo 9

Lo primero que Nova notó al atravesar las murallas fue que Higot parecía haber sido construida sobre plataformas. Sabía que la ciudad había sido un importante núcleo de los hijos del rayo, cuyo estatus usualmente les garantizaba una torre o un pequeño castillo, pero el aspecto de Higot la impresionó: las torres cortaban el cielo en distintas formas, desde techos al agua hasta chimeneas y plataformas planas. Sin embargo, hasta la más humilde de las casas contaba con al menos cuatro pisos. Higot parecía un bosque de ladrillos y arena.

Sin embargo, y a pesar de estar prevenida, también quedó impresionada por la presencia de vida en la ciudad: era un crisol de vida salvaje, crujidos, silbidos, resoplidos que le llegaban de rincones invadidos por la hierba. Las casas no tenían puertas, probablemente a consecuencia de los ataques de los hijos de las sombras, años atrás.

—¿Qué tal si entramos en una de las casas?—dijo Azoth—. Va a llover...

Nova miró el cielo encapotado, las nubes negras y bajas de Higot.

—¿Qué tal aquella?—dijo señalando una torre que, aunque delgada y achaparrada, tenía la misma base a ladrillo y puertas de madera pesada que su torre, en Etrai.

—De acuerdo—dijo Cirsus— pero no nos quedaremos. Necesitamos encontrar el monasterio hoy mismo.

—Qué pena que no podamos pedir direcciones—dijo Azoth desmontando a Acero.

Entre el entrenamiento y la cena, Cirsus empezó a dar los últimos toques a las tres espadas. Era un proceso tedioso y lento, que requería más espera que acción. Sin embargo, incluso para Nova el cambio en esas cuatro hojas de acero negro era evidente con cada día que pasaba: en las noches, cuando se sentaba junto al fuego, el único lugar caliente de la casa, notaba que cada día, se les veía más filosas: el brillo aceitoso parecía hundirse en las espadas, como si penetrara en cada capa de las hojas, cada vez eran más compactas, más cerradas sobre sí mismas: las ondulaciones de las hojas se compactaban una sobre otra, dando la impresión de una



decena de espadas, una envolviendo a la otra. Aún faltaban varios pasos, incluyendo la inserción del mango de hueso de dragón, en los últimos quince periodos. Y justo a tiempo. Las espadas serían recogidas en siete días.

A la hora de la cena, Azoth llevó una botella de cerveza de azura a la mesa. Nova y Circus terminaron de alimentar a los caballos, recogieron la cena y se sentaron a comer. De la ventana del comedor —si así le podía llamar a la habitación lateral, de pisos de madera rechinante, amoblado solo con una mesa temblorosa y tres sillas— bajaba los debilitados rayos del sol del atardecer que alumbraban el guiso de cordero con gachas y manzanas asadas. Aunque no visitaban las posadas de la ciudad, había una a unos pasos del taller que les vendía guiso caliente hecho de restos de la cena del mediodía, por precios módicos. Era un excelente trato, si tenían en cuenta que no habían comido nada en todo el día, y así sería la rutina por otros veinte periodos: la forja tenía prioridad.

—Algo raro pasó cuando estaba limpiando a Injusticia—dijo Azoth durante la cena—. Es más cortante— el muchacho mostró su dedo índice: tenía una pequeña cicatriz que aun sangraba—. Al rozar la hoja, me cortó.

Circus tomó a Injusticia de su funda y la puso bajo la ventana, de modo que los últimos rayos del sol dieran sobre ella. Nova no vio de inmediato lo que Azoth se refería, pero al mirarla dos veces notó que el filo daba la impresión de que, si dejaban caer una pluma sobre ella, la cortaría.

—¿No le estás echando la culpa por tus errores? —dijo Circus sonriente.

—No—dijo Azoth, picado—. No sé cómo te atreves a reprochármelo, si llevo años limpiando su filo. Conozco bien esta espada. Hoy, su energía es más agresiva.

—¿A qué te refieres con la energía de Injusticia?—dijo Nova.

—Las espadas de acero de Kriyak tienen un aura—respondió Circus—. Algunos maestros la llaman “alma”: una cualidad de amoldarse a sus dueños con el pasar del tiempo. Todo esgrimista que posea una espada de acero de Kriyak sabe que pelea mejor con su propia espada,

porque se conocen mutuamente. Injusticia tiene su propia personalidad, incluso cierta actitud que la hace distinta a cualquier espada.

—No sabía que las espadas tuvieran carácter—dijo Nova.

—Injusticia es muy agresiva —dijo Azoth—. Tiene un impulso de atacar, impaciencia. No es de las espadas que aguardan para responder en contraataque. Para ella, atacar es lo primero.

—¿Y dices que es así por su dueño?—dijo Nova mirando a Cirsus—. Sería una teoría interesante.

—Las espadas parecen responder acoplándose al carácter de su dueño, pero mantienen el propio—dijo Cirsus—. Muchas veces le otorgan una calma que no posee con otras espadas. Así, la espada complementa al dueño. Le da balance. A veces el dueño puede tardar años en entender por qué su espada actúa de la forma en que lo hace.

—En el caso de Injusticia, las personalidades parecen resonar una con la otra —dijo Azoth—. El fuego aviva el fuego.

—Injusticia no te frena —dijo Cirsus—. Te impulsa hacia adelante.

Nova recordó la sensación de tener la espada de Cirsus en sus manos. Primero, cierta incomodidad, como cuando robaba comida o ropa. La sensación de llevar cosas que no eran suyas. Había pensado que sólo era una idea, pero lo extraño fue que, poco después, pareció que la espada se acoplaba a sus manos; luego se sintió ligera, con la espada adaptándose a sus movimientos. No había tenido tiempo de preguntarse qué pasaba.

—Y ahora Injusticia parece haber absorbido una energía nueva—dijo Azoth.

—¿Qué crees que pasó?

—La usaste—dijo Cirsus—. La tomaste en tus manos más que para limpiar su hoja o apreciar su belleza.

—La usé para entrenar. Nada más. Era una práctica.

—Aparentemente no —Cirsus pasó el dedo por el lado de la hoja de Injusticia, sin tocar el filo—. Cuando practicas, llega un momento en que te olvidas de lo que estás haciendo. Puedes estar luchando por tu vida, por lo que a tu energía concierne.

—Tiene un nuevo filo —dijo Azoth—. Que la espada se acople a tu energía no quiere decir que la afiles. ¿De qué acero estaba forjada la espada que usabas, Cirsus?

—El también usaba una espada de acero de Kriyak—dijo Nova—. Una espada nueva.

—Aun sin curtirse por la muerte— dijo Cirsus—. Cuando una espada prueba sangre es lo mismo que una persona. La afecta, y poco a poco, se acostumbra. Cada espada reacciona de manera distinta frente a la muerte, pero nunca he encontrado un caso de una espada sin reacción.

—Incluso existen algunas espadas que, tras un tiempo, se vuelven adictas a la sangre— dijo Azoth—. Por supuesto, solo aparecen cuando su dueño es un asesino, un soldado veterano, un mago guerrero... y poco a poco pueden alterar el carácter de su dueño.

—Puede convertirse en un círculo vicioso—agregó Cirsus—. La espada desea sangre, el dueño se ve impulsado a matar, y así la espada cobra más fuerza...

—Pero sea como sea, la muerte curte al esgrimista—dijo Azoth.

La idea de la muerte como la modeladora sembró un nido de avispas en el estómago de Nova, sin que pudiera saber exactamente por qué. No era el hecho de matar en sí, aunque el concepto era inquietante. El impulso de sobrevivir cuando uno se encuentra al borde de la muerte, la sangre que pierde energía al dejar un cuerpo caliente, ese momento en que la hoja helada de la espada contra la piel provoca escalofríos en la nuca... Parecía relacionarse íntimamente con el asesinato que ella misma había perpetrado pocos periodos atrás. Había tenido el mismo impulso salvaje, sintió que el tiempo se aceleraba a su alrededor, como una burbuja. Sus dedos se habían sentido como navajas, y en efecto, al *rozar* el cuello Muserta, lo habían cortado con tanta precisión, tanta delicadeza, que el tajo había sido invisible por un instante, y luego su cuello se había abierto como una puerta. De alguna manera, ambos filos habían despertado la misma sensación en ella. Un ansia por más. La tentación de lo irretractable.

Recordó cómo su reflejo la había mirado en el filo de Injusticia: los ojos dos charcos de agua, las arrugas de su entrecejo como cicatrices. Había sido embriagador.

—Tal vez fuera la otra espada —Cirsus se volvió a Nova—. En las siguientes prácticas, quiero que prestes atención a Injusticia, a su energía, a su filo, a su brillo. Pero sobre todo su energía. La forma en que se desenvuelve cuando la llevas. Ahora comamos. Nos quedan siete días de trabajo duro. Después de entregar las espadas podremos dejar Lecho de Piedras.

—Nova, ¿sigues pensando en el pueblo del Hierro?—dijo Azoth.

—Sí. Según mi madre, en ese pueblo vivieron magos curadores. Su número llamó la atención de los magos de las sombras, y por eso en la guerra fue escenario de muchas batallas. Mi madre nunca creyó que todos los magos murieran en los combates. Demasiado perfecto.

—Eso no quiere decir que sigan allí—acotó Azoth.

—Puede ser —dijo Nova—. El pueblo era pequeño y muy poblado en ese entonces. Era uno de los pueblos más densos del reino. Si voy a buscar testigos de la magia de los magos de las sombras, es un buen lugar para empezar.

—Un pueblo minero, en un valle en medio de las montañas de Fuego—dijo Cirsus—. Los caminos son estrechos y se llega a ellos tras subir y bajar una cadena de montañas. Su población no emigra fácilmente —se volvió hacia Azoth—. Solía producir acero de Kriyak, hace décadas.

—¿Crees que podamos encontrar un poco?

—No creo que encontremos acero de Kriyak puro, pero podríamos buscar armas. El acero de Kriyak pierde su filo con el pasar de las décadas y requiere mantenimiento especial, pero una vez pasado este paso revive con facilidad. El filo solo se esconde, nunca se pierde.

—El pueblo albergaba magos guerreros—dijo Nova—. Buscaban contrarrestar a los hijos de las sombras, impedir que embebieran las espadas con su propia sangre, pues sabían que ni siquiera un mago curandero podría curar esas heridas.

—Es arriesgado, por decir lo menos—dijo Cirsus—. Las espadas de acero de Kriyak absorben no solo la energía de su dueño, sino la de las personas que hieren. La sangre de un mago negro afecta el carácter de tu espada.

—¿Y dices que las espadas del pueblo de Hierro se usaron para combatir a esos magos?—dijo Azoth.

—Ese sería el riesgo—dijo Cirsus—. Si encontramos acero de Kriyak, sería en espadas teñidas de sangre.

—¿Y qué sucede si son tus manos las que se tiñen de sangre de magos de las sombras?—preguntó Azoth.

Los tres se miraron, sin respuesta.

Nova se sentó frente al fuego del taller, la única luz de la habitación, y se miró en el espejo de la pared. Tal vez fuera la abundancia de navajas, espadas y cuchillos regados en mesas, paredes y estantes, como escamas de un dragón de aluminio en la oscuridad, pero sea como fuere, su rostro se asemejaba a esos metales fríos: donde antes era sonrosado y redondeado, ahora se había afilado en los pómulos y el mentón, y exhibía una palidez que los anteriores inviernos no le habían dado: un blanco azulado, despuntado de pequeñas venas, afilado en los ángulos, tal vez debido a los mangos de marfil o las hojas de acero que brillaban como vidrio pulido. Sus labios parecían haber perdido su contorno y se habían convertido en dos líneas dibujadas en un solo trazo. Miró su cuerpo en el espejo: su clavícula destacaba por encima del vestido, al menos dos tallas grande. La fiebre que había asaltado su cuerpo semanas atrás la había hecho bajar espectacularmente de peso. Los huesos se marcaban como filos de plata. El gris de sus ojos hundidos parecía negro y se confundía con sus ojeras; sus brazos desnudos se perdían entre los pliegues terrosos de la tela del vestido. Se acercó al espejo: era como ver el rostro de un familiar desconocido.

“Ya no parezco la hija de Haily”.

Recordó la última vez que había estado enferma, realmente enferma, cuatro años atrás. Haily había estado fuera del pueblo por tres días cuando, después de la cena, había sentido una sensación extraña en el estómago, como si se le estuviera retorciendo y luchando por digerir. Al principio pensó que se debía al guiso que ella misma había preparado, pero era una receta simple, con solo algunas hierbas, carnes y calabacines que tenían en la despensa. El dolor había sido tan manejable que no recordaba cómo había comenzado; sin embargo, en la noche se encontró a sí misma caminando encorvada, incapaz de erguirse por el dolor, y decidió irse a la cama temprano.

A mitad de la noche se había despertado temblando de frío, empapada en un sudor pegajoso. Nova pasó el día en cama, entrando y saliendo de un sueño agitado, con los dientes castañeándole violentamente, sin fuerzas para levantarse.

Durante los dos siguientes días se había esforzado en levantarse y comer, lo que le dio fuerzas que rápidamente parecían quemarse con la fiebre. Tenía pesadillas, estaba mareada, devolvía buena parte de lo que comía y le costaba cada vez más levantarse de la cama.

Al volver, Haily la había encontrado retorciéndose de dolor, blanca y temblando a pesar de las varias capas de cobijas sobre ella. Inmediatamente, su madre la sacó de la cama y la sumergió en agua caliente. El contacto la había hecho contraerse de dolor; sin embargo, su madre la retuvo, calentando el agua una y otra vez, por horas, mientras le preguntaba cuándo había sido la última vez que sangrara, si su orina había cambiado de color, si había tenido pesadillas o si había devuelto la cena mezclada con espuma blanca. Cuando su temperatura corporal finalmente subió, Haily la había sacado de la bañera, llevado a la cama y prendido un fuego en la chimenea de la sala mientras preparaba una poción. Más tarde volvió con una pócima rojiza, espesa, que olía a tierra y cuando Nova la probó, tenía un regusto ácido. A pesar de su sabor, el cuerpo de Nova le había dado la bienvenida desde el primer sorbo, de la misma manera en que lo hacía cuando no comían carne en semanas y un buen día podían permitirse de nuevo un trozo de carne bien sazónada, jugosa y caliente. Al recuperarse, Haily le habría explicado que se había envenenado con raíces intoxicadas con engeno, que probablemente se habían colado de entre los

alimentos de los caballos (que eran inmunes a esta toxina) y que, de no recibir un remedio, su temperatura corporal habría seguido subiendo hasta freírle el cerebro.

Nova suspiró. Sabía que su estado actual no le causaría la muerte, pero los años de experiencia con su madre le habían enseñado que un cambio en la piel o el peso, en especial si era tan evidente, tenían una causa. Haily habría sabido ponerle remedio.

Si se dejase ver por los caminos de las afueras de Lecho de Piedras, con sus cabellos de bruja y una piel que parecía helarse, no le cabía duda de que la detendrían. Ya no parecía una mujer, sino ser andrógino, salido de una cueva.

—¿Nova, qué haces aquí sola?—Azoth estaba detrás de ella.

—Hey—Nova se volvió a mirar al muchacho. A Nova le recordaba a los cervatillos que rondaban los bosques periféricos del taller, precavidos por naturaleza, pero aun incorruptos de dolor. Inteligentes para saber mantener la distancia, pero incapaces de creer que algo o alguien les haría daño a propósito. Se veía cansado, por supuesto —Cirsus y Azoth habían estado trabajando por cuatro días en los mangos de las espadas—, pero de la forma en que un muchacho se cansa. Con los párpados y los hombros, el caminar y los pies. El cansancio no se tragaba el fondo de su voz ni se quedaba con su mirada a diario; se la devolvía por algunas horas todas las mañanas, y lentamente la cubría de vidrio durante el día. Pero Azoth mantenía la boca amigable, la sonrisa pronta. Su piel mostraba cicatrices superficiales, de esas que se pasan en pocas semanas, y el cansancio parecía solo zumbar en sus párpados.

—Azoth, ¿estoy exagerando cuando me veo y pienso que parezco salida de una tumba?

Azoth arrastró una silla y se sentó a su lado. Junto a ella, la imagen de ese muchacho de trece años, de cabellos arena y ojos acaramelados resultaba chocante y destacaba aún más su piel inhumana.

—Bueno, te ves como una princesa si te comparas con la primera vez que te trajimos. No te preocupes, unos días al aire libre te harán bien. Y por aquí tu aspecto no es tan inusual, se ve mucho en los mineros. Cuando los veas entenderás lo que te digo.

—¿Has estado en las minas?

—Solo por negocios, para comprar metal para Cirsus. Ya tenemos cuatro años aquí.

—¿Cómo llegaste a trabajar con Cirsus?

—Mis padres murieron durante la guerra—dijo Azoth con una sonrisa triste—. Ya sabes que la guerra dejó ejércitos de viudas y huérfanos. Yo fui uno de ellos.

Nova se preguntó si últimamente había conocido a alguien que no vinera de una familia rota por la guerra. No pudo recodar a nadie.

—Tenemos mucha compañía—dijo Nova.

—Sí. Cirsus es otro. Tuvo menos suerte que yo. Perdió a sus padres a los cinco años, en el primer año de la guerra, pero fue recogido por un herrero y descubrió que se le daba bien. Demasiado bien. El herrero lo mantuvo como esclavo durante nueve años.

Nova, que había estado mirando la ventana, distraída, volvió de pronto la cabeza.

—¿Cirsus fue esclavo?

Azoth asintió con naturalidad.

—Durante de la guerra, muchos lo fueron.

—¿Tú lo fuiste?

—No. Mis padres eran campesinos, no soldados. Murieron después de la guerra, cuando yo tenía diez años, y fue allí cuando conocí a Cirsus. Él tenía dieciséis años, pero ya se había hecho un nombre como una promesa en la forjadura de espadas.

—No sabía que era tan conocido.

—Oh, sí. Sus mismos clientes dicen que nunca han encontrado un mejor herrero. Incluso los magos guerreros viajan a Lecho de Piedras a encargarse de sus espadas. Los pocos magos veteranos que quedan dicen que ni siquiera en las herrerías reales pueden encontrarse espadas como las de Cirsus.

—No sabía eso.

—Para decirte la verdad, es algo que nos intriga a Cirsus y a mí. El recuerda poco de sus padres, y lo que sabe no es útil. Sólo tiene recuerdos de sus padres son imágenes, momentos.



Sabe que murieron durante la guerra y lo más probable es que hayan sido soldados o guerreros, pero no podemos saberlo con certeza.

—¿No tiene familia?

—No lo sabemos. Tras la muerte de sus padres en la guerra, fue recogido por agentes del pueblo. Nada extraordinario. Se escapó del albergue a las pocas semanas. Ya sabes, pocos niños resisten el trato de esos lugares. Ni siquiera sabe en qué pueblo vivía o los nombres completos de sus padres. En el camino lo recogió el herrero.

—Un herrero no dejaría ir a alguien con el talento que dices que Cirsus tiene.

—Y no lo hizo. Cirsus lo mató.

Nova casi se cae de la silla.

—¿Qué?

—Todos aquí somos hijos de la guerra, Nova. Cirsus y yo hemos pasado cosas parecidas a las que tú viviste, aunque no las quieras decir. Los Usurpadores pueden haber desaparecido, pero su legado es más profundo que el arte o la muerte. Cuando la guerra acaba, no importa dónde estábamos antes. Todos terminamos manchados por ella.

Nova asintió despacio. A las pocas semanas de haber perdido su hogar, había matado. Quiso preguntar qué había pasado con Cirsus, pero supo que Azoth no se lo diría.

—¿Qué sabes de los Siete Usurpadores?

—Solo lo que todo el mundo sabe. Que de alguna manera se volvieron más poderosos que los magos de las sombras y empezaron a conspirar para tener la libertad que ningún mago oscuro tenía antes. Decían que la muerte era una dimensión, y que al enviar a un mortal a esa dimensión retenían su poder. Mientras más asesinaban, más peligrosos se volvían. Hasta que se convirtieron en el último pináculo de la pirámide de los magos de las sombras. La mente y organización de sus fuerzas. La guerra nació y murió con ellos. Y ha estado muerta por nueve años—bostezó—. Bueno, ya tengo hambre. ¿Vienes a cenar?

—Sí, en un momento.

Nova vio la figura cansada de Azoth abandonar la habitación y pensó en Morgan, Telur y los Usurpadores. Llevaba solo unas semanas en el taller, conviviendo con Azoth y Cirsus, y sabía que les debía un favor. Pero contarles lo que sabía no contaba como un pago, ni mucho menos. Hasta donde se sabía, los Siete Usurpadores se seguían considerando largamente muertos. Sí, lo mejor que podía hacer era dejar a los herreros de lado y que siguiesen con sus vidas. Para ella era diferente.

“Y me veo diferente”.

Años atrás un minero se había caído a un pozo y roto una pierna. Como no tenía dinero lo habían llevado con Haily. A Nova la había impresionado su color, que le recordaba a los peces del río de Etrai, blanco y fríos. Había escuchado lo que les pasaba. Intoxicación por getano, inhalación de gases residuales, falta de calor y de vitaminas por la vida bajo los suelos. El getano les estrechaba los pulmones, el frío les secaba los huesos, la falta del sol les restaba lentamente la resistencia a la luz, y con el tiempo, los incapacitaba para trabajar en los campos o al aire libre, es decir, prácticamente cualquier otro trabajo.

Pero nada de eso les pasaba a las mujeres. Su presencia en las minas se consideraba de mala suerte; los ponía en cuarentena como la vista de sangre en la tos, y sus fuerzas eran consideradas inútiles para el trabajo de hombres, a pesar de que muchos niños de diez o doce años ya trabajaban en las minas.

Nova tomó su cabello, que aun atado en una coleta le llegaba hasta las caderas, y una navaja de la mesa. De un solo tajo el acero de Kriyak la liberó del peso y de buena parte de su sexo. Se miró al espejo. Su delgadez había endurecido sus formas femeninas, sus pómulos eran dos dunas de sal, y su cabello terminaba bruscamente en los lóbulos de sus oídos. Tomó mechones de su cabello y les dio diferentes largos, en capas descuidadas, como había visto hacer a los hombres de su pueblo. Al levantar la vista se encontró con una imagen andrógina e incluso común en los alrededores. Ya no parecía una bruja posesa, de ojos muertos y labios de reptil, sino un joven minero, enfermo de cal, en lenta agonía. Entornó los ojos y tras darse una segunda mirada, su reflejo le devolvió una sonrisa cómplice.

## Capítulo 10

Los días de Nova ya se estaban empezando a replicar, uno tras otro, sin que ella misma lo notara. Despertaba siempre al amanecer, cuando Cirsus abría su puerta (sin un “con permiso”) para anunciarle que era hora de entrenar. Tenía sólo unos momentos para echarse agua fría en la cara, vestirse (pantalones de lana, camisa de arpillera, capa de piel y botas de cuero), mojar un pedazo de pan en leche y encontrar a Cirsus en el taller. Cuando lo alcanzaba, Cirsus le permitía elegir su propia espada, e incluso, durante los entrenamientos, le señalaba las fortalezas del arma elegida.

Había nevado la noche anterior, pero el blanco ya había empezado a perder su dureza sobre el lodo resbaloso. Era como si el frío que la acompañara desde la noche en que dejó la torre Este empezara a recogerse bajo su piel, no totalmente ausente, pero dispuesto a dejar que los vientos verdes, le diera un descanso. Aunque sabía que llegaría el día en que buscaría a Morgan y los Siete Usurpadores, el invierno le había enseñado a retraerse.

Nova decidió cambiar su usual espada de mango de marfil y hoja ligera por una más larga, de forma ligeramente circular. No era un tipo de arma muy común en Etrai, pero su peso la pareció una buena transición entre la espada que había estado usando y otra de mango negro, muy hermosa, de aspecto peligroso y pesado que había llamado su atención durante los últimos días. Sin embargo, durante el entrenamiento, se dio cuenta de que tenía dificultades posicionándola contra Cirsus.

—Con esta espada me siento lenta—comentó Nova.

—El sable te está pidiendo un caballo—dijo Cirsus—. Su forma está pensada para cortar a profundidad, sin estancarse, en pleno combate. Si utilizaras a Medianoche, sentirías la ventaja. No es mala idea que te vayas familiarizando con él, de todos modos.

Como Cirsus no había tenido nuevos viajes, habían practicado todos los días. Ese día, Nova había terminado quitándose la capa, húmeda de sudor. Tenía una nueva guarnición de callos en la base de los dedos y estaba famélica, pero se sentía vigorizada por el nuevo

entendimiento de lo que una espada, su forma, su peso, su diseño podían hacer: una espada de hoja corta era ideal para viajes largos, puesto que ningún esgrimista que se preciara se separaría de su espada en los caminos; una espada de hoja larga y pesada era por supuesto la más poderosa, si el dueño era grande o fuerte, pero se tornaba en una enorme desventaja para jóvenes poco instruidos o caballeros de poco peso; una espada de doble filo era siempre conveniente, y en un esgrimista hábil y rápido, era un arma letal; una espada de hoja delgada era mejor para un espadachín de poca fuerza, pues no debía ejercer demasiada presión para dar el corte. Para ella, Nova, una espada de ligera, de doble filo y de ligera curvatura parecía la mejor opción, pero Cirsus volvió a recalcar: “No te olvides del puñal escondido”.

Eso habría hecho Nova de contar con varias dagas, o con una sola. Pero estaba en bancarrota. Desde la muerte de su madre y su huida de la torre Este de Etrai, sin más posesiones que Medianoche y una bata de dormir, no se había hecho con más que un cuchillo, un único par de botas, una capa de piel y dos juegos de camisas y pantalones. Cuando pensaba en hacerse con más, le llegaba a la mente en el momento en el que inevitablemente dejaría Lecho de Piedras, con solo el lomo de Medianoche para llevarla.

—Ese corte de pelo te ayuda mucho—dijo Cirsus al terminar de entrenar—. Si engrosas un poco la voz, pasas por un muchacho. ¿Por qué no intentas salir al pueblo? Ganaras confianza. Además, se nos está acabando la comida.

Nova no había salido más allá del perímetro del taller en semanas y la idea la hizo sentirse de pronto emocionada.

—No se me ocurre qué podría salir mal.

—Pan, carne, carbón, queso—le alargó unas monedas—. Si queda algo, traes más comida. Y no sería mala idea que te llevaras una espada.

Nova sólo tuvo que poner a Medianoche a medio galope por algunos bloques de casas y talleres para llegar a un sendero que desembocaba en el mercado. El taller-casa de Cirsus y Azoth se encontraba en la periferia de la ciudad, en los lindes de los bosques, pero cerca de uno de los mercados más grandes. Calle abajo, las casas de adobe no se diferenciaban mucho de los

diferentes talleres que salpicaban la calle —herrerías, carpinterías, sastres, zapateros— excepto en el hecho de tener un cartel o una puerta siempre abierta. El rastro de las últimas nevadas se había derretido casi por completo; solo algunos parches de diamante adornaban los caminos y los dotaban de un brillo cristalino.

Las calles parecían renacer con la llegada de la primavera. Al principio fueron solo grupos apartados de personas, en carreta, caballo o a pie: familias disfrutando del clima, o campesinos en busca de ofertas de semillas que plantarían en las siguientes semanas. Pero conforme se acercaba al mercado, la multitud creció hasta tal punto que prefirió desmontar y llevar a Medianoche de las riendas. El caballo se mantuvo dócil y siguió a su dueña, pero con cierto nerviosismo, la piel de su cuello crispándose y temblando cuando la gente pasaba a su lado, las patas escarbando de cuando en cuando la tierra.

Mientras más avanzaba, más se adentraba en la tarde de mercado: de las esquinas de las calles surgían grupos más numerosos de personas que hablaban en voz tan alta que casi gritaban por encima de las multitudes. Nova, que había vivido toda su vida en las afueras del pequeño pueblo de Etrai, empezó a sentirse incómoda. Al girar la cabeza vio un hombre solitario y encapuchado, caminando justo a sus espaldas. Su capa era larga y oscura, muy parecida a las que los Usurpadores y sus magos llevaban la noche en que atacaron la torre Este, como alas de murciélagos rasgando el aire. Sin darse cuenta, Nova había inclinado la cabeza. Cuando el hombre volteó, mostró un rostro de facciones anchas y abiertas, rojo por el sol.

Vamos, tenía que controlarse. La visión de hombres encapuchados le sembraba un nido de avispas en el estómago. En cada rostro oculto veía los ojos púrpuras y la piel incolora de los Usurpadores. En cada capa veía oculta una daga de acero negro. Dios, así no iba a enfrentar a nadie.

Sin pensarlo, se había dirigido a una pareja de muchachos que caminaba cerca de ella.

—¿Hay una biblioteca en la ciudad?

—Mmm, me parece que hay una en el monasterio.

Nova hizo dar la vuelta a su caballo. El monasterio del Dios de los Ríos, que regía Lecho de Piedras y otra mano de ciudades y pueblos del noreste de los Nueve Reinos, se encontraba en el centro de la ciudad.

Cuando Cirsus sacó de la fragua la última hoja de acero de Kriyak, negra y brillante como petróleo hirviente, casi se dejó traicionar por un suspiro. Estaba lista. Dios, sabía que el acero de Kriyak era escaso, pero la búsqueda le había mostrado que solo quedaba acero para unos años más de trabajo, diez como máximo, y luego, a menos que se descubriesen nuevas minas, solo quedaría el acero de las armas ya forjadas. Era pronto. No se lo esperaba.

Había sido un error estúpido firmar un documento con su sangre sin estar seguro de los materiales. Habían pasado un par de años desde que tuviera que hacerse con este acero en especial —las espadas de acero de Kriyak eran nueve veces más caras que espadas elaboradas con acero de alta calidad— y no se había percatado de la escasez. ¡Qué idiota! ¿Qué forjador de espadas no estaba al tanto del mercado del acero?

—¿Ya está lista?—dijo Azoth, que acababa de entrar a revisar el fuego.

—La acabo de sacar. En unos minutos más nos mostrará su brillo.

—Déjame verla—Azoth se acercó a la espada, que descansaba sobre una plancha de metal sobre hielo—. Guau. Preciosa.

—La espada más cara que hecho en todos mis años de herrero.

Azoth soltó una risa forzada.

—Vamos. Hemos tenido malos días y dormido a la intemperie, pero pudo haber sido peor.

—Mucho peor.

—¿A qué te refieres?

—Ambos firmamos un documento con nuestra sangre. Pudo habernos privado del dominio de nuestro cuerpo, de nuestra libertad, del equilibrio de nuestra mente... ¿Sabes lo que les pasa a quienes traicionan a los magos de las sombras?

Azoth se tapó la boca con la mano.

—No.

—Azoth, eres tan estúpido como leal. Si no cumples, ellos tienen tu esencia. Pueden torturarte, incapacitarte, dañar tu mente. Es como poseer una pequeña muestra de tu cuerpo.

—De acuerdo. No necesito más detalles, gracias. Pero ya tenemos las espadas. No hay nada de qué preocuparnos.

—No, claro que no —dijo Cirsus. Pero una rara tensión invadió labios cuando sonrió—. De acuerdo, vamos a darle una mirada.

Azoth sacó la espada de la lámina de metal y se la dio a Cirsus, quien la empuñó contra la luz de la ventana. Los rayos del sol jugaron en su hoja. Se sentía maciza, fuerte, y era una buena señal. En el forjamiento del núcleo de las espadas —una aleación de diamante, oro, platino y por supuesto, acero de Kriyak— no habían desperdiciado más insumos de los estrictamente necesarios, y gracias a ello se había logrado un uso total del escaso acero de Kriyak que entre él y Azoth habían conseguido. La hoja, antes inerte, parecía despertar y desplegar sus bordes con un filo tan agudo que Cirsus casi podía escucharlo sisear.

—Tiene mucho poder—dijo Azoth en voz baja.

Cirsus asintió. La espada reposaba en sus manos, pero su energía bailaba exultante desde el núcleo y a lo largo de su filo.

—Nos saliste belicosa, belleza. No puedes esperar a probar sangre, ¿verdad?

El brillo afilado de la espada le devolvió su reflejo.

Nova tiró de las riendas de Medianoche y dudó en bajar de su lomo. ¿Sería este el lugar? No parecía un monasterio. Era un edificio alto, pero carecía de la imponencia que había visto en el monasterio de Etrai: de varios pisos de alto, anchos muros de piedra viva, portales de roble viejo y rejas oxidadas en sus partes más altas. Esta construcción, aunque hecha de roca, tenía solo dos pisos y una entrada baja, pero ancha, de madera. Los jardines a su alrededor estaban quemados por el frío y la nieve, y carecían del aire de reclusión y aislamiento del monasterio

de Etrai. Acercó a Medianoche al portal y leyó en la entrada: “El río fluye en las aguas profundas, incluso cuando nieva”. Y el ícono del Dios del Río, un tritón de dos cabezas.

Después de dejar a Medianoche en los establos del monasterio, abrió la puerta del edificio. El recinto era un amplio pasaje esculpido en roca viva, sin más iluminación que algunos candelabros empotrados en las paredes, embebido de un olor a polvo, tierra e incienso. Dos jóvenes monjes, de túnicas rojizas y largos cabellos en cola, caminaban lado a lado con un libro abierto en las manos. Tomaron una escalera lateral que descendía a un piso bajo tierra y Nova les siguió a corta distancia.

La escalera llegaba a un piso bajo, amplio como una cueva, abierto y mucho más grande de lo que el edificio de la superficie daba a entender. Eso era. El monasterio sí tenía la imponencia del monasterio de Etrai, pero como el río, su mayor volumen se encontraba bajo su superficie. Y claramente, la biblioteca era uno de los recintos más importantes. Estaba amoblada con altísimos estantes, escaleras de mano, largas mesas de trabajo, sillas de madera maciza e incluso sillones de cuero añejado. La biblioteca estaba ocupada mayormente por monjes, pero Nova también se fijó en que había al menos un par de personas externas: dos hombres de mediana edad y aspecto próspero, de cabellos largos y entrecanos, pañalones de mezclilla y botas de cuero de calidad. La miraban, y seguro con motivo. ¿Por qué un muchacho del pueblo se metería en la biblioteca? Supuestamente ni siquiera sabía leer. Pero ya estaba allí, y no iba a irse.

Se paseó por los estantes. ¿Qué tenía que buscar? ¿Un libro sobre cómo matar a los hijos de las sombras? ¿La historia de los Usurpadores? Probablemente tendría que empezar con algo más básico, y partir de allí.

Solo para tener un punto de inicio se acercó al primer pasillo después de la escalera. El estante rezaba “Geografía de Lecho de Piedras”. El siguiente pasillo decía “Filosofía de la Región Nor-Noreste”. Llegó a “Historia de los Nueve Reinos” y se detuvo. ¿Contaría la historia las primeras visiones de los sombríos?



Se paseó por los estantes leyendo títulos. “El Reinado de Gruti, el Guerrero de los Bosques”; “La Corte en el Segundo Reino”; “Los Sacerdotes del Dios de la Muerte”; “Mitos y Leyendas de los Nueve Reinos”. Tomó el libro y se apoyó en el estante para hojearlo. Entre las historias encontró una que llamo la atención “Orígenes de la Magia en los Nueve Reinos”.

“Los magos de la luz, quienes se llaman a sí mismos “los hijos del trueno”, también son mortales, pero sus cuerpos poseen una energía diferente a la de la población corriente. La magia tiene orígenes oscuros, pues surgió de la necesidad de apropiarse del poder de la forma más rápida y efectiva, el asesinato. Aunque actualmente la magia de la luz es la única permitida, ésta nació de la magia oscura. Su poder es más controlado, purificado, pero también menos intenso. La magia original es visceral y subconsciente, proviene de la ambición y afán de poder, pero también de la desesperación y se alimenta del terror.

“Las crónicas cuentan que las primeras actividades mágicas surgieron en la población aledaña a Montaña de Cal, durante sus enfrentamientos con la comunidad del valle de las Montañas de Arena, en el año 10 del rey de la dinastía Segunda; es decir, cerca de novecientos años antes del reinado de nuestro regente, Hutron IV, El Reconstructor.

“Los enfrentamientos entre las dos poblaciones comenzaron cuando los pobladores del valle de Arena descubrieron una mina virgen de Acero de Kriyak en las tierras límites entre ambas poblaciones. Aunque esta zona era políticamente parte de Cal, geográficamente era más accesible por los pobladores de las Arenas, a solo dos días a caballo a través de una planicie, por lo que los arenienses la atravesaban libremente.

“Con los años, el crecimiento de Arenas llamó la atención de los calenses, quienes no tardaron en encontrar a causa de la bonanza. Enfurecido, el regidor de Cal intentó cercar la mina colocando soldados en las afueras, pero estos fueron ahuyentados pocos días después por las fuerzas arenienses. El regidor areniense, como venganza, rodeó las minas con setenta soldados y dispersó otros treinta por los caminos, declarando el territorio como propio.

“La situación y posesión de las minas no cambió por años. Mientras tanto, Cal se empobrecía debido a la fuga de sus hombres más fuertes, quienes no tardaron en unirse a las

minas de Arenas. Las mujeres calenses fueron ser perseguidas por la población de Arenas, incapacitadas de trabajar en los campos solas o de dejar el pueblo sin la compañía de un hombre. Las jóvenes eran incluso secuestradas y llevadas a Arenas para ser convertidas en esclavas. Mientras tanto, Arenas crecía y los negocios relacionados con el Acero de Kriyak se multiplicaron y atraieron nuevas inversiones. En esos años, la población de Arenas creció de cuatrocientos a mil trescientos habitantes.

“Pero no todos los calenses huyeron o fueron secuestrados; hubo incluso algunas mujeres que lograron escapar de Arenas. Muchos calenses permanecieron en el pueblo y empezaron a planear la forma de recuperar lo que se les había robado. La única forma de hacerlo era deshaciéndose de las fuerzas arenenses, que los superaban en un promedio de cuatro hombres a uno, y que además contaban con espadas, lanzas y escudos, mientras que los calenses sólo tenían picas y palas. Sin embargo, la solución llegó cuando Cal atravesaba su momento más crítico.

“Cal se encontraba junto a un cruce de caminos que conectaban dos grandes regiones de los nueve reinos, y aunque no muchos viajeros permanecían en Cal, a causa de la aridez de sus tierras, este pueblo se caracterizaba por la presencia ancestral de diversas castas extranjeras. Una de ellas era la raza cañí. El pueblo cañí había sido nómada por cientos de años, y sus tradiciones se pasaban de padres a hijos. Los cañí, hombres y mujeres de piel aceitunada y ojos profundos tenían una historia de secretos y recetas para curar heridas, enamorar a los hombres y llamar a la diosa de la fertilidad. Sin embargo, también tenían maneras de vengarse de las traiciones, llamar a las enfermedades y castigar las mentes y cuerpos de sus enemigos con solo unas gotas de su sangre, cabello o saliva. Los cañís habían mantenido un inmenso secretismo en lo concerniente a sus conocimientos mágicos, y lo habrían seguido haciendo, de no ser por un evento que las obligó a hablar.

“Kara era la mujer más hermosa de la región. Su madre era cañí y su padre calense, y había heredado los labios bulbosos, el cabello brillante como el lodo y la piel aceitunada de su madre, junto con la energía y ojos verdes de su padre. Su padre la había prometido al hijo del

mayor terrateniente de la ciudad-puerto de Migerte, y la unión estaba planeada para cuando Kara cumpliera los quince años, a comienzos de la primavera.

“Sin embargo, a finales del otoño, solo unos meses antes de celebrare la unión, los arenienses atacaron a la familia de Kara cuando se dirigían a comprar los ajuares de la novia en el pueblo vecino. El padre de Kara fue muerto con una lanza en la cabeza y su madre torturada y violada hasta perder la consciencia. Kara fue llevada a Arenas, y esa misma noche se le obligó a contraer nupcias con el regidor del pueblo, quien la violó inmediatamente después de la boda.

“Sin embargo, la madre de Kara sobrevivió y logró regresar a Cal. Una vez allí se reunió con los cañí y tras horas de discusión, logró convencerlos de que la única manera de vencer a Arenas, cobrar venganza y recuperar la seguridad era compartir sus conocimientos y enseñar sus habilidades a los pobladores de Cal.

“Aunque los métodos utilizados por los cañís permanecen en secreto, se sabe que instruyeron a noventa y nueve mujeres y hombres lo suficiente jóvenes y fuertes para llevar la carga emocional y mental que el entendimiento de esta sabiduría suponía. Las reuniones se realizaban incluso a espaldas del regidor de Cal, en diferentes casas del pueblo, siempre en horas de la noche. Durante estas reuniones, que se realizaron a lo largo de meses, los pobladores de Cal fueron instruidos en el arte de la muerte, la delicadeza del cuerpo humano, la complejidad de la mente y la premisa de que la venganza era sinónimo de justicia. Las crónicas calenses dicen que este grupo de hombres y mujeres aprendieron a preparar pociones, desvanecerse entre las sombras, manejar sangre, manipular la mente enemiga, e hicieron un voto de no revelar nunca los secretos de los cañí a nadie más que a sus hijas e hijos. Así la tradición se mantendría.

“Al iniciarse la temporada de tormentas, los calenses se dirigieron a Arenas. Las crónicas del pueblo dicen que aunque el viaje debía durar doce días, atravesando las montañas, sus nuevas habilidades les permitieron atravesar la cadena montañosa en cuatro días, y llegaron a Arenas antes de que luna cambiase de perfil. Al llegar a Arenas, se dividieron en grupos, rodearon el pueblo y se introdujeron en las casas de los guerreros durmientes. Al amanecer, se reunieron

nuevamente en las afueras del pueblo, sin una sola pérdida, sin que en el pueblo se hubiese escuchado un solo grito ni prendido un solo fuego.

“A la mañana siguiente, los soldados de Arena fueron encontrados muertos en sus camas sin que nadie, ni siquiera sus esposas, pudiesen explicar lo que les había pasado. Incluso los antiguos pobladores calenses, tanto mineros como soldados, habían dejado de existir. La mayoría de ellos habían sido degollados, sus pechos heridos por tajos hondos y limpios como cañones, pero hubo algunos casos en los que sus corazones parecían haber sido arrancados de sus pechos, abiertos como cráteres activos, por una fuerza sobrehumana. Y un tercer grupo, más reducido y misterioso, había muerto sin causas aparentes, sin heridas, sin marcas de asfixia, como si sus cuerpos hubiesen simplemente dejado de funcionar; su piel azulada invadida por un frío inusual, profundo, como si sus dueños hubiesen pasado la noche en la nieve de las montañas; como si el fuego de sus vidas hubiese sido de pronto extinto por una mano de hielo.

“Solo los guerreros que estaban de guardia en la mina sobrevivieron a lo que los arenienses llamaron “la noche lívida”. Sin embargo, durante las noches siguientes, muchos de los guardias siguieron la misma suerte: tras dirigirse a sus casas y dormir con sus esposas, los soldados no volvían a ver la luz del día. Sus gargantas amanecían rajadas, sus corazones arrancados, su piel azulada y cristalina como diamantes congelados. Los últimos soldados vivos estaban tan aterrorizados ante la idea de irse a dormir que huyeron de Arenas, y nunca se supo qué fue de ellos.

“A la séptima noche después de la noche lívida, las minas de Arenas fueron tomadas por un grupo de hombres y mujeres calenses, quienes no encontraron guardianes ni soldados en sus entradas. En pocas semanas, las minas regresaron a propiedad de Cal, y en el transcurso de un año, los negocios y la población calenese se recuperaron. Por su parte, Arenas nunca trató de recuperar las minas y se hundió en la crisis que significaba carecer de fuerzas para cultivar los campos ni población masculina suficiente para asegurar la sobrevivencia del pueblo. Durante las décadas siguientes, Arenas fue perdiendo presencia y actividad, hasta que finalmente se convirtió

en un pueblo abandonado, una parada para viajeros en busca de techo, olvidada y perdida en un rincón de los Nueve Reinos.

“Sin embargo, a Cal no le fue tan bien como esperaba. Las mujeres y hombres cañí que habían violado el código sagrado de su casta y compartido sus secretos con los calenses encontraron la muerte durante los años siguientes, tanto por enfermedad como por accidentes, con lo que en pocas décadas, la población cañí de Cal se diezmó. Al notar un patrón, los cañí abandonaron Cal y empezaron a deambular por los Nueve Reinos. Los calenses que habían sido instruidos en las artes cañí los siguieron poco después, pues a pesar de la riqueza de las minas, habían encontrado algo más importante: la habilidad para manipular su destino y el de sus enemigos. Estos calenses se dispersaron en los Nueve Reinos, se convirtieron en guerreros y líderes, reyes y sacerdotes, tuvieron hijos y dispersaron el conocimiento a través de su sangre.

“Cal se mantuvo vivo por varios siglos más, hasta que la actividad minera empezó a decaer lentamente y con los años, este pueblo también fue abandonado y enterrado bajo capas de tierra. Así, existen varios puntos donde se cree que reposan para siempre Cal y Arenas, si bien nunca se ha podido comprobar”.

Nova hojeó el libro buscando más información. Nada. El resto del libro trataba de los orígenes de otras etnias, si bien los cañí no volvían a ser mencionados. Se trataba básicamente de una antología de leyendas y mitos recolectados en diversos rincones de los Reinos. No era una fuente especialmente confiable, pero era un comienzo.

Cuando salió de la biblioteca, las únicas luces en la calle eran las que le llegaban a través de las ventanas de algunas casas, pero por lo demás, las calles estaban sumergidas en la noche. Del establo del monasterio, un edificio amplio —albergaba tanto los caballos del monasterio como los de los visitantes— le llegaban de cuando en cuando voces distorsionadas, retazos de conversaciones, risas lejanas. Estaba doblando una esquina cuando vio que a varios pasos de distancia caminaban varios hombres encapuchados en su dirección. Antes de saber por qué, las avispas en su estómago la hicieron dar media vuelta, de modo que la calle la ocultase, y correr hacia la otra esquina, detrás de un árbol.

Al asomarse, la vista del grupo de hombres le erizó los vellos de la nuca. Eran tres, no siente, y no eran los Usurpadores, pero si de algo estaba segura, era que no eran personas normales. No eran campesinos, carpinteros o comerciantes. Eran hijos de las sombras. Nova lo supo con solo poner sus ojos en ellos. Lo supo por la manera en que caminaban, su aura de poder—como el aura de un felino—, impregnada en su piel, casi como la vibración de un temblor. Lo supo por la manera en que trataban de cubrirse para pasar por gente común, por la autoridad de sus voces susurrantes. Para un ciudadano de Lecho de Piedras, podrían haber pasado por nobles, sacerdotes o guerreros. Pero para una hija de magos, acostumbrada al poder de su presencia, su inquietante energía desbordaba como vapor hirviente, e igual de peligrosa.

Los sombríos se detuvieron frente al monasterio e ingresaron en silencio. Nova tomó tierra del suelo y se la echó en la cara y el pelo corto, que pasó a despeinar sobre sus ojos. Se cubrió el cuerpo con la capa, como un viajero cansado y con frío, y regresó al monasterio, detrás de los magos.

Al entrar, vio sus sombras a pocos pasos delante de ella. Caminaban en silencio. Pasaron el recibidor y bajaron a la biblioteca. Así que buscaban información. ¿Sobre qué? Nova sintió el nudo del miedo ajustándole el estómago, pero sintió también una cierta emoción que la empujaba a avanzar: la euforia.

La biblioteca estaba desierta a excepción de un puñado de monjes que leían en los estantes de ayuda, probablemente demasiado encapsulados en su lectura como para interesarse en lo que pasaba. Pero los sombríos no se quedaron en el primer piso. Tomaron una escalera que Nova no había visto, pequeña y en las sombras de un rincón, y descendieron por ella. Nova se acercó a ella y se asomó. Solo le llegaron oscuridad y resonar de botas contra el suelo de madera desde la oscuridad.

En el siguiente nivel, el aire estaba más cargado. Olía a polvo y a guardado, como una caja de madera abierta después de años. Se quedó quieta hasta que escuchó las voces de los magos, que seguían su camino y salían de la habitación. Al seguirlos se encontró con un pasillo

en sombras que daba a varias habitaciones más pequeñas, iluminadas por antorchas débiles y dispersas.

El corazón se agitaba en su pecho como un tigre enjaulado. Estaba sola, en la oscuridad, siguiendo a tres hechiceros del arte de la muerte. En los pasillos ya no había nadie, y no le llegaba ningún sonido externo. Era como si el mundo solo la albergase a ella y a tres asesinos. Ni siquiera podía hacerse con una vela.

Los hijos de las sombras se detuvieron frente a una habitación cerrada. Uno de ellos sacó una navaja y forzó la puerta hasta que se abrió con un sonoro crac. Ingresaron a una habitación y cerraron la puerta. Nova se detuvo y al notar que el sonido llegaba por el resquicio, se sentó a escuchar.

—¿Dónde dices que está?—dijo una voz masculina.

—Estante vigésimo primero, penúltimo desde abajo—contestó otro hombre.

—Mmmm, sí. Aquí.

—*Galaker diz!* Ese libro tiene ciento ochenta y dos años—dijo una tercera voz.

—Prende una vela entonces. No veo la mesa.

—Por aquí.

—¡Cuidado, *kreketz!* ¿Quieres que te escuchen?

—No les interesa. La guerra ha acabado, por lo que a ellos concierne. La magia que queda en los Nueve Reinos es legal. Limitada, manipulada.

—Exacto. Nadie que maneje magia legal leería este libro.

—Los estudiosos sí.

—¿Para que querría nadie estudiar un hechizo como este?

—Si te das prisa en copiarlo, no necesitaremos pensar en una excusa.

—¿Quieres robar el libro, idiota? ¿Quieres que te pase lo mismo que a Nubi?

—Detente—la voz del mago siseaba.

—No, detente tú. Y deja de distraerme.

—*¡Haegetz siz temet!* —exclamó el tercer sombrío—. Me aburren sus disputas resentidas. Tienen el poder de controlar mentes y cuerpos, y aun así, discuten como dos adolescentes por una muchacha. Basta.

—Acércame más la vela—dijo la primera voz, tras breve silencio.

—¿Ya está?

—Ya casi. Esta palabra está borrosa... listo.

Nova se levantó y retrocedió. En la oscuridad, el roce de sus botas era ensordecedor. ¿Cómo no la oían? Lo que era peor, tenía que esconderse, ya. Giró la cabeza y vio varias puertas. Tanteó en la oscuridad. Cerrada. Las voces de los magos se hicieron más fuertes. Otra puerta. Empujó y chirrió. Maldición. La siguiente puerta estaba entreabierta. Se deslizó en el resquicio y se ocultó detrás, justo a tiempo para escuchar otra puerta abrirse.

En la oscuridad, el sonido de botas resonó sobre la madera como golpes de martillo. Las respiraciones de los sombríos se sentían en el aire y se preguntó si podrían escuchar la suya. Mantuvo el aliento y se pegó contra la pared, tratando de ser una con ella. Los pasos se acercaron y pasaron, se alejaron en el pasillo. Nova acercó la cabeza a la puerta para escucharlos subir las escaleras. Pasos en los peldaños, apresúrate y esconde ese papel. ¿A qué hora debemos encontrar...? Cuidado con el viejo, es mejor que nos vea en el primer piso. No se te ocurra matarlo aquí adentro...

Nova asomó la cabeza siguiendo el sonido, pero no vio nada. Las voces alcanzaron el piso superior. Sus pasos en el pasillo hicieron eco contra el recóndito muro. Subió la escalera como si estuviese hecha de arcilla. El brillo de una vela, suave como luz de luciérnaga, le indicaba el camino arriba. Asomó la cabeza en el primer piso. La habitación estaba vacía y solo quedaba una antorcha encendida. Al pasar por los estantes vio que los puestos de los monjes y bibliotecarios se encontraban desiertos.

Al asomarse afuera, el viento soplaba entre las hojas de los árboles y contra las ventanas, agudo como el aullido de los lobos. Maldición, habría tormenta. ¿Qué hacer? La lluvia y los truenos no ayudarían a seguirles el rastro.



La puerta de la habitación donde habían estado los sombríos permanecería invitadoramente abierta. Pronto su cerradura sería arreglada y quedaría fuera de su alcance. Estante vigésimo primero, penúltimo desde abajo. Antes de pensarlo ya había rehecho su camino al piso subterráneo y encontrado la puerta rota sin problemas. La habitación era amplia, alargada y abovedada. Una amplia ventana daba una gran vista a la naciente tormenta, y le brindaba cierta luz. Contó los estantes, llegó al vigésimo primero y se arrodilló. Había al menos treinta libros allí, y los títulos eran inquietantes. “La magia negra primitiva”; “Los rituales de la muerte”; “Los poderes de la sangre viva”; “Potencializando hechizos en la noche”; “La locura como disolvente del enemigo” Tuvo que sentarse. Dios mío, qué conjunto de ideas.

Pero ninguno mencionaba hechizos. Sus manos se dirigieron al estante y recogieron un libro delgado, de páginas apergaminadas y apolilladas. “Manipulación: del cuerpo a la mente”. Era un comienzo tan bueno como cualquiera. No había índice.

“En sus inicios, la magia oscura fue un instrumento de venganza. En las etnias nómadas del sur de los Reinos, la mente era considerada el catalizador de muchas enfermedades nerviosas”.

El texto profundizaba en los síntomas de las enfermedades y en la manera en que una mente enferma podía magnificarlas. Hablaba del miedo, la tristeza y el vacío que tomaban la fuerza del cuerpo lo convertían en caldo de cultivo para otras enfermedades. Nova sabía algo de estas ideas debido a su madre, quien no solo calmaba su cuerpo cuando estaba enferma, sino que solía ocuparse de los miedos y ansiedades de sus pacientes mientras trataba su enfermedad.

Devolvió el texto al estante y retiró otro. “El dolor como conductor de las sombras”. Trataba de la hipersensibilidad de los cuerpos en agonía y cómo su energía irradiaba de ellos, hacia su asesino, con mayor facilidad y rapidez. Pero no había hechizos. Al menos podía acelerar el proceso de lectura.

Los siguientes libros cruzaban mucha información. Algunas historias ancestrales de la magia negra. Historias aparentemente verídicas sobre hechizos, pero sin los pormenores de cómo fueron realizados. Tratados el cuerpo humano y su relación con el ambiente. Gráficas y

diagramas de cámaras subterráneas, pensadas para maximizar la energía de las sombras. Demonios. Empezaba a aburrirse. Estaba cansada y hambrienta, y se le hacía difícil leer a la luz de la luna y de los eventuales relámpagos que ingresaba por la ventana. Pero nunca tendría otra oportunidad semejante para indagar en los secretos de los magos de las sombras.

El siguiente libro era pequeño, pero grueso. Viejo como los demás, pero el título captó su atención. “Consecuencias de los hechizos en la mente del mago”. Hechizos.

“La magia, de la luz o de las sombras, se cataliza a través de la consciencia y requiere una importante cantidad de energía del mago. Por ello, antes de formular un hechizo, se recomienda contar con albergue, comida y la posibilidad de descansar. Los hechizos que requieran de una mayor cantidad de energía —ya sea porque el impacto en la persona u objeto debe ser contundente o duradero— requerirán un periodo de descanso que puede durar entre varias horas y varios días, dependiendo del hechizo y del mago”.

La escalera crujió bajo el sonido de pasos. Nova devolvió el libro al estante y se asomó. Un hombre bajaba las escaleras. Se internó en la habitación, entre los estantes, y se escondió en la zona más alejada de la ventana, entre dos de las decenas de estantes. Maldición, ¿ahora qué?

—Alguien rompió la cerradura—aunque la voz masculina era desconocida, Nova pudo sentir la inflexión de la ansiedad en ella. ¿Eran acaso tan importantes esos libros?

—¿No estaba así?

—Claro que no.

El ruido de pasos cesó. La lluvia afuera parecía tomar más fuerza.

—¿Cuándo?

—Hoy, por supuesto.

—Llama al maestro de llaves.

—Voy—la voz del segundo hombre se alejaba—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Asegurarme de que las otras cerraduras no han sido violentadas. Y voy a llamar a los guardias. Hay que cerrar este piso.

Nova se hizo un ovillo en el rincón formado entre dos paredes. Luego escuchó pasos salir de la habitación. ¿Qué hacer? No podía salir al pasillo. No se quedaría solo de nuevo. Y luego empezarían a registrar todas las habitaciones.

Miró a su alrededor. No había otras puertas. La lluvia se traslucía a través del cristal de la ventana. La ventana. ¿Podía ser? La habitación seguía vacía. Probablemente los guardias estaban revisando el pasillo y las otras estancias.

En la habitación, además de los altos y largos estantes que contenían los libros, había algunas mesas de madera. Nova cerró la puerta y empujó la mesa más cercana contra ella. Era pesada, maciza. El ruido de la lluvia y los truenos amortiguaba el del roce de la mesa contra el suelo robusto.

La segunda mesa se encontraba a varios pasos de distancia, y era un poco más pesada. Aunque se apoyó contra la mesa y enterró los pies en el suelo, la mesa apenas y se movió. Maldición.

La lluvia y el viento encubrían los ruidos del pasillo. “Espero que tus espadas sean tan buenas como dices, Cirsus”. Nova sacó la espada. No era su favorita, de mango fuerte, negro, y hoja liviana. No estaba elaborada con acero de Kriyak, pero la hoja era fina y plateada, una aleación de acero y platino que según Azoth, era muy cortante. El filo destellaba contra la ventana. Se subió a un estante sujetándose con una mano, mientras que con la otra sostenía la espada. Luego estrelló el mango contra el cristal. La tormenta no amortiguó el estruendo. Golpes aporreando la puerta.

—¡Abra la puerta!

Maldita sea.

Los golpes resonaban contra los estantes como un tambor de piel. La mesa empezó a temblar contra la puerta. Se asomó por la ventana. Era tan alta como dos hombres. Dios, se iba a quebrar una pierna. Nova se bajó la capucha sobre el rostro, apartó la cara lo más posible de la ventana y estrelló el mango de la espada contra los restos de cristal, que saltaron a la noche.

Aún quedaban trozos de cristal estancados en la ventana, pero la mesa ya dejaba ver un resquicio y dos rostros a oscuras. Era ahora. Sacó medio cuerpo y cuando se apoyó en la venta un dolor punzante se clavó en la planta de su pie, perforando la bota. Mierda. Al aferrarse al marco sintió otra punzada de dolor en la mano. Maldita sea, maldita sea.

Aferrándose con ambas manos —lo que provocó una nueva puñalada de dolor en sus palmas— se colgó de la ventana. Se dejó caer. Al dar contra el piso las piernas le fallaron y calló de rodillas. Aunque sus tobillos estaban bien, el dolor causado por los cristales la clavaba al piso.

Estaba en una de las calles laterales del monasterio. Sobre su cabeza, el cielo aullaba. El negro y el púrpura se mezclaban, líquidos y ardientes, iluminados por estallidos plateados. La lluvia helada le empapó la cabeza y la capa, las piernas y botas. Sólo contaba con el tiempo que los guardias tomarían para salir del monasterio y dar la vuelta a la calle. Se paró sobre la pierna sana y apoyándose contra el muro con las manos, medio arrastrándose, medio saltando con un pie, avanzó hacia la esquina que daba a la parte trasera del edificio. El pie recibía descargas de dolor, punzadas agudas como agujas, y un líquido tibio empezaba a empaparle la bota.

Voces y pasos apresurados le llegaron desde el monasterio. Se quitó la capa y la escondió tras unos arbustos. La camisa, que le llegaba a las caderas, de tela ligera y clara, se le empapó y pegó al cuerpo. Se quitó las botas y las tiró con la capa. Descalza, caminó sin cojear, mordiéndose los labios de dolor y con la cabeza gacha, hacia la entrada del monasterio.

Al doblar la esquina, se dio contra un hombre y cayó al piso, sobre las nalgas, torpe y pesada.

—¡Cuidado, chico!

Nova levantó la cabeza y se puso en pie. Frente a ella tenía al menos una docena de hombres en uniformes índigo, el color del dios del río.

—No soy un chico.

—Ya lo veo— dijo un tercer hombre con los ojos clavados en su pecho. Nova miró hacia abajo. Sus pezones, erguidos por el frío, se perfilaban y destacaban por debajo de la delgada tela

de la camisa como dos gotas de miel. Levantó los ojos. El guardia sonrió. No era una sonrisa agradable.

—¿Has visto a un hombre huir por la ventana? —dijo el primer guardia—. Contesta.

Nova cruzó los brazos sobre su pecho.

—No vi a nadie salir de la ventana, pero sí vi a un hombre corriendo hacia la calle de atrás.

—¿Cómo era? ¿Su cara? ¿Su estatura?

—¿No saben ni a quién están persiguiendo?

El hombre que le había hablado se acercó y la abofeteó con la parte externa de la mano. Nova, que apenas podía mantenerse en pie, volvió a caer sobre el suelo, en un charco de agua.

—Te he dicho que me contestes, insignificancia.

Levantó la cara y se fijó en su rostro. Mofletes como bollos de pan, pequeños ojos porcinos. Labios rebosantes. “Ya verás, *trotorest*”.

—Era alto, al menos tres cabezas más alto que ustedes. Había dos hombres encapuchados esperándolo en una esquina. Tenían caballos.

—¿Hacia dónde fue?

Nova señaló la periferia de la ciudad, hacia donde había visto dirigirse a los magos de las sombras. Sabía que las oportunidades de que los encontraran eran escasas, pero al menos habría dado la alarma. Era lo mejor que podía hacer.

—¡Vamos!—dijo el guardia, y sus hombres le siguieron.

Nova se levantó mientras los guardias pasaban a su lado sin mirarla y doblaban la esquina para seguir a los magos negros. No los encontrarían, lo sabía. A caballo o sin él, los magos de las sombras eran expertos en encubrirse.

Una garra de hierro la agarró del brazo y la hizo voltearse. El guardia que le había mirado los pechos estaba frente a ella, su cara a pocos centímetros de la de ella.

—Por esta vez tienes suerte, chiquilla—. Sus dedos rozaron levemente su cara. Nova se apartó.

—Me toca de nuevo y ya ver.

—¿Crees que tu hueco esta hecho de oro, puta? Ya verás que después de mí nadie lo querrá.

Nova aferró su espada por los pliegues del vestido.

—Voy a gritar.

—A nadie le interesa, si es que alguien escucha. Pero tengo cosas que hacer —le guiñó el ojo—. Ya me ocuparé de ti luego.

Y se fue detrás de sus compañeros.

Nova los vio montar sus caballos y dirigirse a las afueras de la ciudad. No era probable que alcanzaran a los magos de las sombras, y en el caso de que sucediera, les esperaba una buena pelea de la que no creía que salieran ganando. Maldita sea, incluso era posible que los hubiera enviado a la muerte. En fin...

Las nubes del cielo serpenteaban como olas agitadas y seguían salpicando agua helada. Con un encogimiento de hombros que la sorprendió a ella misma, recogió su capa, empapada, y sus botas húmedas y se dirigió a los establos a recoger a Medianoche. Lo que pasara entre los guardias índigo y los hijos de las sombras ya no era su problema.

## Capítulo 11

Las calles del centro de la ciudad se encontraban a oscuras. La tormenta había apagado los ojos de las farolas. Algunas ventanas derramaban luz en la noche azul, pero Lecho de Piedras, al ser una ciudad de comercio, moría tempranamente en las calles residenciales. En la calle solo escuchaba los cascotes de Medianoche resonando como tambores en la piedra de las veredas. En la periferia de la ciudad, donde se encontraba el taller de Cirsus, la luz sobrevivía por más tiempo: herreros, zapateros, sastres y comerciantes en general acomodando la mercancía para el día siguiente, descarando carretas, moviendo caballos y ganado, cargando cuero y madera. El taller de Cirsus no era la excepción. La ventana de la herrería era un rectángulo ámbar, encuadrada por el fuego del caldero y las antorchas de las paredes. Los muchachos seguían despiertos.

Nova tiró de las riendas de Medianoche, que resoplaba de cansancio, y lo llevó al establo con la suavidad que se lleva a un cordero. El animal se encontraba fuera de forma. Tenía que empezar a hacerlo galopar. Abrió la puerta de la casa, que se encontraba a oscuras, y dejó la capa, aun húmeda de lluvia, en la entrada. El taller, aunque visible desde afuera, se encontraba al otro lado de la casa, atravesando un jardín pequeño que servía de transición entre la vida hogareña y el trabajo, y que aislaba en cierta medida el olor a hierro y carbón, y el sonido del martillo contra las hojas recién forjadas. No había mucho en ese jardín, solo un par de árboles escuálidos y un gras pelado por la nieve. Al fondo estaba el taller, una construcción amplia, baja, con una puerta interior que daba al jardín y otra hacia la calle, dos amplias ventanas y una gran chimenea de piedra que exhalaba continuamente un pesado aliento de sulfato. Después de correr, escabullirse y esconderse por horas tenía una nueva apreciación de la sensación de regresar a un lugar propio y quitarse la máscara del muchacho herido, del obrero ignorante o la chica pueblerina. Se encontró a sí misma sonriendo, feliz mientras se limpiaba el pie y la mano heridos. No era tan malo. La herida del pie era larga, pero no profunda, y la de la mano era

pequeña y ya había dejado de sangrar. Envolvió un paño tibio en su pie y calentó en el fuego un caldo de res con verduras que Azoth le había dejado.

Los hijos de las sombras habían estado en Lecho de Piedras. ¿Se encontrarían aún en la ciudad? ¿Qué hacían aquí? Los libros no le habían revelado gran cosa, y si lo pensaba bien, dejarlos ir había sido un error. Seguirlos le hubiese dado un mejor entendimiento de lo que buscaban o lo que hacían en la ciudad. ¿Por qué, después de diez años de desaparición, se encontraban tan activos? ¿Qué querían? De seguro no era la primera vez que visitaban la ciudad. Quizá Cirsus tuviera a los guardias índigo como clientes y supiera algo. Atravesó el jardín y se acercó al taller, del que salían voces. Abrió la puerta... y su estómago se convirtió en piedra.

En el taller estaban Cirsus y Azoth, pero también tres hijos de las sombras. Los cinco estaban sentados alrededor de la mesa. No eran los que había visto en la biblioteca, aunque los reconoció. El primero de ellos parecía el líder; era casi tan alto como los Usurpadores, de piel pálida de serpiente y ojos negros y vacíos. El segundo tenía cabellos grises. Su rostro era alargado y demacrado, como si hubiese dejado de producir carne, de ojos también grises como el granizo. El tercero era oscuro, difuso en cierto modo. No era fácil ver su rostro en sombras bajo la capucha, pero reconoció su voz ronca, como si esta también buscara esconderse. Eran tres de los sombríos que habían acompañado a los Siete Usurpadores la noche en que incendiaron la torre Este. La noche en que mataron a su madre.

Los hijos de las sombras tenían las tres espadas que Cirsus había estado forjando por los últimos dos meses. También había papeles desparramados en la mesa y copas con agua y licores. Estaban comprando las espadas. O habían estado comprándolas, porque ya no miraban la mesa, las copas o los papeles. Ni siquiera miraban a Cirsus, estático, los papeles en su mano, con una mirada inquisitoria, incluso molesta, o a Azoth, que se veía... horrorizado.

—*¡Haegetz siz tartz!* ¿Qué hace ella aquí?— dijo uno de los sombríos, como si hubiera visto un escorpión.

—¿Ella?—dijo Cirsus sin mirarla—Es mi nueva ayudante. ¿Por qué?



Nova sintió el impulso de matar a alguien, aunque el odio le quemaba tanto que no podía decidir si eran los sombríos o el mismo Cirsus. Maldito traidor.

—Esos hijos de puta mataron a mi madre—dijo entre dientes. El líder de los sombríos se levantó de su silla.

—Es la hija de Haily y Khalil. Matamos a Haily hace cuatro lunas.

Cirsus se encogió de hombros.

—Ya sabes que no me meto en los negocios de los magos. Se complican la vida por idioteces. ¿Ahora, quieren las espadas o no?

—Queremos a la chica. Luego podemos pasar a cerrar el negocio, forjador.

—La pudieron tener cuatro lunas atrás—dijo Azoth—. ¿Por qué la quieren ahora?

—La situación ha cambiado—dijo uno de los sombríos—. Lleva la sangre de Haily y Khalil. Puede sernos de utilidad.

Nova lo entendió. Hechizos. Acababa de leer recetas de hechizos que se fortalecían con presencia de sangre mágica. Antes de que pudiera reaccionar —ya fuese para atacar o correr— dos de los sombríos la habían sujetado de los brazos. Cirsus estaba tenso como la cuerda de un laúd.

—Violaste el contrato, forjador.

—¿Cómo dices? —dijo Azoth—¿En qué parte del contrato se estipula que no podemos tener una hija de magos como ayudante?

El tercer hijo de las sombras, de capa negra y ojos grises, tomó un pergamino de la mesa y leyó:

—“El forjador de las espadas no trabajará ni colaborará con terceros que tengan algún conflicto de interés con el contratado durante los meses de la forja de las espadas”. ¿Reconoces esta cláusula? Entenderás que conflictos de interés incluye enemigos mortales.

Cirsus se había parado de su asiento. Nova se sintió desmoronar cuando se sentó de nuevo.

—Si hubiera sabido que tenían enemigos bajo cada roca de Lecho de Piedras, hubiese pedido una lista.

—Ya es tarde para eso—dijo el líder—. Toca pagar la deuda.

Cirsus le arrancó el contrato de las manos. Azoth se puso detrás de él para leer sobre su hombro. Las manos de los sombríos sobre Nova parecían colmillos de piedra, y no pudo intentar escapar.

—Así que básicamente queda entre dejar el contrato en sus manos o trabajar para ustedes—dijo Cirsus.

—La próxima vez piénsalo antes de albergar a una hija de traidores.

—¿Traidores? Fueron ustedes quienes empezaron la guerra del Índex. Los que mataron a los hijos del rayo...—dijo Nova.

El sombrío de los ojos negros la miró con burla.

—No sabes nada de la guerra, ¿verdad, *jogort*? No tienes idea de lo que pasó en la guerra o lo que tus padres hicieron...

—Tú no conociste a mis padres, brujo.

—Oh, estás muy segura, seca. ¿Acaso tú los conociste? ¿Tu padre murió cuando tú tenías cuántos años? ¿Cinco, seis?

“Cuatro”.

—No sabes nada de mi padre.

—¿Khalil? Era un mago guerrero, seca. He visto más de sus poderes en una batalla de lo que tú has sabido nunca. Tus infantiles retazos de recuerdos de un brujo doble cara jugando a ser padre no te dicen nada—se dirigió a los dos sombríos que la tomaban por los brazos—. Nos vamos.

—¿A dónde van? —dijo Cirsus, apretando los puños.

—Ya lo verás, herrero—dijo el sombrío de los cabellos grises—. Porque vienes con nosotros.

Cirsus se veía derrotado.

—Haz lo que dicen—le dijo a Azoth—. Empaca nuestras las cosas.

—No tenemos tiempo, muchacho —dijo el sombrío de ojos grises—. Tenemos que salir de la ciudad. Alguien dio la alarma de que algunos de nosotros estuvieron en el monasterio. Al amanecer los caminos estarán cerrados. Nos vamos ya.

La noche seguía aullando cuando el grupo salió del taller y se dirigió a los lindes del bosque que se asomaba por la zona norte de Lecho de Piedras. Nova, a lomos de Medianoche, con las manos atadas al caballo del líder de los sombríos, se sacudía violentamente espasmos de frío. No había podido cambiarse el vestido o puesto botas secas y el frío atizaba las puñaladas de dolor en las manos y pies, cuando fue herida en la biblioteca del monasterio. Solo había podido agarrar su capa cuando la llevaban, medio a rastras, medio a tirones, afuera del taller. Tampoco había comido más que algunos sorbos de aquella sopa que Azoth le había dejado. Si hubiese sabido que esta sería su última comida en libertad la hubiese saboreado más. Ahora se preguntaba si alguna vez en su vida volvería a comer lo que quisiera, a la hora que eligiese.

A la luz de la luna, Nova veía los contornos esqueléticos, aunque inhumanamente poderosos, de los hijos de las sombras que lideraban la marcha. Sus caballos eran grises como el mar en otoño, calmados y sincronizados mecánicamente con sus amos, como si fuesen coches de ruedas en lugar de animales con aliento. Los sombríos no habían volteado a cerciorarse de que su presa seguía atada a sus caballos. De seguro pensaban que una simple mortal, inexperta y exhausta, no tenía oportunidad de escapar. Y después de horas de desesperadas reflexiones, Nova tuvo que darles la razón.

Pero si los jinetes que la precedían eran inquietantes, los que la seguían la preocupaban más. A sus espaldas sólo le llegaba el roce de los cascos de Acero e Impetuoso, pero por lo demás, los caballos podrían haber estado llevando a un par de fantasmas. Los herreros no habían intercambiado palabra, ni entre ellos ni con los hijos de las sombras, desde que salieran del taller. Nova había pensado que estaban siendo cuidadosos —después de todo una comitiva de seis personas, incluyendo un muchacho andrógino amarrado a un caballo, debía llamar la atención—,

pero incluso tras dejar Lecho de Piedras e internarse en los caminos el silencio había persistido, más pesado que antes. Cirsus y Azoth se limitaban a seguir a los sombríos, a la cabeza del grupo, sin hablar entre ellos y mucho menos dirigirle a la palabra. El desaliento llegó a instalarse en su cuerpo y lo sentía, físico y pesado como una barra de hierro en su pecho.

El calor y olor de los lomos de Medianoche le brindaba cierto alivio, pero los ojos se le empezaban a cerrar y la cabeza se le inclinaba sobre el pecho. Entraba y salía de un sueño inquieto. ¿Habían sido sólo unas horas desde que siguiera a los hijos de las sombras en la biblioteca? Debían serlo. La noche seguía oscura, el color del horizonte estático. Las montañas se desdibujaban como brumas a su alrededor, el cauce del río había adquirido un murmullo ronco y el viento se había convertido en un susurro moribundo. No veía nada más que diferentes tonalidades de oscuridad y flashes en sus párpados cuando cerraba los ojos. Dios mío, estaba exhausta.

Cuando el amanecer tiñó de rosado el horizonte, Nova volvió la cabeza hacia Cirsus y Azoth. Estaba furiosa, por supuesto, pero incluso entre los rojos hilos del odio los herreros le daban lástima. Los ojos de Cirsus habían adquirido un contorno vidrioso, y su mirada flotaba entre su rostro y el cuello de su caballo, incapaz de alcanzar el horizonte. Azoth parecía concentrar las fuerzas en no caer de su caballo. Su expresión era contenida, como si hubiera perdido una apuesta y no quisiera darle al ganador la satisfacción de ver su decepción. No la miraban. Era como si el aire montara a Medianoche. ¿Se estarían alejando de ella para salvarse? A fin de cuentas era la presencia de Nova lo que había roto el contrato con los hijos de las sombras... un contrato que, por cierto, nunca habían mencionado. Una vez más, los sombríos la habían forzado a dejar el lugar donde vivía, sin que pudiera hacer nada al respecto. Estaba tan falta de armas como meses atrás, y su situación era peor.

El odio actuaba como el mejor estimulante que había probado. Ni siquiera las pociones de su madre la hubiesen podido mantener despierta como el odio, que le quemaba el estómago como una herida abierta. Volvió la cabeza una vez más y los miró con insistencia. Ninguno levantó la vista. Perfecto, lo entendía. Estaba sola en esto. Muéranse. No iba a esperar a que se

movieran, no la iban a ayudar. No iba a esperar su ayuda; eso la hundiría más. Escaparía por sus propios medios, sola, y si podía desaparecer a un par de magos en el proceso, mejor.

—Nos detendremos aquí—dijo el mago de piel de serpiente.

Habían salido del bosque y se encontraban en un claro. A pocos pasos, había una cueva pequeña y oscura.

—Aten los caballos a ese árbol—dijo el mago de los cabellos grises señalando un pino solitario, afuera de la cueva. La chica dormirá en la cueva. Nosotros nos quedamos en la parte externa. Herrero, tú y tu ayudante pueden elegir el lugar que quieran, siempre y cuando estén aquí al amanecer, listos para partir.

La sonrisa del brujo de los cabellos grises era elocuente. Inquietante. Nova entendió que los hijos de las sombras no necesitaban controlar físicamente a Cirsus y Azoth, pues el contrato firmado con la sangre de ambos herreros constituía un vínculo que no se podía quebrar con la ausencia física. Dejar tu sangre bajo contrato con un mago negro era una apuesta estúpida. Por Dios, Cirsus era un idiota ambicioso.

Antes de que Nova bajase de Medianoche, los magos ya estaban cercándola.

—Te metes en la cueva y no quiero escuchar ni una palabra hasta que te llamemos. ¿Escuchaste, *jogort*?

Nova le dio la espalda y caminó hacia a la cueva.

La cueva no era más que una hendidura en la pared de piedra que le brindaba cierta cobertura, pero nada más. La herida mordía la planta de su pie como un perro furioso. Sus pies descalzos se sumergieron pesados en la arena mojada, probablemente debido a la humedad condensaba que goteaba desde en el techo de la cueva. Era la única a la que habían aislado, debido a que los herreros no tenían posibilidades de escapar. Cirsus y Azoth estaban malditos, pero se lo merecían. Aunque nunca los había considerado amigos, habían sido sus aliados, y nunca le habían informado que hacían negocios con los asesinos de su madre. Perfecto. Por lo que a ella concernía, Cirsus Y Azoth estaban tan malditos como los hijos de las sombras.

Su cuerpo y su mente estaban exhaustos. Sus ojos dejaron de ver a lo lejos. En el cambiante espacio, sus únicas constantes eran las espaldas de los magos, siempre en silencio sepulcral —excepto para ordenarles detenerse o avanzar—, los cascos de los caballos de Cirsus y Azoth, a su espalda —siempre en silencio, como dos cadáver—, y Medianoche. El tiempo se distorsionó a su alrededor. El día pareció pasar en sentido contrario; a veces paraban al amanecer y dormían hasta que esa luna diurna llegaba al cenit; otras veces, cabalgaban entre las sombras hasta que el día palidecía. Nova perdía el norte y confundía la vigilia, con sus horizontes azules y cielos brumosos, con el sueño. A su alrededor el viento, la llovizna y los cascos de los caballos eran una música monótona e incesante. Más allá de ellos, los colores cambiaban: eran manchas borrosas en tonos verdosos y ocres que a través del día se oscurecían lentamente hasta llegar a un negro nebuloso, como una pintura derretida. Luego, se apagaban por unas cuantas horas, para volver a deslizarse en sus ojos, de nuevo borrosos, de nuevo distantes.

Pocas veces veían poblados, y cuando lo hacían, nadie preguntaba por qué ese grupo de hombres llevaba a un muchacho atado de manos en un caballo. Sus pies descalzos y los grumos de tierra en su pelo probablemente les daban a entender que se trataba de un ladrón en camino a convertirse en esclavo. Había tratado de pedir ayuda una vez. Los magos la habían dejado sola por unos instantes, afuera de un local de venta de comida de caballos. Cirsus y Azoth se habían perdido de vista, probablemente ansiosos de encontrar comida caliente. Un grupo de campesinos de aspecto macizo y sano había pasado enfrente de Nova, atada a Medianoche. Nova se había movido para llamar la atención y había susurrado que la tenían secuestrada. Había sido evidente que la escucharon, porque se dieron la vuelta y se alejaron tan de prisa como podían hacerlo sin correr.

Pero aunque ningún poblado les hacía frente —de seguro porque era evidente que llevaban armas— los sombríos nunca pasaban la noche entre extraños. Se detenían para comer en una posada, ubicar el pueblo en el mapa y seguían adelante. Evitaban hablar más que para dar indicaciones o en el caso de Nova, órdenes. Los lomos suaves de Medianoche se convirtieron en su punto de referencia en el mundo. Aunque no sabía a dónde iba, sólo llegaría a lomos de su

caballo. Su ritmo pausado y calmo, su olor a heno y humedad, la textura de sus crines era lo único constante para ella. Cada noche dormía cerca de él, a veces acurrucándose en su vientre lustroso, y cuando no lo hacía, despertaba en medio de la noche para cerciorarse de que su caballo, una sombra proyectando otra sombra, seguía allí.

Paraban tres veces al día, comían pan seco y bebían agua. Mejor, así se acostumbraba a la idea de ser una prisionera. No habían vuelto a encontrar una cueva desde la primera mañana del viaje, y desde entonces, durante los descansos, ataban a Nova a un árbol y la separaban de los herreros. Medianoche no se alejaba de Nova cuando desmontaba, y a los sombríos parecía darles igual.

Sabía con una seguridad abrumadora que no podía escapar. Lo mismo hubiera dado que la atasen de manos y pies, la amordazasen y la enterrasen en un hueco bajo la tierra. Estaba tan cansada, tan absolutamente falta de esperanza que hasta sus pensamientos la cansaban. Y si tenía alguna esperanza de ayuda, le bastaba echar una ojeada a Cirsus para deshacerse de ella. Su maestro de esgrima cabalgaba como un desposeído en lomos de su caballo. Su espalda se encorvaba como una garra, sus puños estaban sueltos en las riendas. Parecía despojado de esa luz arrogante que unas semanas atrás parecía un carbón ardiendo desde el interior de su pecho. Cirsus había sido vital como un potro salvaje cuando le enseñaba a manejar la espada; ahora se daba cuenta de que el herrero había llevado esa arrogancia como un escudo. Tal vez la realidad le había golpeado más fuerte a él que a ella. Miró a Azoth: sus cabellos castaños como la arena mojada le tapaban la cara y temblaba de frío bajo la capa húmeda, embarrada de lodo de los caminos. Cuando lo veía comer era como mirar un anciano: lento, tembloroso, deseoso de pasar desapercibido. Parecía haber interiorizado su energía para utilizarla en solo lo básico: comer, mantenerse en el caballo, beber agua, respirar. Los dos herreros parecían sumidos en el mismo trance.

Pasaron al lado de un río, detuvieron los caballos e hicieron una pausa, siempre siguiendo las indicaciones de los hijos de las sombras. Nova se inclinó sobre el agua y vio su reflejo por primera vez en días. Su rostro había perdido toda vitalidad. Pero no como una enfermedad o

como cuando se deja de comer. Era como si su alma se hubiese refugiado y desconectado de su piel. ¿No era extraño? Era lo mismo que veía en Cirsus y en Azoth: animales disecados, desprovistos de toda vida.

La revelación llegó tan de repente que tuvo que taparse la boca. El mago oscuro. El tercer hijo de las sombras, cuyo rostro, siempre bajo la capucha, nunca había visto. Era un mago parásito. Eran muy raros, pero su voz ronca, su figura esquiva, la dificultad con que Nova podía recordarlo a pesar de tenerlo a diario a pocos pasos de distancia eran pruebas innegables. El mago tomaba su energía de la energía de otros y para que no opusieran resistencia, se escondía en las sombras. De pronto la desesperanza que la había poseído tan completamente y que ganaba fuerza como el sueño acumulado tuvo sentido.

Se sentó junto al río a beber agua, y a través de sus cabellos cortos y la capucha de su capa buscó al mago parásito. Estaba bajo un árbol grande y frondoso, escondido bajo sus sombras. Nova apenas y pudo ver parte de su capa oscura detrás del tronco. Los otros dos magos estaban más cerca, erguidos; le daban la espalda y eran difíciles de mirar, poderosos e inhumanos, pero no tenían la misma cualidad elusiva, como un chacal en la madrugada, que el mago energético poseía.

De acuerdo, ahora sabía algo que ellos no y tenía la ventaja de que no lo esperaban. Había recuperado cierta energía —la consciencia de ser víctima de un mago parásito actuaba como un escudo parcial contra su magia— pero seguía sintiéndose desesperadamente atrapada. Trató de recordar lo que sabía de los magos parásito, lo que su madre le había enseñado. Haily nunca se había enfrentado a un mago de esa especie durante la guerra, pero había escuchado historias del cerco de la ciudad de Oregosa. Nova había escuchado la historia de labios de su madre sólo una vez, hacía años. Se encontraban en medio de un invierno especialmente crudo. Una tormenta de diez días había enterrado todo el primer piso de la torre bajo nieve, y aunque a las pocas horas se las habían arreglado para forzar la puerta a abrirse, los caminos seguían bajo tanta nieve que una persona podía quedar sumergida por completo. Como resultado, Nova y su madre habían quedado aisladas de Etrai, comiendo lo mínimo y sin poder alejarse por mucho



tiempo del fuego. El color cristalino de los días, el frío que les impedía salir, el precoz atardecer grisáceo las hicieron sentirse prisioneras por semanas. Muchas veces, Nova había tenido que luchar para salir de la cama y mantenerse activa, limpiando la torre, cocinando o avivando el fuego. Después de eso, no había habido mucho más que hacer.

—Pareciera que tenemos un mago parásito en la torre— había comentado Haily.

Nova no había escuchado más que nombrar a estos magos, pero por ese entonces tenía doce años y no le gustaba aceptar que había cosas en el mundo que ignoraba.

—¿Alguna vez viste a uno?— preguntó, tratando de sonar casual.

—No, por suerte. Los efectos de un mago parásito pueden ser demoledores si no se les detecta en pocos meses. Muchas veces no hay vuelta atrás.

—¿Conociste a alguien que sufriera sus efectos?

—Sí. Conocía a alguien que estuvo en el Sitio de Oregosa.

Ni por ese entonces, el nombre no había sido del todo desconocido para Nova.

—¿Durante la guerra del Índex?

—Sí. El único hecho de la historia que ha puesto a los magos energéticos, como se llamaba a sí mismos, a la luz. Estos magos prefieren ser ignorados e incluso desconocidos, porque para ellos, la mayor vulnerabilidad de sus víctimas es la ignorancia de su presencia.

—¿No son magos guerreros?

—Oh, no. Nunca se encuentran en el frente de batalla. Por eso son tan difíciles de detectar.

—Ejly dice que los magos parásito toman la forma de cosas, como casas y carretas, incluso caballos, para quedarse con tu corazón.

Haily había sonreído.

—Ejly tiene que dejar de escuchar las historias de su nana. No. Se instalaban siempre en la periferia de los pueblos, rodeaban las ciudades, dominaban las poblaciones desde las alturas de las montañas circundantes, y actuaban desde la oscuridad. No es posible encontrar magos parásito viviendo en aislamiento; necesitan energía externa para vivir.

—¿Y pueden hacer lo mismo con los hijos del trueno?

—Sí, incluso muchos a la vez. Durante la guerra se movían en grupos para formar un núcleo de poder capaz de invalidar ejércitos. Un solo mago parásito podía absorber energía de varias decenas de hombres, y como toda magia negra, mientras más magia luminosa absorbía, eliminaba o mantenía bajo su poder, más poderosa se volvía.

—Eso pasó en Oregosa—dijo Nova.

—Sí. Ni siquiera ahora, después de la guerra, Oregosa aceptó unirse a los Nueve Reinos. El aislamiento que el mar le da le da seguridad, y nunca ha mostrado el menor deseo de unirse a la monarquía. Sin embargo, durante la guerra, la amenaza de los hijos de las sombras la disuadió a permitir que las fuerzas reales, incluidas varias decenas de magos de la luz, utilizaran su punto de partida para atacar un baluarte de los hijos de las sombras, ubicado a cinco días por mar de Oregosa.

“Tal vez fuera la fuerte presencia de los hijos del trueno en una ciudad aislada y vulnerable, que actuaba como un farol para una polilla, pero pocas semanas después de que las fuerzas reales llegasen a Oregosa, una epidemia arrasó con la ciudad. Extrañamente, empezó con los hijos del trueno, quienes por naturaleza cuentan con un cuerpo mucho más sano y resistente que el de los mortales; siguió con los guerreros, los soldados y los nobles. Los últimos en caer, sorpresivamente, fueron los niños pequeños, ancianos y enfermos de la ciudad.

“Los síntomas de la enfermedad eran difíciles de detectar en el principio: falta de energía, inapetencia, desesperanza; con los días, los hijos del trueno afirmaron sentir como que “estaban atrapados” e incluso sentían miedo de salir en medio de multitudes. El sol les hacía doler los ojos hasta el extremo de que el mediodía era una verdadera tortura; poco a poco, su visión se acortó hasta que sólo pudieron ver lo equivalente a una habitación pequeña; más allá, afirmaron, sólo distinguían brumas y figuras borrosas.

“Los primeros afectados, como ya dije, fueron los hijos del trueno, quienes en cuestión de pocas semanas se vieron incapacitados para realizar viajes de un castillo a otro, practicar esgrima o cualquier actividad que les demandase un gasto de energía importante; esto incluía, por

supuesto, la preparación de pociones. Simplemente, caían desmayados. “Siento que me apago como una vela”, dijo un mago especializado en pociones que despertaban el sexto sentido. Luego, dijo que el cuerpo empezó a dolerle. A pesar de la falta de fiebre, le dolía la cabeza, las articulaciones y la espada, y pronto necesitó ayuda de sus sirvientes para levantarse de la cama.

“Los hijos del trueno describieron la sensación como “un vórtice que extraía sus energías” y “una boca fantasmal que los absorbía”, pero al comienzo pensaron que era el clima o alimentos de Oregosa lo que los había afectado. No sospecharon de la intrusión de los sombríos hasta semanas después, cuando el los guerreros, soldados, nobles y resto de la población empezó a mostrar síntomas y se hizo evidente que había una fuerza mágica succionando la energía de la ciudad. “Nos vimos faltos de toda energía. Eso te quita la capacidad de salir de tu mente y pensar”, dijo Orcru, uno de los magos de mayor experiencia, líder del grupo de magos videntes. “Ni siquiera la visión mágica te permite ver lo que sucede, pues está apagada”.

“Los hijos del trueno no se habían dado cuenta de lo evidente: una fuerza sobrenatural estaba removiendo su energía. Cuando lo hicieron, no les fue difícil inferir lo demás. Oregosa se encontraba a orillas de un mar salpicado de islas, muchas de las cuales albergan bosques ideales para encubrir la presencia de forasteros.

—¿Estás hablando de la masacre...?—llevada por la sorpresa, Nova había interrumpido a Haily.

—Tristemente sí. Me temo que no fue el momento más orgulloso de los hijos del trueno.

Nova recordó las fiestas que se celebraban en torno a ese día en Etrai. En la escuela solo le habían enseñado que un contingente de cientos de hijos de las sombras y magos energéticos se encontraban en las islas del mar de Oregosa, y que una noche un ejército de magos guerreros, provenientes de distintas partes de los Nueve Reinos, atacaron estas islas en simultáneo. Los magos energéticos no hacen grandes guerreros, y aun así, la mayor parte fueron muertos sin oportunidad de tomar una espada, mientras dormían.

—Muchos de ellos fueron torturados y desmembrados—le había dicho Haily—. Pero la peor parte fue que las islas de Oregosa albergaban también oregoreses, quienes a pesar de sus

ruegos, su idioma y su evidente apariencia oregoresa fueron victimados por los magos de la luz, a veces bajo la excusa de ser cómplices. Otros hijos del trueno se dieron menos trabajo y decidieron que todos los cautivos eran magos parásitos. Entre los oreoreses y magos habían mujeres, tanto hijas del trueno como oreogresas, quienes fueron violadas y esclavizadas.

Nova miró la espalda del mago parásito: era como una percha de la que colgaba una negra capa, y su columna destacaba como dientes. Era increíble que después de ¿días, semanas?, no recordara el rostro o la voz del tercer mago. Su rostro se confundía a la luz de la mañana, evasivo y difuso como si se encontrase en medio de una multitud. Seguían siendo tres contra una, si bien en sus cabezas eran tres contra cero intentos de escape. No la vigilarían estrechamente. Tres halcones no perderían su tiempo con una mosca. Suspiró. Tal vez tenían razón.

## Capítulo 12

Al anochecer, Cirsus detuvo su caballo detrás del de los magos de las sombras y se dejó caer a la tierra sedienta para dormir. Desmontó, sintiéndose un viejo de cien años, e hizo un supremo esfuerzo por no arrastrarse y llegar a un árbol de junco. Antes de caer en un sueño pesado escuchó, de lejos y amortiguada, la voz de uno de los magos.

—Herrero, aquí está tu pan.

No llegó a levantarse o a contestar. E inmediatamente, un pie brusco en su costado le abrió los ojos, que se cerraron de inmediato al percibir la luz del día. Maldición. ¿Cómo una noche podía durar un parpadeo? Había estado sumergido en un sueño pesado y amplio como el hierro, sin sueños ni movimiento. Y sin embargo, seguía agotado. La tierra tibia tiraba de sus piernas de lodo, que se desmoronaban.

—Arriba, herrero—repitió el mago, y Cirsus se levantó. Azoth también había despertado. Estaba comiendo su pedazo de pan mientras preparaba los caballos. Cirsus tomó su pan, un cuenco de agua y se acercó a su ayudante.

—¿Esta noche?—dijo Azoth.

—Sí. No podemos esperar más. Anoche, los magos mencionaron que mañana empiezan a preparar la visita de los “Altos” la ciudadela. Debemos estar a punto de llegar. No queda tiempo. Come todo lo que puedas y bebe suficiente agua, que es lo único que tenemos.

—Nova debiera saberlo.

Cirsus negó con la cabeza.

—No. No podemos decirle sin estar seguros de que nos escucharán. Ella no cabalga a nuestro costado. Tendrá que decidir de inmediato.

—Mírala, Cir. Está tan cansada como nosotros.

Cirsus volteó y echó un rápido vistazo a la muchacha. Tenía los hombros caídos, como si llevase a la espalda una canasta de piedras, y los párpados hinchados, como si hubiese llorado aquella noche. Sí, no se veía bien.

—Mejor. Así no sospecharán de ella. ¿Tienes la piedra?

—Bajo el asiento de Acero. Cirsus le echó una mirada a su caballo. Acero, ya ensillado, estaba escuálido. Mascaba el poco gras verde que lo rodeaba en busca de agua y energía, pero no era mucho lo que esa zona reseca y desértica, salpicada de árboles pelados, podía hacer por él.

—¿Está afilada?

—Todo lo que es posible afilar una piedra contra otra en silencio.

Cirsus volteó a ver a los magos. Uno de ellos se encontraba alejado, caminando entre los árboles. Los otros dos, siempre de pie, hablaban en voz baja. El líder, el hombre alto de ojos de carbón, era quien llevaba a Injusticia consigo. Cirsus había visto su mango blanco cremoso asomar por entre las bolsas de cuero del caballo del mago como un ojo sin pupilas, a la espera de despertar. “No te preocupes, querida, ya voy por ti”.

—¿Cómo vamos a tomar entre los dos a tres magos guerreros?—dijo Azoth

—Le cortamos la garganta al líder. Con eso ya tendríamos una espada. Dos, si encontramos a Injusticia.

Pero no estaba seguro de poder matar a un sombrío sin que los otros despertasen. Dados los sentidos hipersensibles de los magos, debía matar al primero sin emitir un sonido más intenso que un susurro, o distinto al que un ser humano en pleno sueño emitiría. Tenían dos ventajas: mágica y numérica.

—Nunca vamos a estar suficientemente preparados—dijo Cirsus. No había forma de estarlo, no con el tiempo y la energía que les quedaba—. Pero ingresar a una fortaleza de los hijos de las sombras bajo un contrato de sangre...

Azoth cerró los ojos y apretó los párpados.

—Sí. Podríamos ir escribiendo nuestra última voluntad.

—Una vez adentro de esa fortaleza quién sabe lo que...

—¡De acuerdo!—interrumpió Azoth—. De acuerdo, vamos a hacerlo. Hoy. No más postergaciones.

—Nunca vamos a tener más que un par de rocas afiladas.

—Dos rocas afiladas contra espadas de acero de Kriyak—Azoth se dejó ganar por una carcajada baja e histérica—. Es una situación que nunca previste, ¿verdad, maestro herrero?

Cirsus se encogió de hombros.

—Si nuestras piedras les ganan a sus espadas, esta vez estaré seguro de ser el mejor esgrimista de los Nueve Reinos.

La noche no tenía luna, y Azoth nunca había aprendido a ubicarse por las estrellas. Todas se parecían y su orden siempre le había parecido aleatorio. Otro tanto le pasaba a Cirsus. Su maestro siempre decía que era mejor un mapa que doscientas constelaciones. No habían sacado un mapa y en caso de haberlo tenido, no hubiera servido mucho, cuando no tenían idea de dónde estaban. Sólo sabían que se encontraban en el norte de los Reinos (noroeste, noreste) a varias semanas de Lecho de Piedras, en algún lugar del inmenso Bosque de Litius, que nacía muy al oeste, en el mar Inhóspito, y moría en las Montañas Muertas. Iban a huir sin un mapa o un guía, y era posible que entre ellos y el pueblo más cercano hubiese semanas o incluso meses de bosque o desierto.

Azoth se había echado en el pasto, al lado de Cirsus. Se encontraban al lado del camino de tierra, pero a excepción de este, el terreno era de un verde inmovible y sembrado de árboles espesos, de troncos torcidos y raíces salientes, inmerso en el susurro de miles de cigarras, como una marea de vidrios rotos.

Los hijos de las sombras nunca dormían al mismo tiempo: tenían la ventaja de que sus cuerpos necesitaban pocas horas de sueño, y siempre había uno o dos de ellos de centinela. Esta noche el mago de rostro de sombras deambulaba entre los árboles con la espada al cinto; de vez en cuando aparecía y paseaba los ojos en el campamento. Nova, como siempre, se encontraba apartada del grupo, atada de manos y recostada en los flancos de Medianoche, tendido en la tierra. Los dos magos restantes estaban recostados en el suelo, con sus capas negras abiertas como alas de murciélagos.

Le echó una mirada Cirsus, recostado a su lado, con la cabeza apoyada en las raíces de un roble; parecía dormir, aunque Azoth sabía que esa noche permanecerían despiertos. Con una mirada rápida vio la roca que habían estado afilando por semanas en el suelo, al alcance de la mano de Cirsus. La suya estaba cubierta de polvo, también a su alcance. Se turnarían para vigilar al mago vigía y cuando llegase el momento, actuarían.

El mago vigía caminaba alrededor del campamento. A veces surgía de entre los árboles, largo y silencioso como un pino, para hundirse de nuevo en el verde.

—Está realizando círculos concéntricos—dijo Azoth.

—Sí. Y al terminar cada círculo, traza una diagonal para empezar de nuevo. Esperemos a que se aleje lo más posible del campamento, así tendremos tiempo para buscar una buena ubicación.

Azoth giró sobre sí mismo en el suelo. Más allá estaban los árboles circundantes. El mago no tenía prisa de irse a ningún lado. Se apoyó en un árbol. Parecía que había escuchado algo. ¡Justo ahora! ¿Qué le pasaba? A su lado, Cirsus siseó algo no muy caballeresco referente a la madre del brujo. Y entonces, el mago cayó al suelo.

—¡Cir! Cirsus se volteó, miró a mago y luego miró la piedra afilada en el suelo.

—¿Qué... qué?

Azoth tuvo que hacer esfuerzos para ver entre las sombras. Detrás del mago caído había una figura menuda. Solo la vio por un parpadeo, pero estaba seguro de quién era. Para confirmar, buscó al otro lado del campamento. Nova no estaba en su rincón, y su caballo había desaparecido.

Pero no tuvo tiempo de levantarse. Cirsus había tenido razón con respecto a los sombríos. Habían trazado un vínculo, y de inmediato, los otros dos magos estaban de pie, espadas en mano. Maldita sea.

—La muchacha no está—dijo el líder.

—El vínculo energético...

—Lo rompió. Está recuperando su energía.



Azoth no entendió, pero sintió que era verdad. Lo supo de inmediato. El sueño lo había abandonado en un parpadeo.

Los ollares de Medianoche resoplaban vapor como una olla de cocción. Sus patas, después de semanas sin galopar, se movían con más brío, libres de la vorágine hambrienta del mago parásito. Los músculos de su cuello estaban tensos como un saco a rebalsar de arena. Mejor. No tenía mucho tiempo. Tal vez los hijos de las sombras la estuviesen siguiendo en este momento.

Medianoche se internaba en la marea de árboles altos como iglesias, anchos como carruajes, a veces tan juntos que debían ralentizar el paso y deslizarse entre ellos. Las ramas le arañaron la cara y los brazos y rasgaron su capa. Los resoplidos de su caballo gritaban en el bosque sibilante.

Todo había salido como lo planeado, incluyendo el hecho de extraviarse después de huir. Lo sabía, pero vivirlo era distinto. Detuvo su caballo y trepó a un árbol especialmente ancho y frondoso que encontró, llegó a su parte más alta y miró el horizonte. Hacia donde dirigiera la cabeza, solo veía árboles sembrados en colinas que bajaban y subían como olas, tras los cuales se abrían nuevos bosques ondulantes. Un mar verde que la mareaba y exigía concentración. Sobre su cabeza, la noche era la boca de un monstruo colosal que había cerrado su único ojo de plata, y el viento era su aliento de hielo. Estaba atrapada en ella.

Entonces lo escuchó: cascos de caballos. Maldita sea. Giró la cabeza buscando el origen, pero con los árboles encapotando el terreno era improbable que viera algo. No estaban lejos. ¿Estarían ya sobre ella? Tenía que correr. Los magos tenían una mayor energía que ella, pero ahora eran solo dos. Bajó a trompicones, montó a Medianoche y lo hizo avanzar. Las piernas le quemaban por espolear al caballo y los cascos del equino, que en medio de la noche y en un horizonte cortado a medias por una red por los árboles resonaban como en un campo abierto, resonarían por kilómetros. Lo peor era que, hasta donde sabía, podía estarse acercando a los sombríos. Maldita sea. ¿Qué hacer? Tiró de las riendas del caballo y se detuvo a escuchar. El

viento era débil y entre sus hilos le pareció escuchar algo, aunque no podía precisar si se trataba de un sonido real o imaginario. Medianoche pateó el suelo con los cascos y trató de encabritarse, nervioso, pero Nova tiró de las riendas.

—Shhh, ¡quieto!

De lejos le volvió a llegar ese sonido. Podían ser cascos de caballos, o podía ser el aire entre los árboles. Contuvo el aliento. El viento dejó de soplar y escuchó, esta vez con claridad, un relincho que golpeó su pecho como un puño. ¡Maldición, maldición! Espoleó a Medianoche y se alejó a trote de donde creyó que le llegaban los relinchos. Guio al caballo a tierras mullidas para amortiguar sus cascos, se internó en los árboles más frondosos y tupidos, y no se detuvo de nuevo a tratar de escuchar. Salió del bosque y al llegar a un claro vio un arroyo. Al fin un poco de suerte. Llevó a Medianoche a la corriente e internó sus patas en el agua para evitar todo rastro. Además, la corriente acallaría el sonido de sus cascos. El lecho lodoso del río absorbió el sonido, aunque también parte de la energía de su caballo, que ralentizó su marcha. Nova lo espoleó. El caballo, extenuado, aceleró. Sin embargo, a los pocos minutos bajó el ritmo y aunque lo volvió a espolear, Medianoche se negó a acelerar. Pronto se negaría a avanzar. No le quedaba más alternativa que detenerse y permitir a su caballo un descanso y alimento. Tiró de las riendas, se deslizó de su lomo y lo guio al agua. Medianoche sumergió el hocico en el agua y bebió con sonidos de alivio.

Mientras sumergía las manos y se llevaba agua a la boca seca, Nova se aferró a la idea de que, de seguro, los caballos de los magos se encontraban en las mismas condiciones. Habían compartido el mismo itinerario por semanas. No podrían correr por mucho más tiempo.

La línea del horizonte adquirió un tono liliáceo que luego se tornó del color del interior de las conchas marinas. El bosque empezó a emitir miles de voces desde los huecos de los árboles, las ramas, el aire y el agua. Como Medianoche estaba al borde de sus fuerzas, Nova lo llevó de las riendas. El caballo apenas y avanzaba. “Sé lo que sientes, chico. Lo siento”. Quería pensar que pronto se detendrían, que existía una línea tras la cual estarían a salvo. Pero no había nada parecido a eso en este desierto verde.

Y entonces los volvió a escuchar. ¡No podía ser! ¿Cómo podían seguirle la pista? Volteó a ver a Medianoche. El caballo tenía la cabeza gacha. Arrastraba las patas y aparecía a punto de tumbarse en el suelo.

—De acuerdo, chico. Que no te agarren a ti.

Tomó las riendas y la silla del caballo y los escondió en un arbusto. Luego, le dio una palmada a Medianoche en los cuartos traseros.

—¡Vete!

El caballo, nervioso, se encabritó, le dio la espalda y se alejó. Nova vio su figura oscura perderse en la espesura de los árboles, sabiendo que quizá no volvería a sentir la suavidad de su pelaje, el último remanente tangible de sus padres. Aun exhausta y sintiendo a los hijos de las sombras allí, en algún lugar, supo que pronto una nueva clase de soledad la estaría esperando apenas tuviese fuerzas para sentirla. Se arrastró al arbusto más grande que encontró y se envolvió en un ovillo bajo la capa. Sí, no le quedaba más que esconderse como una chiquilla.

Despertó sobresaltada y se asomó. No había rastro de Medianoche. El sol era una roca gris a medio camino del cenit. El pasto estaba regado de cristales de lluvia. Tenía la piel de hielo y las entrañas revueltas. Pero no la habían encontrado. Había pasado horas sin moverse, y no escuchaba ningún sonido de cascos. El alivio le desató una bola de hielo que se había alojado en la boca de su estómago desde el planeamiento de su fuga. ¿Realmente había funcionado? Cuando lo recordaba, se daba cuenta de que lo había hecho porque debía intentarlo, no porque pensara que sería libre. Enfrentarse directamente a un mago parásito, es decir, a un mago de las sombras, había sido una locura. Y sin embargo, el hecho estaba allí. El mago había caído, y de inmediato, como quien enciende una hoguera, su energía se había diseminado en su interior.

Recordó la espada del mago contra el árbol, su columna sobresaliendo de la capa como la de esqueleto a la luz de la luna fantasmal. ¿Cómo lograr que un mago te dejara acercarte a él? Pues... un mago era un hombre, después de todo.

“¿Qué puedo hacer para que me protejas?” El mago había apretado los labios y había paseado la mirada por su cuerpo, como si examinara un caballo.

Había ciertos momentos en que bajaría la guardia, en especial si subestimaba a su víctima. Nova se miró las manos. Tenían aun rastros de tierra entre los dedos, lo mismo que, adivinaba, su rostro y su cuerpo debajo de la ropa. Un dolor palpitante le taladraba los pechos y notaba rasguños que ningún árbol podría haber trazado en su piel. “Hacer que tu enemigo baje sus escudos puede convertirse en tu mejor ataque”. ¡Maldita sea! ¿Así iba a vencer a los Usurpadores? ¿Así vengaría a sus padres? Sin darse cuenta, su puño había estallado en el pasto. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba de rodillas. El fuego en su boca le impidió sentir la sangre en sus nudillos. Había matado un hombre y dejado inconsciente a otro, y solo lo había logrado porque ambos habían estado muy ocupados con su cuerpo.

Se echó sobre un costado, apretándose la barriga, y sintió las lágrimas salir de sus ojos como de una compresa fracturada. Una risa histérica sacudió su cuerpo. El dolor en las ingles era un recordatorio de lo que había pasado era real. ¡Había sido tan fácil! El mago le había subido la falda y se había bajado los pantalones sin mayor ceremonia. Era un trámite como el del taller. La había arrinconado contra el árbol, tumbado al piso y forcejeado entre sus piernas. Nova no lo había asimilado porque su mano buscaba a tientas, en el suelo, la roca que había dejado caer segundos atrás. La roca estalló contra la sien del mago, la cara del mago, el cráneo del mago, quien cayó sin hacer un sonido. Perfecto. Nova, sin saber si el mago respiraba o no, se había precipitado a la huida.

El bosque parecía respirar en su nuca, acorralarla con su presencia infinita. Tenía que seguir. Se puso en pie, siguió el sonido del cauce del río y se abrió paso hasta sus aguas. Su boca de arena lo recibió como una explosión. Dios, estaba débil. Se lavó el rostro tiznado de sangre, lluvia y tierra, se empapó los brazos y se lavó el cuerpo. Tras haber sido esclavizada por un parásito energético, amarrada a un caballo y llevada a la fuerza por los sombríos, esto era lo mejor que se había sentido en semanas. Se sentó y sacudió sus cabellos. El sol tibio era una caricia en sus brazos, pero la mano en su hombro fue como la mordida de una serpiente.

Antes de que pudiera volverse dos manos la habían asido de los brazos.

—No te muevas— era la voz de Cirsus.

Nova se sacudió, histérica.

—¡Traidor! ¡Suéltame!

—¡Nova, quédate callada!—era la voz de Azoth.

Nova tomó aliento y volteó a mirar a los dos herreros.

—La encontraste, herrero.

Azoth dio un brinco.

Cirsus volteó, aun asiendo a Nova. Detrás de él estaban los tres hijos de las sombras.

—Sí, señor. Aquí está—dijo Cirsus—. Le dije que la encontraríamos hoy.

—Bien—la voz del mago energético, con un moretón enorme y rojo como una mordedura en la sien, destilaba veneno—. No te van a alcanzar mil vidas para arrepentirte de lo que hiciste, seca.

—Tienes suerte de que necesitemos tu sangre, *jogort*—dijo el mago de piel de serpiente—. Hugriel te quería para sí y fue muy difícil calmarlo.

—Amárrala a su caballo y síguenos—dijo el mago de ojos grises. Los magos voltearon y regresaron a sus caballos.

—Camina—dijo Cirsus.

—Trabajas para ellos— Nova habría querido abofetear a su antiguo maestro, pero Cirsus ya se había volteado y la arrastraba a su caballo.

—Sí, trabajo para ellos, por supuesto. ¿Acaso eres estúpida? ¿Quién si no compraría tres espadas de acero de Kriyak?

—Amárrala bien—dijo el mago de cabellos grises—. Este jueguito ya fue demasiado lejos.

Cirsus apretó la soga en las muñecas de Nova hasta que sus manos tomaron el color de un pez muerto.

—La chica dejó ir a su caballo. No está por ningún lado.

—Entonces irá contigo.

Cirsus se encogió de hombros.

—Sube—dijo dirigiéndose a Nova.

—No puedo subir así, idiota. Necesito mis manos. Desátame.

Cirsus la tomó de la cintura y la subió a Impetuoso. Nova no tuvo tiempo de protestar.

Después de salir del bosque al atardecer (Nova llegó a la conclusión de que se trataba del bosque de Lutius, a algunos cientos de kilómetros al noroeste de Lecho Piedras) llegaron a una meseta de piedras del tamaño de uñas y de allí a una enorme sabana de rocas bañadas por un mar gris y débil, cuya oscilación le provocaba una sensación incómoda si se le quedaba mirando. Siguiendo el mapa en su cabeza, Nova llegó a la conclusión de que se encontraban en el Mar Inhóspito.

—Felicitaciones, Cirsus—dijo Nova, destilando veneno—. Tus socios nos han traído a la región más aislada de los Nueve Reinos. Nadie vive aquí, y nadie se interna en esta región. Nadie te va a ayudar.

—Cuidado, chiquilla. O los amigos de tus padres te escuch...

—Cir...—dijo Azoth como si hubiese visto un muerto.

—¿Qué...?—Cirsus se detuvo. Su pecho estaba apoyado en la espalda de Nova, quien sintió cómo el herrero perdió el aire.

Nova levantó la vista. En el horizonte se perfilaba una ciudadela, grotesca como una tarántula, enclavada al pie de una montaña de piedra. El gris de sus murallas se confundía con las arenas y la bruma de las montañas en las que estaba empotrada. Se encontraba aún muy lejos, pero era tan grande que Nova pudo ver sus ventanas como ojos huecos, las puertas de hierro, amenazantes como bocas con colmillos y el puente colgante de la entrada como una lengua sedienta.

—Bienvenido a tu nueva vida, herrero—dijo el sombrío líder.

## Capítulo 13

La celda donde Nova estaba encerrada estaba enteramente tallada en piedra, iluminada por la luz del sol que entraba como agua por las ventanas. No había muebles, y por eso no podía asomarse a las ventanas, mucho más altas que ella, a constatar lo evidente: su habitación se encontraba en un piso elevado, y no podía escapar por otro medio que la puerta, lo que la obligaba, en caso de encontrar un medio de huida, a enfrentarse con todo hijo de las sombras que encontrase.

No había cama, por supuesto. Estaba tirada de lado en el suelo con las rodillas en el pecho y los brazos abrazando sus piernas, y sentía cada pequeña piedrita hiriendo su costado. Le daban agua y lo que adivinaba eran restos de la comida que los hijos de las sombras dejaban. Una fortaleza como aquella debía albergar a varias decenas de sombríos, además de sirvientes, cocineros, pajes... y carceleros. El suyo era un hombre pequeño y rollizo, de apariencia maciza como un toro, ojos negros de cucaracha y un gran pliegue de piel grasosa en su cuello. Por lo que a Nova concernía, el hombre sólo conocía una palabra: “apártate”.

Al comienzo había pensado en negarse a comer. La muerte por inanición le atraía más que por desangramiento, y aunque los sombríos lo notasen, el ayuno disminuiría la cantidad de sangre en sus venas, y la energía que la magia oscura podría tomar de ella.

Pero al desechar la primera comida por la ventana había contemplado la muerte, su muerte, la muerte real por primera vez. No, la muerte no era para ella. No por ahora. Había demasiado que hacer. Se dio cuenta de que su corazón había tomado una decisión por ella, tan fácil y simple como cuando probaba olivas y sabía que no le gustaban. De acuerdo, no quería morir, pero sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida. Aunque los magos de las sombras no le decían los pormenores de la preparación de los rituales de desangramiento, tampoco se preocupaban en guardar el secreto.

La habían sangrado desde el primer día. Dos magos habían ingresado a su celda. El poder irradiaba desde sus cuerpos como vapor, y tras haber pasado semanas en compañía de magos de

las sombras, una perturbadora sensibilidad a su poder preocupaba a Nova. La energía inhumana de sus cuerpos se había vuelto insoportable, como tener a alguien gritando en su oído. La presencia de los dos sombríos la había hecho retroceder sin saber si taparse los ojos, los oídos o hacerse un ovillo en el rincón más alejado de la celda.

Eso le había pasado esta vez, cuando ambos la inutilizaron al agarrarla de los brazos. Se habían dado instrucciones uno al otro mientras Nova pateaba y luchaba. Cuando sintió el corte en su brazo y algo tibio derramándose en un cuenco se contentó con desear que acabasen ya.

La habían dejado tranquila por el resto del día, y en la noche volvieron. Nova había permanecido quieta, en pie a pocos pasos de la puerta y cuando el sombrío tomó su brazo, le clavó los dientes en el brazo y trató de huir. Pero el mago la había jalado de los caballos con tanta fuerza que cayó de espaldas. El golpe la atontó, y pronto se encontró inmovilizada. Cuando los magos la dejaron, la debilidad le impidió levantarse por horas.

Sabía que el tiempo se le acababa. Los rituales como este se preparaban en dos o tres días. La luz rosácea que ingresaba por su ventana y se proyectaba en la roca de la pared indicaba la llegada del atardecer. Podía ser la última vez que viera la luz del día. Volvió a intentar trepar al marco de la ventana, pero se encontraba a al menos tres cabezas por encima de ella.

El cuadrado de cielo que podía ver se había oscurecido y algunas nubes se habían aglomerado. No había escuchado voces o pasos en horas. No, no podía ser. Estaban reunidos en alguna otra habitación. Un ritual. Pronto requerirían sangre. Trató de nuevo de escalar la pared y llegar a la ventana, arañó las paredes y se hirió las rodillas. Se acercó a la puerta y miró por la cerradura. Era un orificio pequeño, que no ofrecía mayor visión que un punto en la pared. Se agachó y trató de ver por el resquicio de abajo. Nada. Movié la manija, como lo había hecho otras veces. Estaba asegurada. Los pasos que resonaron en el suelo retumbaron en su estómago. Alguien se acercaba.

La puerta rechinó antes de abrirse. El sombrío de los ojos negros y piel de serpiente apareció en el marco de la puerta; a Nova se le retorció el estómago sin saber si era su propio miedo o la desbordante energía vengativa del mago.



—Ven conmigo, *jogort*. Ellos llegan en unas horas.

Nova sintió que el suelo cerraba garras de hielo en sus tobillos. El mago la miraba como se ve a una silla.

—¿Quiénes son “ellos”?

El mago la miró una sonrisa cruel.

—Te quieren. Has ofendido a los Altos Sombríos. Muévete.

Nova retrocedió hasta dar con la pared.

—¿Los Altos? ¿Quiénes son ellos?

—Ustedes los conocen por otros nombres, pero su número no varía.

Las palabras del mago fueron un puñetazo en el estómago de Nova.

—Los Usurpadores están en camino...

—Exacto. Ahora muévete.

Nova negó con la cabeza.

—No, lo siento. Morgan y los otros van a tener que venir a verme aquí.

El mago siseo, furioso.

—¿Qué demonios te crees que haces, *hiztest*? ¿Vas a venir caminando o te tengo que arrastrar de los pelos?

—Supongo que vas a tener que arrastrarme de los pelos, porque yo no me muevo.

El mago azotó la puerta y avanzó a zancadas hacia ella. Nova no se movió.

—Te has vuelto loca, ¿verdad, puta? —dijo agarrándola por las muñecas—¿Por haber herido a Inger crees que puedes con los hijos de las sombras?

—¡Suéltame!

El mago la arrojó al suelo y empezó a abofetearla.

—Esta noche vas a pagar tu atrevimiento—le sujetó la cabeza contra el suelo—. Vas a desear haber venido tranquila y morir rápido. ¡Pero no! ¡Tenías que creerte igual a nosotros! ¿Crees que con herir a un hijo de las sombras puedes con el resto de nosotros?

Nova sintió las manos del mago como nudos estrujando su cuello. Empezó a luchar por aire. Su mano trataba de alejar al mago. Trato de hundir los dedos en sus ojos, pero estaban demasiado lejos; trato de abrir los dedos del mago, pero parecían tallados en mármol; le arañó el rostro, y aunque el mago la soltó un instante, fue sólo para abofetearla y de inmediato cerró el aire para ella. El rostro del mago empezó a perderse en la oscuridad. Su mano aferró lo primero que encontró, y de pronto el aire volvió a ella. El grito del mago en su oído, un solo grito, seco y ahogado, duró solo un instante. Los dedos de Nova se afirmaron en torno a un algo húmedo, un poco más grande que su puño, que se dilataba en su mano. Lo apretó hasta estrujarlo y hacerlo desbordar, y al retirar la mano, húmeda y tibia, sintió que cortaba las cuerdas de un laúd. El mago yacía sobre ella, inerte.

Nova empujó el peso muerto a un costado. El cadáver tenía los ojos abiertos como cristales y su boca era un orificio en cartón. Pero lo más horrible era el cráter desbordante de lava de su pecho. Al mirar su propia mano vio en ella un corazón palpitante. Se levantó a tropezones y cayó al piso de nuevo, junto al rostro abierto del mago. Como en una pesadilla, abandonó la celda y se asomó a la ventana del corredor, luchando por aire. Las arcadas retorcieron su estómago y no pudo evitar vomitar. Cuando su cuerpo quedó drenado, apoyó el rostro en la ventana.

Al volverse vio que se encontraba en un corredor que albergaba varias celdas, tal vez decenas de ellas. El pasillo estaba desierto. Parecía que los magos se habían reunido en alguna parte del castillo para empezar el ritual. Solo quería correr y huir, pero se obligó a entrar en la celda, tomar al mago por los pies y arrastrarlo, penosamente, a una celda contigua. No podía hacer nada por la alfombra de sangre, pero podía esperar que pensarán que la sangre era suya.

El eco resonaba en el corredor y los pabellones. Se asomó a una de las ventanas del corredor y vio que esa ala de la ciudadela se levantaba lisa sobre un acantilado que daba al mar agitado. El mareo que se apoderó de ella le confirmó que se trataba del mar Inhóspito. Al fondo había un corredor que daba a unas escaleras encaracoladas. Mientras descendía por ellas vio sus manos tenidas de un tinte rojizo como el óxido.

Las escaleras la llevaron a varios pisos debajo del de las celdas. Cuando dejó la escalera vio la puerta que daba al patio principal. Sin embargo, también escuchó voces provenientes de las puertas abiertas en el salón. Ordenes de llevar ciertos artefactos al salón del sótano. Que dejaran las flores silvestres en las puertas. Que los cuchillos estuviesen afilados. Que los caballos permanecieran afuera de la fortaleza...

Pasos resonaron atrás. Maldita sea, otro mago negro. Mejor aventurarse a la oscuridad que ser encontrada por ellos. Tomó aliento...

—No hagas ruido, Nova—era la voz de Cirsus. El herrero prendió una vela.

—¿Qué demonios haces acá?

—Te he dicho que te calles—dijo Cirsus—. ¿Vas a escucharme por una vez? Ellos se acercan. Están entrando por la puerta principal.

Cirsus tomó a Nova por el brazo y la arrastró, más que condujo, a lo largo del pasillo en sombras. Nova iba a trompicones, apoyándose en parte en los muros de piedra, y en parte por el empuje de su guía. Cirsus avanzaba en silencio, lo que le venía a perlas. A pesar de los días que habían pasado, Nova aún no había podido asimilar la idea de encontrar a su instructor trabajando para los magos de las sombras. ¿Por qué había confiado en él? Interiormente, maldijo el día en que conoció a Cirsus, cuando la ayudó a esconderse de los guardias grises.

Pero Cirsus seguía adelante en la oscuridad. Después de esquivar sin mayor problema su puñetazo, el joven se había limitado a advertirle que hiciera silencio, y luego, sencillamente se apoderó de su brazo para conducirla, muda por la sorpresa, por la fortaleza a oscuras. Llevaban avanzando ya varios minutos, subiendo y bajando escaleras, abriendo y cerrando puertas, superando corredores y atravesando salas y salones. La luna era un enorme zafiro cuya luz bañaba de añil los muros carcomidos. Cuando salieron al patio de entrada de la fortaleza, más negra que el cielo de la noche, y tan alta que resultaba grotesca, Cirsus se detuvo.

—Sólo puedo llevarte hasta este punto—dijo finalmente Cirsus—. A partir del muro mi presencia es detectable. Sólo tienes que atravesar el patio hasta el portón de entrada. Está

abierto—le puso una daga en sus manos, y Nova tuvo que resistir la tentación de clavársela en el pecho—. Toma. Es de acero de Kriyak.

Nova lo encaró, colérica.

—Yo no te pedí ayuda, Cirsus. Y la verdad, no entiendo por qué te molestas en sacarme de aquí, si acabas de venderme a los magos de las sombras. ¿Es que quieres venderme a alguien más? ¿Te dieron muy poco?

—Chiquilla, no tengo tiempo para tus berrinches, así que te sugiero que aproveches que tienes salida franca, porque no seré yo, sino los magos de las sombras quienes te busquen apenas noten que no estás. Ya sabes que se ponen de los nervios cuando juegas a la niña malcriada.

Nova se irguió y lo miró de frente.

—De acuerdo, Cirsus, pero te aclaro no te debo nada. Sigues siendo un mentiroso, un traidor y un pedante.

Los ojos de Cirsus la taladraron. Luego, el joven se acercó a ella, y sin darle tiempo para reaccionar, alargó un brazo, la acercó a él y presionó sus labios contra los de ella. Nova se quedó paralizada de asombro por unos instantes, en los que Cirsus se apoderó de su boca y la apretó contra él. Cuando ella reaccionó y quiso apartarse, se dio cuenta de las manos de Cirsus aprisionaban su nuca y le impedían toda retirada. La boca de Cirsus estaba en llamas, y sus labios eran suaves y tibios. Se dejó saborear y explorar por un momento, pero pronto el deseo acumulado venció a todo lo demás y la arrastró hacia esos labios que la invadían. Nova se lanzó a la boca de Cirsus, que soltó un gemido de sorpresa. Se quedó muy quieto un momento, y luego cambió el ángulo para profundizar el beso; primero con suavidad, pero pronto su delicadeza se transformó en urgencia. El calor se extendió por el cuerpo de Nova, desde su boca hasta las yemas de sus dedos, enterrados en los cabellos de él. Y de pronto, se dio cuenta de que Cirsus la tenía aprisionada entre sus brazos, y más sorprendente aún, que ella se había estirado en punta de pies y entrelazado los brazos alrededor de su cuello para apretarse contra él. El pecho de Cirsus era fuerte, pero acogedor, y el olor de su cuerpo, a sudor fresco, resina y metal, la hacía sentirse

viva. Y supo que una parte de ella se quedaría para siempre en esos brazos que la aislaban del mundo.

Cirsus fue suavizando el beso mientras aflojaba la presión en su cintura, y al fin se retiró de su boca; sus dedos demoraron un momento en la mejilla y los cabellos de Nova. Ella todavía demoró en abrir los ojos y regresar a la realidad, y cuando lo hizo, se encontró con que los intensos ojos de Cirsus volvían a atravesarla. Su expresión seguía siendo severa, pero su boca brillaba, entreabierta.

—Ahora sí que no me debes nada—dijo en voz baja.

Nova sacudió la cabeza.

—Eres un mentiroso, Cirsus, y siempre serás un engreído. Esto no cambia nada.

Cirsus asintió, satisfecho, sin suavizar el ceño.

—No aceptaría otra respuesta.

Nova dio media vuelta y con la espalda erguida, caminó hacia la sombra que ennegrecía el ángulo formado por la unión del patio y la muralla. Pero cuando llegó a la oscuridad, tuvo que apoyarse en las paredes, porque se dio cuenta de que sus rodillas temblaban y estaban a punto de fallarle.

Cuando Cirsus entró al taller, lo encontró en un silencio reconfortante. Los magos se encontraban en el sótano de la ciudadela. Azoth estaba al fondo de la habitación y volteó al escuchar la puerta.

—¿Cómo te fue?

—Bien. Sin incidentes.

Azoth mostró sus dientes blanquísimos.

—Qué alivio, Cir. Por ambos. ¿Nadie los vio?

Cirsus se dejó caer en la silla.

—No, estoy seguro de eso. Solo había unos pocos magos y sirvientes en ese piso.

—Bueno, ya uno de nosotros esta fuera.

—El menos complicado.

Azoth se asomó a la ventana. El cielo parecía un reflejo del mar embravecido, agrietado por destellos de luz plateada.

—¿Tienes idea de dónde vamos a empezar a buscar ese contrato? Este lugar es inmenso.

Cirsus negó con la cabeza. La idea de buscar un pequeño contrato, que podía estar bajo mil llaves, en un lugar tan monstruosamente grande, lo hacía sentirse diminuto. Detestaba esa sensación.

—¿Sabes que los contratos de sangre no son conocidos más que por sus firmantes?

Cirsus asintió.

—¿Y qué con eso?

—Los otros magos nos saben por qué estamos aquí. Somos herreros y se nos paga bien. El contrato debe estar en poder de nuestros amigos.

—Si eso es cierto...

Las zancadas que resonaron en el corredor no dejaron a Cirsus pensar en la respuesta. La puerta del taller se abrió de golpe y tres guardias ingresaron a la celda.

—Kilnar llama a todos los habitantes de la ciudadela al patio principal.

Cirsus y Azoth salieron de inmediato, y aun así, el patio ya estaba florecido de rostros en claroscuro bajo la luz de decenas de antorchas laterales. Cuando Cirsus y Azoth llegaron el aire estaba cargado de murmullos, como un viento ronco contra los troncos de los árboles. Los rostros de los magos exhibían una furia contenida. Las voces susurraban como olas y Azoth escuchó una palabra repetirse: *jizkitak*.

—¿Qué significa?—pregunto Azoth.

—Significa asesino—tradujo Cirsus—. Están diciendo que ha habido una traición dentro de la ciudadela...

—¡Silencio!—Nalur, el mago líder de la defensa de la fortaleza, hablaba desde el balcón del ala este, que daba al patio. Junto a él había otros nueve magos que Cirsus reconoció como sus

segundos al mando, capitanes que se encargaban de resguardar las diferentes secciones de la fortaleza.

Lentamente, de mala gana, los magos guardaron silencio.

—Me disculpo con ustedes por interrumpir el día del ritual—comenzó Nalur en voz alta—. Como saben, las festividades iban en buen curso. Sin embargo ha habido un imprevisto y hemos tenido que detener la fiesta para encargarnos de otros asuntos más urgentes.

—Escuché que hubo un ataque—dijo un mago joven a una maga de cabellos largos y negros, que se encontraban al lado de Cirsus.

—Suenan imposible—dijo la maga—. Este sitio es impenetrable. Matar a un mago de las sombras...

—Les diré lo que sabemos—la voz de Nalur, aunque baja, era imperiosa—. Uno de los nuestros ha sido asesinado. Se le encontró el cuerpo de Restre en el corredor de los calabozos. El corazón le había sido arrancado de su pecho.

Un murmullo de asombro e incredulidad recorrió el patio como una ola. Azoth volvió a escuchar la palabra de labios de los magos del sur: *jizkitak*.

—Silencio—repitió Nalur—. Es indudable que se trata de magia de las sombras. Tenemos algunas hipótesis, pero nada definitivo. Hay algunos factores importantes aquí. Uno es que es posible que hubiese un testigo.

Los gritos y reclamos se intensificaron. ¿Qué estaban haciendo por encontrar a los testigos? ¿Por qué perdían el tiempo en reuniones inútiles?

Un segundo mago se acercó al balcón. Cirsus reconoció a Torth, el mago guardián de los sótanos de la fortaleza.

—Hasta hace unas horas, una de las celdas estaba ocupada por una muchacha mortal. La chica es hija de guerreros que pertenecieron al bando real. Creemos que el asesino contó con la ayuda de la chica. Por ese motivo la habría ayudado a escapar.

Azoth miró a Cirsus, quien negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Hemos cerrado el portón y levantado el puente. Hasta no dar con una explicación a lo que ocurrió, nadie sale de la ciudadela. Se están tomando medidas para encontrar a la chica, aunque puede que tome un poco más de tiempo del que inicialmente creíamos. Uno de nuestros caballos ha desaparecido.

—Eso no debiera causarnos demasiados problemas—prosiguió Torth—. La chica va sola en un desierto en el que nunca había estado antes, y que nuestros guardias conocen palmo a palmo. Creemos que es cuestión de horas antes de que la encontremos.

Azoth miró a Cirsus.

—¿Crees que puedan...?

Cirsus negó con la cabeza. Si la atrapaban, no caería sola. Irremisiblemente, ellos también estarían atrapados.

—Hay otras medidas que tomaremos—dijo Nalur—. Nadie caminará solo en la ciudadela a menos que sea trayectos cortos y transitados.

Esta vez, el murmullo que se elevó en el patio fue de indignación.

—Se declara toque de queda después de la puesta del sol —dijo Nalur—Nadie abandona sus habitaciones, a menos que posea un permiso especial.

—No se había declarado toque de queda desde la guerra—dijo un mago detrás de Azoth.

—¿Te sorprende? —dijo un mago de mediana edad, su lado— Hay una muerte y magia negra, pero no es tan fácil. Ni siquiera un mago negro puede matar a otro mago negro con tanta facilidad.

Cirsus congeló sus facciones, pero inclinó la cabeza para escuchar la conversación. ¿Sería una coincidencia que la misma noche en que Nova escapó hubiese un mago negro asesino en la ciudadela? No lo parecía.

—Finalmente—dijo Nalur—, todos los residentes deberán poner sus armas a disposición, y solo se les permitirá tenerlas en exploraciones u ocasiones que lo ameriten. Pueden irse.

Los murmullos se fueron esparciendo en el patio como una ola.



—Solo han hablado de lo que íbamos a saber tarde o temprano—dijo Cirsus mientras caminaban de vuelta al taller.

—Sí—dijo Azoth—. Era imposible ocultarlo. ¿Cuántas personas viven aquí? ¿Cien? ¿Ciento cincuenta, tal vez?

—Están ganando tiempo.

—¿Contra quién?

—Contra los Usurpadores. Deben estar furiosos. Acaba de llegar...

Azoth abrió los ojos como un cervatillo.

—Están asustados...

—Sería de idiotas no estarlo. Hay una amenaza en la fortaleza. Se infiltró sin que nadie la viera hasta que alguien murió. Los magos de las sombras no están acostumbrados a sentirse amenazados. Y sucede en el peor momento posible. ¿Piensas que los Usurpadores van a ser compasivos?

—Mira—dijo Azoth señalando el patio.

Se encontraban en el segundo nivel de la fortaleza. Estaban solos, y sus voces resonaban en el fondo del corredor. Cirsus se asomó a la venta. Daba al patio principal, y a la luz de los antorchas, podía ver a los magos guardianes en lo alto de las murallas de la fortaleza. La mayoría de los guardias estaban apostados con vistas al muro principal y los patios laterales de la fortaleza, no sus alrededores. Por supuesto. No les interesaba lo que pasaba en ese desierto inhóspito que protegía la ciudad del exterior. La arena y el frío eran suficientes.

Azoth se paró a su lado. Frente a ellos, los muros ensombrecían el patio. En lo alto de las paredes de piedra podía ver sombras estáticas como manchas.

—Por el otro lado, habrá menos magos vigilándonos cuando busquemos ese contrato, ¿no crees?

—Sin mencionar que uno de los firmantes del contrato está muerto. Uno menos.

## Capítulo 14

Nova había estado caminando toda la noche y solo se había detenido cuando el cielo tomó un tono azulado, brillante como el agua, y decidiera tomar un descanso del impulso que la había llevado a caminar sin parar tres días para alargar la distancia que la separaba de la ciudadela. No quería pensar en cómo los recientes hechos la habían cambiado, aunque se resistiera, y en su lugar solo quería alejarse de ellos. Como si dejar de ver la fortaleza pudiese cambiar lo que estaba ocurriendo en su cuerpo en ese mismo instante.

Había estado caminando casi sin beber agua —solo había encontrado un pequeño arroyo al anochecer del día anterior— y sin comer más que hormigas y escarabajos. Y sin embargo, sus piernas fluían enérgicas y ansiosas por movimiento, como si en vez de sangre, circulara en ellas aceite ardiente. Nada de dolor, entumecimiento o cansancio. Lo detestaba.

Recordó la sensación que la había embargado, como un maremoto, cuando su mano extrajo el corazón del sombrío. Éxtasis. Como si cayese de un acantilado al agua fría en el verano. Liberador. El asco que le subió desde el estómago hasta la boca tenía el sabor de la hiel.

No sabía cuántos hijos de las sombras quedaban los Nueve Reinos, pero por la lejanía de la ciudadela y los lugares de posible emplazamiento, calculaba que no demasiados. En la fortaleza había visto cerca de cincuenta. No había muchas fortalezas como aquella, tal vez una o dos, cada una con capacidad de albergar otra media centena. Y luego estaban los Usurpadores. Había aprendido que los hijos de las sombras, estuviesen o no involucrados en la guerra, amenazarían al reino. Era solo cuestión de tiempo.

Se puso en pie y se sacudió el vestido. Si no se apresuraba los tendría a la vista pronto. Hacia el norte había una montaña que descendía hacia el mar. Giró al norte y empezó a caminar.

La puerta del salón de ceremonias se cerró, y Morgan se volvió a los doce magos que quedaban en él. Estaban sentados en la mesa que horas antes se utilizó para el ritual, y aún quedaban algunos restos de las festividades: el olor a carne asada impregnaba el salón, los

espejos empañados de humedad y las antorchas en el reflejo prestaba extra luz. Morgan mandó cerrar la puerta y se sentó en la mesa, inicialmente destinada al banquete, junto a los magos líderes de las diferentes secciones de la ciudadela.

Era doblemente insultante que el mismo día de su llegada, tanto la ciudadela como los magos de las sombras hubiesen sido burlados. Y mientras tanto, Torth parecía satisfecho con organizar esa inútil fachada en el patio, y otra más privada en el salón. Telur ya había salido en búsqueda de la muchacha, pero no esperaba sacar nada de ella...

—Bienvenido, Morgan. Lo estábamos esperando.

Morgan se sentó a la mesa.

—Como todos sabemos—empezó Ratherg, quien se había sentado a la derecha de Morgan— la fortaleza ha sufrido un ataque sin precedentes. Aunque no hemos dado aun con pruebas o rastros, hemos elaborado una lista de quienes tenían motivos para desear que Rodath desapareciera de su vista.

—Lo que puedo decirles del asesinato —dijo Tones, guardián de la puerta y el patio principal— es que fue perpetrado por un mago negro. Uno poderoso.

—¿Qué tanto?—dijo Morgan.

—Suficiente para dominar a un mago experimentado —dijo Tones.

—Eso nos permite borrar ciertos nombres de nuestra lista—dijo Morgan—. ¿Qué hay de la chica? ¿Han encontrado un vínculo entre su escape y la muerte de Rodath?

—Las horas coinciden —dijo Torth—. Así como el lugar. Yo no dejaría de lado la idea de que ambos sucesos están relacionados. Además, es evidente que la chica tuvo ayuda para escapar.

—Tenemos un traidor entre nosotros—dijo Ratherg.

—¿Podría haber sido el herrero?—preguntó Tones.

—No—dijo Morgan—. El herrero posee una habilidad única, incluso podría llamarla sobrenatural. Nunca he visto espadas como las suyas. Pero no se relaciona con la magia negra.

—Aun así, vivía con la chica al momento de atraparla—dijo Tones—. Yo no descartaría al herrero tan rápidamente.

—Tiene razón—dijo Ratherg—. No creo que el herrero haya matado a Rodath, pero podría saber algo. Deberíamos mantenerlo vigilado.

—De acuerdo—dijo Morgan—. El herrero pasa a vigilancia estrecha. Hay que prestar especial atención a con quien se relaciona, además de su pupilo. ¿Quién más?

—Tenemos varios nombres en la lista—dijo Torth—. Mular; no es secreto que él deseaba el título de guardián de las celdas y nunca aceptó que Rodath lo eligiera primero

Nalur sabía que era cierto; la predilección de Ratherg por Rodath había sido evidente desde antes de la temporada de designaciones; un error del que Ratherg parecía haber aprendido pero que aún lo perseguía. Si Ratherg no hubiese estado en el banquete toda la noche también sería sospechoso.

—Friege, Fistan-Shashan, Hubiert—dijo Ratherg.

—¿Crees que los capitanes llegarían a esos extremos para hacerse con el puesto de su líder?—dijo Tones.

—Ninguno de ellos posee una coartada infalible—dijo Torth.

—Es posible—Morgan se volvió a Torth—. Anota esos nombres. ¿Quién más?

—Tara—dijo Ratherg.

Maldición. Morgan sabía que no debía asombrarse de que el nombre de una mujer como Tara fuese nombrado entre los sospechosos—pasarla por alto era difícil, dado lo llamativo de su apariencia y su temperamento—, pero no había esperado que fuese tan rápido.

—Tara no había presentado quejas sobre Rodarth en meses—dijo Morgan.

Torth y Ratherg intercambiaron una mirada.

—Iba a ser enviada a Fontiene—dijo Torth—. Ya no habrá necesidad.

Al fin una buena noticia. Era cierto. Ya no estaba obligado a enviarla. Podía cancelar la orden y salvar las apariencias al mismo tiempo. Sin embargo, ¿tendría ella algo que ver?

Después de la pelea de aquella noche no había visto a Tara hasta horas después de que encontraron a Rodarth en el pabellón de las celdas. Era posible.

—La investigaremos—dijo Ratherg.

—¿Quién más?—dijo Morgan.

—En realidad, cualquier mago sombrío de categoría magistral debiera ser sospechoso—dijo Ratherg—, a menos que tengan una coartada firme.

—Lo que eleva el número de sospechosos a cerca de veinte magos—dijo Torth.

—En otras palabras, los únicos magos de categoría magistral eximidos de culpa son los presentes—dijo Morgan.

—Exacto—dijo Ratherg—. Pero confío en que las investigaciones estrecharán el círculo.

Despertar era probablemente el peor momento del día. Encontrarse con ese techo agrietado, bajar la vista y ver los barrotes en la ventana, y confirmar, otra vez, que no estaba soñando.

Se les había despojado de toda privacidad. Se encontraban en una habitación con otras trece camas, cuyos ocupantes —cocineros, limpiadores, carpinteros y demás sirvientes de la ciudadela—debían apagar las velas al sonido de una campana. La puerta era asegurada y nadie podía salir hasta el amanecer. Azoth odiaba el confinamiento. La enormidad de la ciudadela solo servía para albergar más carceleros, con los que se cruzaba apenas salía de la habitación.

Habían mudado a todos los sirvientes al mismo pabellón, de modo que solo se requería de tres guardias —uno al pie de la escalera, otro en medio del pasillo y uno al final del corredor— para vigilar todas las puertas. Por eso, al abrir la puerta de su habitación se encontraba invariablemente con una estatua viviente: un guardia con espada y en el mismo puesto, que estaría allí mismo cuando regresase de trabajar.

Al abandonar la habitación, sintió un cosquilleo en la nuca; no era la primera vez. Sabía que lo sentiría al salir al patio bajo cielo abierto, proveniente de las ventanas y puestos en las murallas; que la sensación lo seguiría al ingresar al corredor alfombrado, cuando caminase por el

recibidor del ala norte, y que los magos voltearían la cabeza cuando pasase a su lado. Al pasar frente del salón principal, una pareja de magos —una maga de piel agrietada de pergamino y ojos amarillentos, de largo vestido azul, que hablaba con un mago de mediana edad, enfundado en botas de cuero y apoyado en un bastón— callaron y murmuraron algo que no pudo oír. Pasó de largo y atravesó el portón que daba a un segundo patio, más amplio, pero también más sombrío: servía de puente entre el ala norte, la más amplia de la ciudadela, y la torre, por lo que estaba circundado por altas paredes de piedra tosca. En los puestos de vigilancia podía ver guardianes erguidos, con lanzas a los costados. El tedio era desesperante. Atravesó a toda prisa el patio e ingresó finalmente al ala norte, que hospedaba los talleres y puestos de servicio. El taller se encontraba en la primera habitación del corredor, y no tenía puerta, o mejor dicho, ya no tenía puerta. Había sido removida desde sus goznes un día después de que se encontrase el cuerpo sin vida de Rodath. Otro aditivo era el guardia en el corredor, por supuesto.

Cirsus prendió fuego a la forja cuando lo vio entrar. La rueda empezó a moverse y la habitación se inundó de un olor a sulfato y un sonido rechinante.

—Lo logré. Forina nos espera en la biblioteca a la hora de la comida—susurró Cirsus.

—De acuerdo—Azoth tomó el martillo de bola y una lanza que había dejado inacabada la noche anterior y se sentó a trabajar.

Siempre era una buena noticia que la biblioteca estuviese desierta en horas de la comida. A pesar del inevitable guardia en la puerta, el lugar tenía un aire de calma que Azoth no había respirado en semanas. Los únicos habitantes de la biblioteca eran libros: libros alineados en anaqueles, amontonados en rincones, apilados en sobre mesas, como un bosque de papel encerrado en muros de piedra.

Forina se encontraba al fondo de la sala de mapas de la biblioteca, sentada en una mesa, leyendo un libro. Era la única persona *jogort*, sin contar a los herreros, a quien se permitía servir en un puesto especializado. Por supuesto, el precio había sido el mismo que el que ellos habían pagado: un contrato de sangre, que al igual que ellos, había perdido. Azoth sólo sabía que Forina

había perdido a su hermana debido a una enfermedad durante los primeros meses de la guerra, a pesar del dinero provisto por los magos, y que no había podido pagarles la deuda. Había sido llevada a la fortaleza cuanto no era más que una adolescente, y no había salido de ella desde entonces. Ahora era una mujer de mediana edad, ojos grises y labios delgados, a la que los magos parecían haberse acostumbrado a pasar por alto, seguros de que sólo dejaría la fortaleza en un ataúd.

Cuando se acercaron, cerró el libro sin levantar la vista.

—Tomen asiento—su acento del este era marcado, a pesar de sus años en la fortaleza.

—Gracias por recibirnos, Forina—dijo Cirsus—. Hukro nos habló de lo que haces. Tu ayuda puede significar la diferencia entre quedarnos aquí para siempre o ser libres de nuevo.

—Lo sé, forjador. Pero lo que me pides no es fácil. Eres un prisionero tan valioso como peligroso. Te vigilan estrechamente, no como al resto de nosotros.

—¿Qué tiene Cirsus de especial?—preguntó Azoth.

—La chica que ayudaste a escapar desapareció la noche en que Rodarth murió—Forina bajó la voz hasta que fue casi inaudible—. No solo murió en el pabellón de las celdas, sino que fue herido por una magia sombría muy poderosa. Piensan que hay un espía en la ciudadela.

—Y ese espía, ¿podría ser yo?

—Sí. Aunque no eres un mago, las espadas que fabricas pueden intimidar a un mago de alto nivel. La mejor explicación, hasta ahora, es que obligaste a un mago a asesinar a Rodarth, y luego libertaste a la chica.

—Suenas complicado—dijo Azoth.

—Sin mencionar que me tomo demasiadas molestias por una chica—dijo Cirsus.

Forina lo encaró, curiosa.

—Discúlpame, forjador. No fui yo quien insinuó que tienes un corazón. Es simplemente la hipótesis más creíble, de momento.

—No tuve nada que ver con el asesinato de Rodarth—dijo Cirsus.

—Me confundes con una maga mental, muchacho—dijo Forinea—. Nunca sé cuándo la gente me miente y a decir verdad, no me importa si tuviste algo que ver con la muerte del mago; él nunca me gustó. Era mentiroso y mezquino. Le dijo a Turetra que yo me había robado mapas del sótano. Me azotaron a mí, a pesar de que sabían que Rodarth los tenía.

—Lo siento—dijo Azoth.

—Más lo sentirá Turetra cuando llegue el momento—la voz de Forinea era un río en creciente de rencor—. Pero deben tener cuidado. Los vigilan. Hay pocos lugares en donde no son escuchados. Este es uno de ellos, siempre y cuando mantengan la voz baja y no vengán muy seguido.

—Dinos dónde está el contrato y podemos irnos.

Forinea miraba la ventana como si la respuesta pudiera llegar volando del aire.

—Tengo una condición—dijo finalmente.

—¿Quieres que te llevemos con nosotros?—dijo Cirsus—. Sabes que no...

—No. Necesito que busquen a una persona y le entreguen una carta.

—¿Quién?

—Se llama Haily de Etrai. Es una hija del trueno que conocí antes de la guerra del Index. Jurarán por todo lo sagrado que la encontrarán, que le entregarán la carta y que no leerán su contenido. Aceptan, y les ayudo a desaparecer ese contrato y a escapar de la fortaleza.

—¿Forina, te molesta si hablo un momento con Cirsus?—dijo Azoth.

Forina se levantó y abandonó la sala.

—¿Estás seguro de que no estamos cambiando un contrato por otro?—susurró Azoth.

—Al menos has aprendido una lección, muchacho —murmuró—. La última vez el peligro era evidente y no te vi quejándote.

—No quiero buscar a una mujer en el fin del mundo y darle una carta que tal vez contenga instrucciones de hervirnos vivos.

—¿Prefieres quedarte aquí, enterrado vivo?



—No—Azoth se daba cuenta de que empezaba a sonar como un niño pequeño—. Pero de verdad, Cirsus, podríamos hacer algo más...

—Bueno, la opción es tener un par de ojos perforándonos la nuca cuando caminemos por la fortaleza, compartir la habitación con veinte personas y tener un guardia afuera de cada cuarto que ocupemos, por el resto de nuestras vidas, al menos hasta que Nalur decida que ya no le somos útiles.

—Podríamos hacer un nuevo acuerdo...

—No—dijo Cirsus—. ¿No has visto a los sirvientes? Todos son no mágicos, como nosotros. Los magos sombríos no tienen nada que ganar a cambio de un nuevo acuerdo. Poseen nuestra sangre. Es todo. Allí se acaba el contrato. No podemos darles nada más.

Azoth bajó la cabeza, apabullado. Dios mío, era verdad. No habría negociación. No habría segunda oportunidad. Nadie podría hacer nada por ellos, ni siquiera el tiempo. Tendrían que encontrar ese contrato en medio de las decenas de pasillos, cientos de habitaciones, en torres y sótanos, tras puertas cerradas con llave. Era difícil aun sin contar vigilancia. Forina tenía idea de dónde podría estar y de cómo encontrarla minimizando el riesgo, según había dicho. Sin ella, podían pasar la vida buscando.

—¿No hay alternativa?

—Solo morir y dejarlos sin espadas. ¿Forina?

La mujer atravesó la puerta y se los quedó mirando.

—Estoy de acuerdo—dijo Cirsus.

Forina levantó la cabeza del mapa que había estado estudiando.

—¿Qué hay de ti, muchacho?

—Al salir de aquí, lo primero que haremos es encontrar a esa persona y darle la carta. Será prioridad.

Forina asintió.

—Tengo su palabra, entonces. Siéntense.

—¿Cómo puedes ayudarnos?—dijo Cirsus acomodándose en su silla.

—Cuando llegué aquí había muchos más sirvientes no mágicos de los que hay ahora. Conozco la fortaleza como ningún mago de las sombras. Incluso sus pasajes ocultos, los que los magos han olvidado hace generaciones y que han quedado en la memoria de sus sirvientes. Muchos nacieron aquí y heredaron el conocimiento de sus padres y abuelos.

—¿Tienes un mapa de todos los pasajes de la fortaleza?—pregunto Cirsus.

—Sí. Decenas de ellos. Detallados y precisos, y a salvo de los magos.

—¿Los pasajes nos pueden sacar de nuestra habitación?—preguntó Azoth.

—Sí. Sólo tienen que esperar a que sus compañeros de habitación duerman. Hay un pasaje en los lavados, detrás de una de las columnas principales. La ventilación no es muy buena, y probablemente esté infestado de alimañas, pero los sacaré de allí. Y entonces tendremos que empezar a buscar habitación por habitación, y crear una ruta de los pasajes para llegar allí—  
levantó los ojos grises para mirar a Cirsus—. Puede tomar un tiempo, herrero.

—Entonces lo mejor será empezar esta noche.

Forina asintió.

—Iré a buscar la carta y los mapas.

## Capítulo 15

Si no se miraba con atención, la puerta de entrada al pasaje pasaba como cualquier juntura de las piedras, e incluso entonces, especialmente con el polvo y el desgaste, parecía una sección de piedras organizada de una manera inusualmente vertical, nada más. Nada indicaba que allí había una puerta. En las semanas que llevaban en la ciudadela, a Azoth no se le había ocurrido que esas murallas pesadas e inmortales guardaran puertas móviles a su interior.

Cirsus se puso de cuclillas y tanteó en la oscuridad. Ambos estaban vestidos de negro, con botas de cuero para abrigar los pies y gruesas capas de lana sobre los hombros. Debajo de su capa, insertados en un largo arco de cuero, Cirsus llevaba media docena de dagas y puñales de distintos tamaños. Al abrir la capa daba la impresión de la mandíbula de un animal salvaje.

—Az, muévete.

Azoth acercó la antorcha y Cirsus encontró palanca, que se accionó con un crac. La puerta se sumergió en la pared de piedra y dejó pasó a un pasadizo ennegrecido y largo como la sombra de una serpiente.

Azoth siguió a Cirsus al interior del pasadizo. El cambio fue inmediato. El pasadizo lo asfixió con su hálito de polvo de ultratumba. La luz de la antorcha parecía penetrar un manto líquido, pues solo extendía su brillo por unos cuantos pasos, y más adelante, la oscuridad la tragaba.

—¿Tienes el mapa?

—Sí—Azoth abrió un pergamino. Lo hubiese querido abrir más, pero el pasadizo era tan estrecho que apenas permitía que un solo hombre caminase por él.

—¿Nos ves?

—Aquí—Azoth dejó el mapa en el suelo y Cirsus acercó la antorcha—. Estamos en este punto—. Azoth señaló un punto entre diversas intersecciones de líneas y curvas. El pasadizo donde se encontraban era estrecho, y por un trecho, corría paralelo al ala oeste.

—Empecemos a buscar.

Azoth siguió a Cirus por el laberinto de sederos subterráneos, sintiendo que caminaban en el mausoleo de un gigante. Los senderos lo abrumaban, y le costaba mantener la concentración en el mapa con sus cientos de trazos entrecruzados.

—Respira, Az—dijo Cirus sin voltear a verlo—. Yo también detesto los espacios estrechos.

Era cierto. Cirus no soportaba cualquier tipo de confinamiento, ya fuese físico o mental. Azoth sabía que se debía a sus años de esclavo. Se preguntó qué otros rasgos de su personalidad se habían forjado con sus cadenas, y si ese ansia de riesgo que los había llevado a firmar ese maldito contrato era en verdad una reacción por haber sido privado de una vida real y poder de decisión por años.

Pero Cirus lideraba el camino sin voltear. La antorcha fulguraba contra la oscuridad opresiva y su estela avanzaba delante de Azoth como la cola de un león en alerta.

—¿Te parece una salida?—dijo Cirus.

Se había detenido frente a la pared. Eso era todo. Azoth no vio ninguna señal que indicara que allí había una salida.

—No.

—Fíjate bien—Cirus señaló el muro—. Allí. Las juntas de las rocas están organizadas verticalmente.

Era verdad. Las juntas coincidían y terminaban en la misma línea.

—Parece una puerta.

—¿La primera que pasamos?

—¿Cómo lo voy a saber? Hasta hace un instante no parecía una salida para mí.

Cirus sacó un pedazo de carbón de su bolsillo y marcó una cruz con trazos gruesos.

—Me parece bastante visible ahora—Azoth abrió el mapa—. Una menos, faltan cincuenta y tres.

—Presta atención, es difícil de notar.

—¿Y esa curva?—dijo Cirus—. Debiera de venir después de dos puertas.

Azoth se detuvo. Era verdad. El pasadizo en el que se encontraban describía ahora una suave curvatura que aparecía en el mapa, pero Forinea había destacado las tres puertas que debían pasar de largo antes de llegar a ella.

—Hemos pasado de largo dos puertas—Cirsus parecía hablar de brujos asesinos, y no de piedras superpuestas.

—Pero estamos en camino...

—¿Cómo sabremos cuando encontramos la salida? Podríamos salir una entrada después, en el pasadizo que da a la sala general. Los magos se preguntaran qué hacemos saliendo de una pared...

Azoth se detuvo.

—Oh.

—Tenemos que estar seguros de que salimos por la puerta correcta.

—Mira—Azoth abrió el mapa—. Estamos aquí—señaló el lugar en el que el pasadizo empezaba a formar una curva.

—Sí, pero hay una puerta a pocos pasos de la curva, y no la veo. Debe estar por acá—Cirsus levantó la antorcha y la acercó al muro—. Nada... nada...

—Tal vez unos pasos más adelante...

—No. Es aquí. Antes de retomar la línea recta. Mira.

Azoth avanzó unos pasos. Era verdad. El camino volvía a tomar su forma recta.

—Debe estar aquí—Cirsus retrocedió varios pasos y acercó la antorcha hasta negrear la piedra.

—Aquí—Azoth contuvo el aliento como si el muro pudiese oírlo—. Mira.

Cirsus acercó la antorcha y Azoth lo vio con claridad. Una línea vertical de piedras acumuladas una sobre otra, las juntas perfectas, aunque llenas de polvo y tierra. Cirsus recorrió las juntas con la antorcha hasta encontrar el borroso rectángulo de una puerta que parecía no haber sido abierta en siglos. Sacó el carbón de su bolsillo y marcó una segunda cruz negra, de trazos toscos.

—Sigamos.

Hatcher la guiaba hasta la ciudadela y le mostraba a su madre. Estaba herida, pero viva y feliz, junto a su padre. Khalil le había sonreído mostrando unos dientes amarillentos, su piel dura y rugosa como la corteza de un árbol, sus ojos rojos como hierro sobre fuego.

“Fui yo, Nova”.

Su madre le había sonreído, feliz, pero sus ojos lloraban sangre.

Y entonces había gritado.

O eso pensó Nova cuando abrió los ojos en la oscuridad. Estaba tendida en la parte baja de una duna y sobre su cabeza solo estaba el cielo infinito, salpicado de plata.

Solo había sido una pesadilla. No era cierto. El hecho de que Hatcher hubiese querido jugar con ella no significaba nada. Era un mago de las sombras. Era lo que sabía hacer. Los magos de las sombras herían tu cuerpo, y si no podían, jugaban con tu mente. Siempre lo había sabido.

Pero no podía dejar de pensar en ello. Hatcher no le había dado pruebas. Ni siquiera testigos. No encajaba, ni tenía sentido. Y sin embargo, algo la molestaba.

La magia de las sombras había sido parte de ella sin que la tuviese que tomar de un mago negro. Le era innata, y solo había dos maneras de nacer como maga de las sombras. La primera era ser hija de un mago sombrío. La segunda era ser hija de un mago que cometiera numerosos crímenes, de tal modo que su esencia se trastocara.

Las dos opciones eran terribles.

Lo único que quedaba de Hatcher en el mundo era un bulto de tierra floja en el patio trasero. Las sombras de los árboles en flor camuflaban la tierra, que en pocos días se inundaría en una laguna verde.

Los días empezaban a alargarse y las hojas a perder su color. Había perdido medio año, y no tenía idea de dónde estarían los Siete Usurpadores. No los había visto ni sabido de sus planes.

Porque tan cierto como que habían matado a su madre y a su padre era que tenían planes, que un día, más pronto que tarde, el mundo sabría de su presencia.

Ya no podía dormir. Una hora la había revigorizado y estaba lista para caminar de nuevo. Malditos magos de las sombras, ¿cómo se las ingeniaban para enfrentar al mundo así? Extrañaba dormir, desconectarse de sus problemas por un tercio del día. Tal vez por eso los magos de las sombras parecían todos dementes y asesinos, por esa falta de descanso mental que incluso los hijos del trueno lograban. Genial, iba a empezar volverse loca.

El amanecer debía estar cerca. Azoth lo sintió en las tripas, si no en la luz. Aquí no la habría jamás. El frío tampoco se iría. Bajó la vista al mapa: habían marcado diecisiete puertas, de forma bastante esporádica por cierto, y habían hecho varios rodeos que, por lo que a él respectaba, podían haberlos perdido por completo dentro del laberinto de piedra que había resultado ser este circuito de pasadizos.

—Cirsus, tenemos que volver ya.

—Aun no. Creo que estamos cerca.

—Van a notar nuestra falta.

—Solo unos pasos más. Unos minutos más. Va a hacer un giro abrupto a la derecha, y dos puertas más allá encontraremos la sala de Nalur.

Azoth tomó aire antes de contestar.

—De acuerdo.

El color terroso que manchaba el otrora plomo de las piedras lo mareaba. Como un enorme pantano congelado. Diablos. Definitivamente congelado. Su aliento se dibujaba de bruma en el aire.

—Ya debemos estar cerca—en la voz de Cirsus se notaba la emoción. El pasadizo parecía terminar unos pasos más adelante.

—¡Apresúrate!

Azoth corrió tras Cirsus. Parecía que era cierto. Podía ver la pared cerrando el paso. Azoth casi se dio de bruces con la pared.

El pasadizo se abría en dos direcciones. Dos caminos.

—Azoth, el mapa.

Azoth abrió el pergamino. Muchos pasadizos se abrían en dos direcciones, pero ninguno en la ruta que habían planeado. Sintió un nido de serpientes en el estómago cuando se dio cuenta de que no tenía idea de dónde estaban.

—Hay un pasadizo de dos caminos a tres puertas de la sala de Nalur—dijo Cirsus—. Tal vez tengamos suerte...

Azoth dio un paso atrás.

—¿Cómo sabes que es pasadizo correcto? Podría ser la puerta después de este pasaje, que desemboca en el patio. Nos verían de inmediato.

—Podía ser—Cirsus endureció la quijada en un gesto de terquedad que Azoth conocía bien. Maldita sea—. Pero si no comprobamos ahora, habremos perdido toda la noche.

—Pues la perderemos. Prefiero perder toda la noche que ser atrapado saliendo de una pared que ni los magos conocían. ¿Crees que nos creerán si les decimos que estábamos haciendo mantenimiento de tuberías?

—Tenemos una excelente oportunidad de encontrar ese contrato aquí y ahora, Azoth—dijo Cirsus bajando la voz.

—Pues tómala tú. Yo me voy.

Dio media vuelta y se alejó de Cirsus.

—El mapa—dijo Cirsus a su espada.

Azoth se dio la vuelta.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Sabes que no. El mapa, Azoth.

—¿Qué te hace creer que tienes más derecho a él que yo?



Cirsus dio dos pasos hacia él. Azoth levantó la cara para mirarlo. Cirsus le llevaba una cabeza. Tenía una contextura más musculosa, pero su trabajo era más pesado, y se le notaba exhausto.

—Dame el maldito mapa.

—¿Para que te lo quiten en cinco respiros, cuando te arresten? Me temo que...

Un puñetazo en la quijada lo interrumpió, seguido del estallido del piso contra su cabeza. Las manos de Cirsus arrancaron el mapa doblado de las suyas.

—Si quieres quedarte de mascota de los sombríos, no es mi problema. Pero no te quedas con mi mapa—dijo alejándose.

Azoth se levantó y se lanzó contra la espada de Cirsus, dándole contra la pared. El mapa cayó a un lado y antes de que Azoth pudiera tomarlo, Cirsus lo lanzó con el brazo al pie de la puerta de piedra cerrada. Aun sobre Cirsus, Azoth le tiró un puñetazo en la cara.

—Me voy—dijo tomando el mapa.

—No, no te vas—Cirsus alargó el brazo y accionó la palanca de la puerta, que se abrió con un gemido.

Las piernas de Azoth se helaron, y tuvo que volverse a ver.

Afuera solo había oscuridad. Aún era noche cerrada. Cirsus salió del pasadizo y tras unos instantes de duda, Azoth decidió salir.

Lo primero que notó era que se trataba de una habitación pequeña, con estantes y muebles elegantes. Había vinos y libros pesados, alfombras lustrosas y ventanas de cristal.

—Son los aposentos de Nalur—dijo Cirsus—. Mira—señaló un mapa que colgaba de la pared, que mostraba la organización del ala norte.

—Nalur se levanta temprano, así que es mejor que empecemos a buscar ese mapa—dijo Azoth.

—Tú busca en los cajones. Yo miro los estantes—dijo Cirsus.

Azoth abrió los cajones uno a uno. No era fácil. Estaban rebosantes de papeles y pergaminos, acumulados unos sobre otros. Maldición. Nalur era el mago más desordenado que había visto en la fortaleza.

—Nada en este estante—dijo Cirsus.

—Nada en estos dos cajones, pero aún faltan cuatro más—Azoth miró por la ventana, cuyo rectángulo empezaba a destacar, azulado, contra las piedras de la habitación—. ¿Cuánto tiempo demora Nalur en hacer la formación?

—No mucho. Después de formar debe revisar armas, pero solo para cerciorarse de que están todas.

Azoth revolvió en el tercer cajón.

—Nada. ¿Cómo vas tú?

—No veo contratos de ninguna clase. No lo puedo creer. Nalur debe tenerlos. ¿Quién si no?

—Mira—dijo Cirsus señalando una pared desnuda.

Azoth se volvió y no vio nada.

—Es una pared, Cirsus.

Un cuadrado borroso incrustado en la piedra. Azoth se acercó: una puerta secreta, pequeña y prácticamente invisible. La palanca era un montículo que bien podía pasar por una deformación en la roca, nada inusual. Cirsus accionó la palanca y la puerta se abrió con un gemido ronco.

La bóveda era pequeña, y ocultaba una segunda puerta que tenía cerrojo. Un candado de hierro colgaba como una piedra. Cirsus sacó su daga, la insertó en el aro del cerrojo y lo quebró con un sonoro crac. La segunda puerta de la bóveda se abrió. Tras ella había una carpeta de la que rebosaban pergaminos. Cirsus le dio la antorcha a Azoth y empezó a pasar las hojas una a una.

—Son contratos. Todos de sangre. Dios, ¿de cuántos esclavos se han hecho por medio de esta trampa?

—Habrán dos menos esta noche.

—Así es. Aquí está el nuestro—dijo Cirsus.

Azoth lo tomó de sus manos. Era verdad. El contrato estipulaba la forja de las espadas y su firma tierra adornaba la parte baja del papel.

—Hola, vieja amiga—dijo Cirsus sonriendo.

Azoth vio de lo que se trataba. Injusticia. La espada brillaba al fondo de la bóveda oscura como una sonrisa de plata. Cirsus la tomó con una delicadeza que no había mostrado hacia ningún ser humano. Luego tomó el fajo de papeles. Entre ellos sacó un pergamino que Azoth reconoció con terror y alivio.

—¿Solo debemos destruirlo?

—Sí—dijo Cirsus. Con eso bastará. Pero no será lo único que hagamos—Cirsus tomó el fajo de contratos y los quemó con la antorcha. Luego pasó el fuego por el fajo de papeles—. Vamos a complicarles la vida de lo lindo.

—¡Qué haces! ¡Se dará cuenta de que estuvimos aquí!—dijo Azoth.

—Se dará cuenta de todas maneras cuando nuestro contrato desaparezca. Sin mencionar a Injusticia y a nosotros. Piensa en los demás. En Forinea, en toda la población no mágica de la ciudadela.

—¡De acuerdo! ¡Pero vámonos ya!

Cirsus cerró la bóveda.

—Revisemos la habitación. Huellas, suciedad, lo que sea. Que se den cuenta lo más tarde posible.

Azoth bajó la antorcha. Había algunas cenizas en el suelo que se dispersaron cuando pasó la mano. Cirsus buscó en los rincones de la habitación.

—Nada más. ¡Vámonos!—dijo Azoth.

La puerta se abrió.

Nalur entró a la habitación. Cuando lo vio, Azoth se dio cuenta de que el mago no había planeado tener compañía. Se detuvo un instante con una expresión más de sorpresa que de

miedo, pero pronto pasó al estupor cuando Cirsus le clavó a Injusticia por la espada, a la altura del corazón. Azoth dejó caer la antorcha, que cayó al suelo, frente al rostro agónico de Nalur. Su boca abierta proyectó una larga sombra que se confundió con la sangre que brotaba, como una cueva desfigurada.

—No me digas que ahora me tengo que sentir culpable, idiota—dijo Cirsus inclinándose hacia el mago—. Dar golpes por la espalda es muy de tu estilo.

Azoth sintió una mano que lo sacudía.

—¡Te he dicho que te muevas! ¿Qué demonios te pasa?

Era Cirsus. Tenía la antorcha en la mano. En el suelo, Nalur yacía con los ojos como lunas de sangre. Su boca parecía a punto de gritar. No lo iba a hacer. Nalur iba a estar a punto de gritar por el resto de la eternidad.

Cirsus le dio la antorcha y abrió el mapa.

—Estamos en el despacho de Nalur—dijo siguiendo la ruta con los dedos—las puertas marcadas son este, esta, doblamos a la derecha, giramos hacia la... ¿Estás bien?

Azoth sacudió la cabeza, incrédulo.

—Lo matase, sin más. Nunca te había visto hacer algo así.

Cirsus dobló el mapa y lo guardó en su pechera. .

—Az, sabes lo que iba a pasar. Pensé en pelear con él y matarlo con más honor, pero no teníamos tiempo ni podíamos hacer ruido. ¿Lo entiendes?

Azoth asintió con la cabeza baja.

—Vámonos—Cirsus le sonrió—. No quiero más discusiones contigo—se llevó la mano a la cabeza—. Te estás volviendo endemoniadamente fuerte.

—Creo que no podemos perder más tiempo.

—Eso dije...

—Me refiero al laberinto. Nadie sabe que quemamos el contrato. Nadie sabe que Nalur está muerto. Lo acaban de ver, y no debe presentarse hasta el mediodía. Dos puertas más allá

tenemos una salida a la sala del ala norte. Estará despejada y a esta hora nadie sospechará al vernos. La salida por el laberinto toma varias curvas y posibles fallos. Ganaremos varias horas.

Cirsus examinó el pergamino.

—¿Desde cuándo te gusta tomar riesgos?

—Hasta ahora ha resultado. Excepto por usar mi sangre por negocios. No vuelvo a firmar nada para ti.

—Sabía que tu faceta de héroe no duraría—Cirsus pasó el dedo por la pared de piedra—. Un rectángulo perfecto. Faltan dos.

El pasadizo no ofrecía ningún punto de ubicación, ni se le hacía más familiar ahora que lo cruzaban de regreso; sin embargo, la antorcha iluminaba con más claridad y la frialdad de las piedras se había entibiado.

—Esta es—Cirsus señaló un punto marcado con una cruz en el mapa.

Cirsus abrió la puerta. Al salir se encontraron en una amplia habitación de ventanas altas, alfombrada y adornada con antorchas y muebles de piel.

—Parece que lo logramos...

Cirsus abrió el portón de madera que daba al patio, a pocos pasos del taller.

—Huyamos antes de que encuentren a Nalur.

—Espera. ¡Mira!—Azoth señaló el patio.

Un grupo de personas se acercaban. Cirsus retrocedió y Azoth lo siguió hasta la sala.

—Vienen para acá.

Cirsus ingresó al pasadizo, que aún no habían cerrado, y accionó la palanca. Azoth tomó a Injusticia del cinto de Cirsus y la puso en el suelo, entre la puerta de piedra y su marco. La espada dejó un resquicio abierto.

—¿Qué haces?

—Sabes que el acero de Kriyak resiste esto y más—dijo Azoth—. Quiero saber si encontraron a Nalur.

Los cinco hombres ingresaron a la sala. Por el resquicio, Azoth vio que efectivamente se trataba de magos: Raterg, Torth, Gustef y Manaeth, y un sirviente mortal.

—No están en sus dormitorios—dijo Torth.

—¿Cómo escaparon? Había guardias apostados afuera de sus dormitorios y a cada lado del corredor.

—Solo la magia pudo haberlos ayudado—dijo Torth—. ¿Me crees ahora que fueron ellos quienes asesinaron a Rodath?

—No—dijo Raterg—. Pero ahora creo que son los suficientemente fuertes como para dominar a un mago de las sombras y obligarlo a atacar a uno de los suyos. Se volvió a Manaeth—. Recuenten a la poblacion del a ciudadela. Quiero saber si alguien falta. Busquen a Nalur. Necesitamos ese contrato y deshacernos de ellos hoy mismo.

Azoth sintió que la sangre abandonaba su cara. Tuvo frío.

—Az, muévete. Tenemos que irnos ya.

Cirsus tomó a Injusticia y la arrastró suavemente dentro del pasillo. La puerta se cerró sin ruido.

—Tenemos que ser extra cuidadosos con este mapa—dijo Cirsus abriendo el pergamino—. No podemos volvernos a perder. De acuerdo, empecemos. Veintisiete puertas.

A la luz de la antorcha, Azoth vio los surcos negros bajo los ojos de Cirsus.

## Capítulo 16

El mundo era una sábana de arena extendida hasta el infinito. La ciudadela se había escondido en el horizonte hacía tiempo. Anteayer, o antes de ese día, había pisado una piedra apenas asomada en la arena con los pies descalzos; su filo la había hecho caer al piso apretando los dientes, y desde entonces caminaba con los ojos bajos, fijos en el suelo, dejando un fino reguero de vino en la arena enjuta.

El sol era un clavel marchito arrastrándose en una bóveda de metal fundido. El taller de Cirsus podría haber funcionado perfectamente en este desierto eterno. El aliento del sol había besado con tanto afán la piel de Nova que le había abierto una telaraña de venas en la piel, ya antes curtida por el viento, el suelo y la roca. Si tuviera un espejo probablemente su reflejo les mostraría algo más acorde con los hijos de la noche y cada vez más lejos de Haily.

Habían pasado pocos periodos desde la última vez que comiera o bebiera. Sus venas eran anguilas frenéticas. Una energía que nunca había sentido la invadía como un maremoto. Aun así, la sed empezaba a rasguñarle la garganta.

La daga que Cirsus le había dado se había calentado por el aire del desierto y le quemaba el muslo como si su propio maestro de espadas le mordiera la piel. Dolía, pero no apartaba la daga de su cuerpo. El beso de Cirus también había sido así: punzante, quemante, pero adictivo.

Suspiró y al pasarse la mano por la frente, la empapó de sudor tibio. Probablemente los muchachos estarían fundiendo el acero con oro y platino, martilleando la hoja de las espadas hasta que perdiera casi todo su grosor; al final, las espadas de Cirsus parecían tener una fila de dientes escondidos dentro de ellas. Por eso trabajaban horas en una sola hoja de espada. Al dejar el taller, ya tarde en la noche, se les abriría la puerta a los comedores y se les daría probablemente el mismo asado de res con zanahorias y guiso, tan frío que se podía ver gruesas gotas de aceite condensadas en el caldo. Pero llenaba el estómago y la carne era masticable. El vino parecía sacado del último jugo de las uvas, un agua rosácea que no había visto jamás en Etrai, pero calmaba la sed. Al salir del comedor se les permitiría ir a sus dormitorios y dormir en

camas estrechas y duras, pero al menos tenían paja en el colchón, a diferencia del suelo de piedra que le había servido de cama en la celda de la ciudadela.

Al principio le pareció un espejismo. Podía esa línea del cielo sobre el horizonte que a veces tomaba un color más azulado. Pero aunque sutil, la diferencia de colores estaba allí. Un río. No estaba muy lejos, tal vez a varias horas de camino. Si no se detenía, podía llegar a él hoy mismo.

Al caer, sus dedos desnudos se enterraban en la arena, insensibilizados a su ardor. Al subir las dunas los músculos le quemaban como leche caliente. Al bajar, se rendían al cansancio y debía frenar el deseo de dejarse caer desde la altura. El viento candente hacía volar la arena en espirales a su alrededor. Se le pegaba a la cara y metía en los ojos, pegajosa como huevos de larvas.

El sol siguió su lánguido camino hacia la arena occidental hasta que el cielo se convirtió en el interior de una enorme concha de mar, y las dunas en corales. A lo lejos escuchó un siseo. Podía ser el viento arrullando la arena, pero su ritmo constante era diferente de los vientos del desierto abierto. ¡El río! La llamaba como un hechizo. Nova trató de correr, azuzada por el ardor y la sed, pero a los pocos pasos sintió una punzada en el pecho y tuvo que caminar. Sus pies parecían succionados con cada paso por la boca de la arena, pero ya estaba cerca: podía escuchar el agua cantando con burbujas de frescura en el aire tibio.

Apresuró sus pasos. ¿Moriría antes de que el agua tocara sus labios? No, sería demasiado absurdo. Frente a ella las dunas se convertían lentamente en colinas, y más adelante se alzaban las montañas. Debía trepar más que antes. Los pies se le anclaban en la arena, rebeldes, pero había algo debajo de su piel, quizás sus huesos, que la impulsaba adelante. Quizá el odio.

El río apareció al llegar a la cúspide de la duna. Corría muy abajo, en el valle formado por las primeras colinas del desierto, y marcaba el inicio de su fin. A partir de la otra orilla aparecían motas de paja, suelos de roca gris y oscilaciones formadas por montañas pedregosas. Y más allá, lejana como una alucinación, una ciudad amurallada. Las luces de sus casas se desplegaban como un mar de luceros, hasta perderse en el horizonte.



Nova tropezó, más que bajó por la duna. Aunque trataba de hundir los pies, la arena no ofrecía soporte. Sus piernas eran carne hervida; sus huesos, ramas secas. Las rodillas se le doblaron por el esfuerzo y resbaló. Cayó, medio rodando por la duna, la arena como lija en la piel, hasta que el suelo la detuvo con un golpe.

Fue como si tocara tierra húmeda por primera vez en su vida. El lodo estaba fresco y su olor le hizo recordar a Medianoche. Se arrastró a la orilla del río y sumergió la cabeza en la corriente. El agua llenó su boca con una explosión de placer, hasta hacerla jadear de emoción. Se tumbó en el suelo y le sonrió al cielo abierto. Era libre, el desierto se había terminado. Había esperanza.

Y entonces una voz de ultratumba la hizo saltar de terror.

—Me equivoqué contigo, gatita.

—Veintiséis.

—No, veinticinco.

—¿Seguro? ¿Qué me dices de la puerta que acabamos de marcar?

—Esa es la veinticinco.

—Lo que sea—dijo Cirsus apoyándose en la pared fría—. Ya casi prefiero que nos encuentren los sombríos a seguir aquí una hora más. Me muero de sed.

Azoth asintió. Tenía la garganta hecha un pozo de arena.

—Ya casi llegamos. ¡Mira! Veintiséis. La siguiente debe dar al patio trasero.

—Y de allí al desierto. No olvides sacar comida de los establos. No tendremos nada más en días.

Cirsus sacó el carbón de su bolsillo y marcó la puerta. Azoth se apoyó en la pared, y las piernas no le dieron para más.

—Camina, Az.

Azoth sacudió la cabeza.

—Sólo un momento. No me puedo mover, Cir.

Cirsus levantó a Azoth de las axilas y pasó el brazo por sus hombros, dándole un apoyo para avanzar.

—Camina. No pienses. Solo camina.

—Dime de nuevo por qué firmamos ese contrato.

—Por absolutamente nada, Az. Camina.

Azoth apoyó el brazo en la espalda de Cirsus.

—¡Mira! Allí está—Cirsus se detuvo.

Tenía razón. Un perfecto, aunque borroso, rectángulo de piedra empotrado en la pared. Azoth abrió el pergamino.

—Debemos estar acá—Azoth señaló con el dedo un punto en un largo pasadizo—. Unos pasos más allá debiera haber una intersección.

—Quédate aquí—dijo Cirsus—. Regreso pronto.

Azoth se sentó apoyándose contra la pared. Aun en la oscuridad, el pasadizo empezó a darle vueltas. Se puso las manos en los oídos y apretó los párpados. El peso de su espalda aumentó; se deslizó hasta el suelo y apoyó la cabeza en el suelo frío.

Las manos de Cirsus, en sus hombros, parecieron salir de la nada.

—Despierta, Az. Encontré la puerta.

Azoth abrió los ojos. Cirsus sonreía.

—¿Estás seguro?

—Sí. Abrí la puerta y salí a dar un vistazo—dijo Cirsus echándose el brazo de Azoth por los hombros—. El patio está vacío y es de noche aun. Vamos, son solo unos pasos más.

Azoth se levantó apoyando las manos en sus rodillas y siguió a Cirsus. A ojos vistas, su maestro estaba cansado. Eran solo unos pasos, pero después de pasar horas en la oscuridad, el frío, el hambre y la sed, cada movimiento era un esfuerzo. Al voltear en la curva Cirsus se detuvo, apoyándose en la pared, para tomar aliento.

—Llegamos.

La pared enfrente de ellos lucía una enorme X negra, de trazos gruesos y toscos. La puerta se destacaba con mayor claridad, probablemente porque había sido recientemente abierta.

—¿Listo?

Azoth asintió.

—Larguémonos de aquí.

La puerta se abrió con un chirrido. El patio trasero era una pequeña planicie de pasto seco y pisoteado por los caballos, una transición a la inmensa planicie de arena que le seguía y que se perdía en el horizonte. Al lado estaban las inmensas caballerizas, y en la entrada, un pozo de agua.

Azoth tomo un cubo, le amarró una soga y lo tiró al fondo del pozo. Cuando regresó, cargado de agua, sumergió el rostro en él. El agua en su boca se sintió como una explosión de vida.

—Toma, Cir.

Mientras Cirsus bebía, Azoth entró al establo. Era una montaña de heno, pero buscando en lo rincones encontró frutas —manzanas y peras en su mayoría, aunque también unas cuantas naranjas y arándanos— algo blandas que servían para complementar la dieta de los caballos. Tomó una bolsa y la llenó de frutas.

—¿Estás listo?—dijo Cirsus. Tenía dos caballos de las bridas.

—Desde ayer—dijo Azoth tomando una bocanada de aire frío. El aire fresco en sus pulmones se sintió, por sí solo, como una recompensa a las horas pasadas en el pasadizo comprimido.

—Esperen.

Azoth volteó, y por un momento pensó debía estar en una pesadilla. A pocos pasos detrás de él estaban cuatro magos, tres hombres y una mujer. Sus espadas desenvainadas brillaban a la luz de la antorcha como colmillos. Dos de ellos se acercaron y apuntaron a Cirsus y Azoth con sus espadas. El hecho de que fuesen espadas de acero de Kriyak, forjados por Cirsus, era una cruel ironía.

—Herrero, necesitamos que vengas con nosotros—dijo Tyreth. Azoth sólo lo había visto un par de veces, pues Tyreth era el encargado de la vigilancia externa, y pocas veces se le encontraba dentro de la ciudadela si no fuera para dormir.

Cirsus llevó su mano al costado pero Yguwa, un mago guerrero miembro de la guardia, le puso la espada en la garganta. Fsutier, también guardián, hizo lo propio con Azoth.

—Se te acabó el milagro, herrero—dijo Tyreth—. No fuiste útil por algún tiempo, pero ahora eres un estorbo mayor que tu utilidad. Debiste agradecer a los sombríos que te mantuvieran con vida y sin cadenas.

—Tenía cadenas—dijo Cirsus—. Ese maldito contrato.

—Ese contrato te mantuvo con vida hasta que decidiste rebelarte contra los magos de las sombras—dijo Fsutier—. Y asesinar a uno de los nuestros. Ahora rogarás que te demos un fin rápido. Tara—dijo mirando a la maga que se había quedado atrás con Tyreth—. Toma sus armas.

Tara de Ruel se acercó a Cirsus. Era una hechicera con quienes se habían cruzado algunas veces, pero con quien nunca habían hecho negocios. Su pelo, abundante y negro, le caía en rizos hasta a las nalgas. Azoth había escuchado su nombre de boca de algunos magos con una mezcla de deseo y rencor.

Tara tomó a Injusticia del fondo de Cirsus... y aferró a Yguwa de la garganta, que cortó de un tajo. El mago cayó al suelo convulsionando en su sangre.

—¡Tara, que estás haciendo!—gritó Tyreth.

Azoth agarró su daga y la clavó en la pierna de Fsutier, que cayó al piso con un gemido. Tara se acercó a él, sacó una daga de su cinto y cortó su garganta. Cirsus apuntó a Tyreth con Injusticia.

—Saca tu espada—dijo Cirsus—. No quiero matar a un mago más por la espalda, como hice con Nalur. Así que da lo mejor de ti, Tyreth.

Tyreth desenfundó su espada. Cirsus hizo lo propio. Azoth no pudo pensar en nada que decir para intervenir. Su maestro se veía exhausto, pero concentrado e incluso exhibía un brillo fanático en la mirada.

—Siempre supe que eras un traidor, Cirsus—dijo Tyreth—. No te mataré. No mereces liberarte. Te quedaras aquí por el resto de tu vida, trabajando para nosotros con una cadena a tu cuello, como un perro. Lo mismo tus cómplices. Y para asegurarme de que ninguno pueda huir, les cortaré las piernas.

Cirsus saludó a Tyreth y el mago lanzó un ataque frontal en primera, que el herrero desvió. Tyreth se tambaleó y Cirsus lo empujó con su hombro. Tyreth lanzó un ataque de fono en cuarta. Cirsus, sin mover las piernas, trazo un círculo en cuarta con su espada y bajó el arma del mago. Tyreth vaciló, pero no cayó al suelo. Cuando se volvió, había asombro en su rostro.

—¿Quién te enseñó esgrima?

—No hablo con muertos—dijo Cirsus—. Ni siquiera la magia de las sombras puede compararse a una espada de acero de Kriyak. Y por cierto, tu técnica de esgrima es deprimente. Si fueras a vivir, te recomendaría lecciones urgentes.

Tyreth se lanzó al ataque de nuevo: un salto adelante en primera. Cirsus desvió el ataque con facilidad y antes de que volteara, clavó a Injusticia en su corazón. El mago cayó al suelo, temblando, con los ojos fijos en Cirsus.

—No tenemos tiempo para esperar a que mueras—Cirsus pasó a Injusticia por le garganta de Tyreth, quien convulsionó una última vez en el suelo y se dejó ir en un charco negro, bajo la muralla.

Cirsus se volvió a Tara. La maga, lejos de asustarse, se adelantó como una pantera.

—¿Por qué nos ayudaste?

—Conveniencia—dijo con un acento suave del norte—. Su libertad puede beneficiarme. Pero necesito hablar con ustedes.

Cirsus enfundó su espada.

—Se rápida.

—Es sobre la chica—dijo Tara—. Tiene algo.

—¿Qué quieres decir?—dijo Azoth.

—Mató a Rodath.

—¿Estabas allí cuando pasó?—dijo Cirsus.

—No. Ojalá me hubiera quedado. Lo acompañé a la celda y me fui. No había nadie más, tuvo que ser ella. ¿Cómo? No tengo idea—se acercó y bajó la voz—. Escuchen. Nadie aquí sospecha que la chica es la asesina, pero si piensan que está implicada. Pero se les están acabando las opciones. Puede que lleguen a la misma conclusión que yo.

—¿Qué quieres?—dijo Azoth.

—Quiero saber cómo encontraron los contratos de sangre.

—No podemos decirte eso—dijo Cirsus.

—¿Destruyeron todos?—por primera vez, Tara parecía ansiosa.

—Sí—dijo Cirsus.

Tara cerró los ojos. Parecía enormemente aliviada.

—¿Cómo mataron a Nalur?

—Entre los contratos estaba mi espada—Cirsus apartó la capa, bajo la cual brillaba Injusticia.

—Si te vuelves a cruzar con la chica dile que Morgan empieza sospechar de ella. Tiene que cuidarse. Los Usurpadores no son como los magos negros. Tiene escudos que ella no imagina. Tienen ojos en los rincones más desolados de los Nueve Reinos. Si quiere saber más de los Usurpadores, que me busque. Con Rodath y Nalur muertos ya nadie me retiene. Abandonaré esta fortaleza y me iré a Ciudad de Rit.

—Eres una maga de las sombras. ¿Por qué le daría un mensaje enemigo?

—No puedo convencerte. Mi raza ha hecho cosas terribles, pero al menos en el inicio fue en defensa propia. Para mantener lo que los hijos del trueno quieren quitarnos.

—¿Dices que los magos de la luz empezaron la guerra?—preguntó Azoth.

—No, esa es nuestra responsabilidad. Pero la hicieron inevitable. Si Nova quiere saber más de esto puede buscarme. Tú también eres bienvenido, Cirsus. Tu habilidad como esgrimista y herrero va más allá de la magia, oscura o no. Eres una herramienta útil.

—Si vuelvo a ver a la chica le daré tu mensaje—dijo Cirsus—. Aunque lo dudo.

—Entonces no pierdo más tiempo. Mejor vete ya—señaló la fortaleza—. Ellos pueden venir en cualquier momento. Pero ten en cuenta que a partir de hoy estás en la lista negra de los magos de las sombras. Aléjate de ellos o de cualquier punto donde puedan estar. Lo mismo para ti, muchacho—le dijo a Azoth.

Tara se dio la vuelta y se alejó de ellos.

—Vámonos ya—dijo Cirsus—. Este aire empieza a enfermarme.

Cirsus y Azoth se echaron las capuchas sobre el rostro y montaron sus caballos.

Afuera, el cielo se despojaba lentamente del añil, pasando al púrpura-rosado, y finalmente un naranja líquido; parecía que el viento arrastraba la bóveda celeste, de este a oeste, a través de un paño manchado de pintura.

—Cómo extrañaba ver un cielo sin murallas...—dijo Azoth.

—Tal vez este cielo termine siendo nuestra tumba... Que lo sea, si la alternativa es eso—dijo mirando la ciudadela negra; el enorme edificio se alzaba grotesco contra el cielo añil como un gigante embalsamado.

Espoleó su caballo y lo hizo galopar. Azoth espoleó el suyo y lo siguió. La planicie infinita abría sus brazos hacia ellos. El viento corría en su capa. No había nada más que arena estéril con sus llanuras, colinas y dunas, pero Azoth nunca sintió el desierto más invitador.

## Capítulo 17

—Me equivoqué contigo, gatita.

Nova se volvió. Una pesadilla estaba frente a ella, terrible como un demonio.

Era Telur. Su rostro blanco como la espuma de mar contrastaba contra la calidez del cielo del atardecer, pero sus pupilas rojas de sus ojos de ónix, sin asomo de blanco, parecían un segundo sol ardiente. La cicatriz que atravesaba su ojo brillaba como tendones abiertos, y el viento azotaba su cabello contra su rostro de mármol frío. Estaba sentado en una piedra, tranquilo, como si hubieran pactado una reunión que a ella se le había olvidado.

—La primera vez que te vimos—dijo Telur, sumergiendo los dedos en el agua—. Te dejamos viva porque no nos gusta derramar sangre innecesariamente. Los magos somos criaturas de energía, y lo que hacemos permanece en el círculo energético hasta que regresa a nosotros—levantó sus extraños ojos, helados y ardientes, hacia ella—. Y ahora regresaste.

Nova tuvo que enterrar los pies descalzos en la arena para resistir la tentación de lanzarse contra Telur. Se sentía como una hormiga frente a un halcón. Telur era inhumanamente alto, irresistiblemente poderoso. En medio del desierto, enfundado en su capa negra, no sudaba. El frío emanaba de su piel como de un hielo quebrado, y parecía absorber el calor del aire... y de ella misma. Los huesos de Nova se sacudieron en espasmos, como la primera vez que lo vio. Había pensado que había sido el horror y el frío de aquella noche. Pero aquí estaba, meses después, en el atardecer del desierto, con el sudor aun húmedo en su frente, y Nova aun temblaba de frío... y de terror.

—Tenemos un problema. ¿No lo crees?—dijo Telur.

—¿Qué quieres?

Telur se puso lentamente en pie y se acercó a Nova con la suavidad de una serpiente.

—Ofrecerte un trato. En la ciudadela aun tratan de averiguar lo que sucedió, porque la realidad los asusta.

—¿Quiere decir que ustedes no tienen nada que ver con... migo?



—Debo confesar que ni aun deseándolo podríamos crear a alguien con tu potencial. Y sin embargo—el carbón ardiente de los ojos de Telur se dilató—. Podría apostar a que eres una hija de la guerra.

—Aun no me dices qué quieres.

—Te quiero con nosotros, pequeña. Te quiero de regreso en la ciudadela, como mi pupila.

Nova saltó, más que retrocedió, alejándose de Telur.

—¿Es esto una broma?

—No— la voz de Telur era como el susurro que surgía de las profundidades de la tierra antes de un terremoto. —. Es una orden.

Lo entendió. Para Nova, la decisión era entre seguir a los Usurpadores o morir. Pero se encontró a sí misma sacudiendo la cabeza con odio.

—Vas a tener que dejarme en paz, Telur. Deberías apresurarte y huir. No voy a ir contigo, y si te acercas más, vas a morir hoy. Pensaba matarte más tarde.

Telur sacó un puñal de su cinto y lo dejó a un lado.

—Muchacha, no estás siendo inteligente. ¿Sabes quienes fueron tus padres? ¿Sabes cuál fue su rol durante la guerra? Si vienes conmigo lo sabrás.

—¿Qué quieres decir? —los pies de Nova habían dado un paso hacia Telur.

—Tus padres no son los héroes que te hicieron creer. ¿Por qué una hechicera del renombre de tu madre elegiría vivir en un pueblo como Etrai para pasar el resto de su vida?

Nova no supo qué decir.

—¿Haily te dijo que no le gusta el reconocimiento, verdad? Pero yo la conocía mejor— las palabras de Telur se sentían como ecos de sus propias ideas pasadas.

—¿Conociste a mi madre?

Telur asintió.

—Antes de la guerra, los hijos de las sombras teníamos un lugar en los Nueve Reinos; éramos el brazo armado, la más poderosa rama militar entre los hijos del trueno —los dedos de Telur Pero no podíamos tener un cargo público. ¿Lo sabías?

—Mi madre me dijo que los hijos de las sombras solían colaborar con el rey a cambio del perdón de sus crímenes.

—Lo que no te dijo es que cometimos esos crímenes bajo órdenes de los hijos del trueno—dijo Telur—. Cuando los hijos de las sombras nos negamos a seguir haciendo el trabajo sucio de los hijos del trueno, cuando pedimos un lugar en el reino, empezó la guerra.

—Mi madre dijo que ustedes querían impunidad por los crímenes que cometieron durante las rebeliones de los comerciantes de Erran, inclusive para las muertes civiles.

—¿Quieres hablar de impunidad? ¿Sabes que tus padres coqueteaban con la magia de las sombras? Durante la guerra, tus padres conformaron la perfecta máquina de matar: tu madre ungía la espada de tu padre con un veneno ultra potente, uno de los pocos que podían matar a los hijos de las sombras más allá de toda curación. Pero hacía más que eso: buscaba sembrar el terror entre los hijos de las sombras, y lo hizo. Yo vi a muchos de los sombríos heridos rogarme que acabase con sus vidas. El veneno los carcomía desde la medula y el cerebro. Nunca vi hombres adultos gritar de esa manera.

—Mi madre era curandera.

—Tu madre era una hija del trueno, y su poder se extendía a través de las pociones, no de los remedios. Tu madre convirtió a Khalil en el asesino más eficiente de los magos expertos en el arte de la muerte. Por eso tuve que deshacerme de él. Irónico, ¿verdad? La daga estaba imbuida en el veneno que Haily creó, y tu madre no pudo curarlo.

Nova sintió que el cielo giraba sobre su cabeza como una rueda colosal.

—Mereces saber la verdad sobre los hijos de las sombras y los hijos del rayo—dijo Telur—. Tus padres lucharon con el bando que el pueblo apoyaba. Los hijos de las sombras estábamos en desventaja, pero uno de nosotros vale diez de los hijos del rayo—fijó sus ojos como pozos en ella. Tú también.

Nova retrocedió y sus piernas se tensaron. ¿Qué alternativa le quedaba, sino correr?

Telur se puso en pie, tan alto que su cabeza parecía rozar el cielo coral, estático y pálido en el atardecer de cobre líquido. Con sus dedos, el Usurpador trazó un rápido movimiento de látigo, y Nova cayó en la arena, presa de una puñalada de dolor en el muslo. Al retirar la mano, vio que en él se había abierto un tajo que ya manchaba su vestido.

—No te muevas, gatita, o me forzarás a abrir otro en tu cara.

Nova no podía moverse de todos modos. A pesar de que la herida no era profunda, el dolor parecía llegar a sus huesos. Maldición, el corte parecía hecho por una de las espadas de Cirsus. Nova pasó su fuerza y soporte a la pierna izquierda y trató de impulsarse para ponerse en pie, y de inmediato, como un látigo, un tirón le desgarró el muslo y cayó de bruces.

—Sabes que no eres como tus padres, y no eres como los mortales—dijo Telur—. ¿No quieres saber lo que eres, de lo que eres capaz? Yo quiero saberlo. Tienes un potencial inmenso. Ni siquiera los hijos de las sombras lo entienden. Puedo ayudarte.

—Gracias por la oferta, Telur, pero lo descubriré por mí misma.

Telur puso sus dedos alrededor del cuello de Nova. Nova se dio de lleno en la espalda contra el suelo. Telur no soltaba el agarre.

—Es una pena que pienses así—en la voz del mago resonaba un chirrido de rabia—. Tu elección.

Las manos del mago cerraron el aire. Desesperada, Nova arañó el rostro y las manos del mago. Telur la abofeteó una sola vez, dejándola aturdida de dolor. Antes de que se recuperase, la levantó por el cuello. Nova clavó los dedos en las manos del usurpador, pero el agarre no cedió. Su mano trató de penetrar el cráter del pecho de Telur, abrir el río de su cuello, pero era como tratar de romper el acero.

—¿Crees que puedes dañarme? —dijo Telur—. Tu piel es de seda endeble. Necesitas una vida que ya no tendrás...

La mano de Nova buscó en sus muslos hasta encontrar el acero, aun ardiente, de la daga de Cirsus. Sacó la daga y de un solo movimiento la clavó en la nuca de Telur hasta que su punta

salió por la garganta del mago. Los ojos de Telurla miraron con asombro, antes de que la sangre inundara su boca como un arroyo de muerte.

Al arrastrarse por debajo del cuerpo de Telur lo sintió rígido, y cuando se levantó, su aspecto la sorprendió: el rostro del usurpador estaba agrietado como una copa de arcilla, y sus cabellos negros habían perdido movilidad: podrían haber sido paja negra. Sus uñas eran amarillas como semillas de almendras, y su cuerpo carecía de la movilidad felina de hacía sólo unos instantes. Parecía haber muerto muchas lunas atrás, y no hacía unos segundos. La hoja de la daga, profundamente enclavada en su nuca, era invisible, y su mango brillaba a la luz de la noche naciente como un pedazo de hueso.

Daga de acero de Kriyak con mango de hueso de dragón. Nova sonrió, cruel y eufórica. Parecía un final apropiado para Telur.

La ciudad que Nova había visto a lo lejos era Mechtack. La conocía por sus famosas murallas de piedra maciza, porque era inmensa, y porque una de las más antiguas de los Nueve Reinos. Se alzaba como una larga ola en un océano de arcilla, y las sombras del amanecer, enredadas en sus ventanas y torres, parecían bocas aullantes.

Al llegar a sus límites, se encontró con un enorme portón de madera antigua que emanaba un penetrante olor a lodo y agua estancada; estaba infestada de insectos. Era uno de los únicos puntos de acceso a la ciudad, rodeada por interminables muros de piedra, salpicados de nidos.

En las puertas, abiertas de par en par, no había guardias apostados. Las puertas estaban tan hundidas en la arena que seguramente no se habían movido desde el final de la guerra. El camino de entrada estaba asfaltado, pero al igual que los muros y el portón, parecía tener cientos de capas de lodo sobre ella. Los ladrillos estaban abollados por el peso de las carretas y animales, y el olor a abono y a orina le quemó la nariz. El polvo del desierto llegaba con la brisa y se impregnaba en los tejados de las casas, en las grietas de los muros, en los faroles y en el asfalto de la ciudad, dándole un aspecto de eterna suciedad.

Con su vestido gris y capa de cuero desgastado, la capucha sobre la cabeza, Nova se sumergió en el río de carretas, caballos y caminantes que formaban una corriente imparable de movimiento, ruido y polvo. No era difícil reconocer a los nativos de los extranjeros: el desierto norteno los había dorado de una piel opaca como leche cortada y un cabello de fideos secos. Ya fuese en carretas, caballos o a pie, los metchs parecían llevar siempre algo que comerciar: carnes secas, bultos de ropa, frutas, incluso vio a un hombre llevando a un cerdo que relinchaba como si lo hubieran atropellando, al cuello, aferrando sus patas con las manos.

Rebuscó en los bolsillos de su capa: restos de pan. En su muslo, una daga de acero de Kriyak, reluciente como granizo. Si la veían con ella, se la robarían de seguro: una daga como esa valía por varios meses de cuarto, comida y tranquilidad.

Los puestos de comida empezaban a abrir extendidos en las calles, igual que en Lecho de Piedras. Pero la multitud era única. Se zambulló en lo más denso del mar de personas de la calle principal, que caminaban como rebaños sin guía. Los rostros pasaban junto a ellas como pinturas mezcladas, y en sus cuerpos se acumulaban capas de sudor de varios días. El impulso de correr subió por el estómago de Nova como un vómito, pero no tenía tiempo de descansar. Dos puestos adelante había una mujer con un niño, probablemente su nieto, comprando carne. Conversaba con el vendedor como viejos amigos y su bolsa estaba abierta, probablemente porque no había terminado de comprar. Sobre las compras había un estuche de cuero del tamaño de un puño. Nova deslizó su mano en la bolsa, sin mirar, y tomó el estuche con la delicadeza de su madre al curar las heridas.

Adelante, la ciudad revivía.

## **Vita**

Giannina Mariana Deza Melgar was born in Bolivar, Venezuela, from Peruvian parents. In 2011 she earned a Bachelor in Arts in Journalism from the Bausate y Meza University, Peru. She worked as an editor and writer for different companies, including CENTRUM Católica Graduate Business School until in 2013 she was accepted in the Bilingual Creative Writing Master in Fine Arts program in the University of Texas at El Paso, where she also worked as a Teacher Assistant and taught Creative Writing courses for undergraduates for two years. Before graduating from the MFA in Creative Writing she was accepted and registered in the Master in Arts in Spanish program, also in the University of Texas at El Paso.

Contact Information: [giannijournalist@gmail.com](mailto:giannijournalist@gmail.com)

This thesis/dissertation was typed by Giannina Deza.